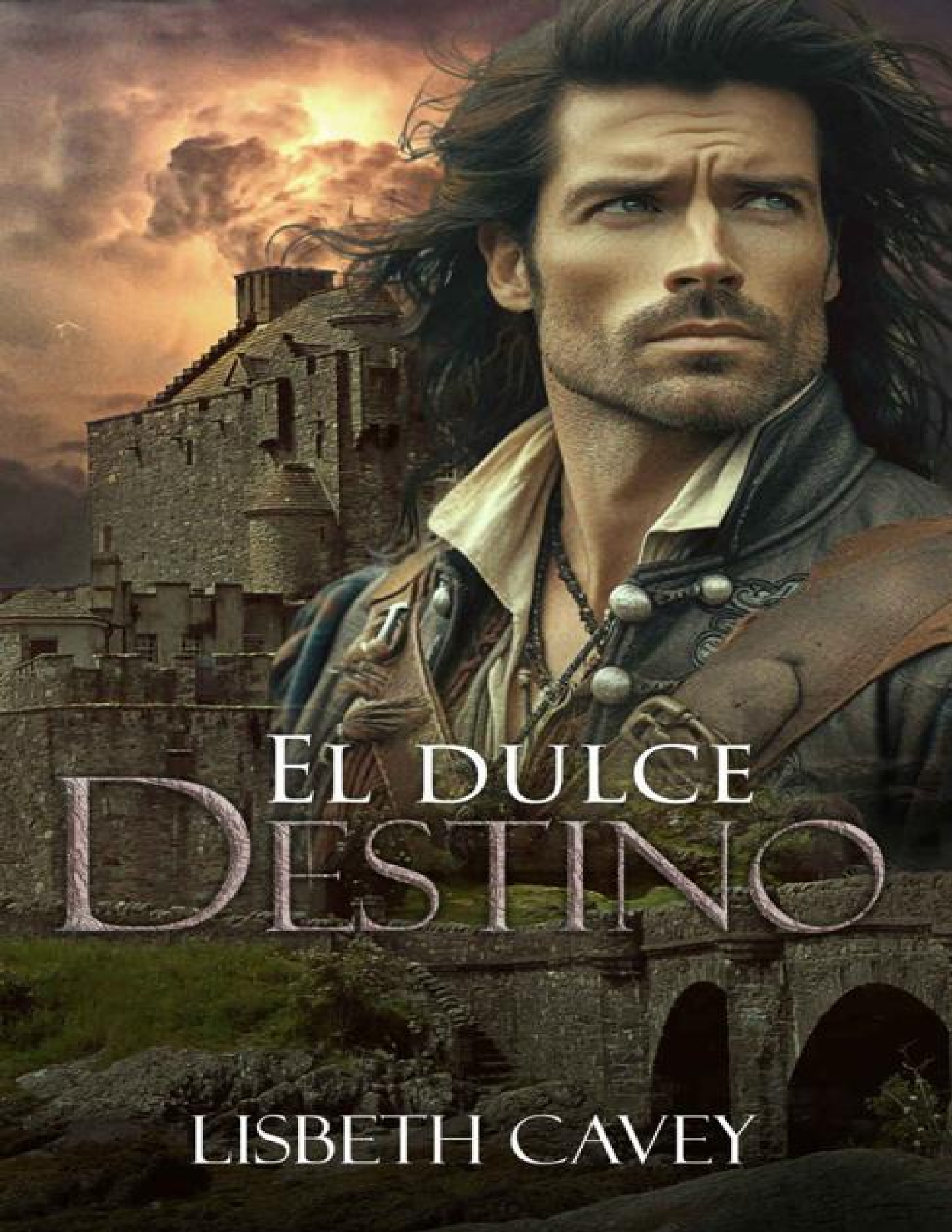

El dulce
Destino
Lisbeth Cavey

EL DULCE DESTINO

Lisbeth Cavey

Título original: El dulce destino

© Lisbeth Cavey 2024

Diseño de portada y maquetación: Lisbeth Cavey

Imágenes:

Bing Designer/ Dall-e 3

Pixabay /jplenio

Pixabay /Barni1

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Epílogo



Capítulo 0

Castillo Eilean Donan, Escocia, año 1562

El farragoso trayecto desde Beauly a Eilean Donan llegaba a su fin, su carruaje cruzaba el puente de piedra, antesala de la hermosa construcción, que, majestuosa, se alzaba ante sí.

Tenía frío, el otoño había hecho acto de presencia con ganas, y Brooke se abrazó a sí misma, como para protegerse, no solo del frío, sino de lo que estaba por venir.

Era la primera vez que se alejaba tanto de la que siempre había sido su casa, donde vivía una existencia tranquila con sus tías y sus dos hermanas. Las echaría de menos, también a Flora, quien se había convertido en su gran amiga y confidente.

Sin embargo, el destino parecía haberla puesto en ese lugar, tan bello y misterioso, con la promesa de una nueva aventura por vivir.

Cuando el carruaje traspasó la barbacana, sintió una ráfaga de aire dentro de su pecho, una especie de pálpito que jamás había experimentado e instintivamente se llevó la mano al corazón.

La calesa se detuvo en el patio de armas y Brooke respiró profundamente antes de descender de esta. Un hombre de porte serio y barba poblada la recibió.

—Señora Gowdie, la esperábamos por la mañana —dijo el hombre a modo de reprimenda velada, sin pensar en ningún instante en saludar a la muchacha que tenía delante de él.

—Lo sé, tuvimos un percance con una rueda y eso nos retrasó —se excusó Brooke, incluyendo también al cochero, quien estaba tan derrotado como ella.

—Bien, el *laird* la espera, así que no perdamos más tiempo —dijo el hombre con sequedad, mientras la escrutaba con la mirada y el ceño fruncido, extrañado.

El individuo la condujo al interior del castillo, mientras Brooke no perdía detalle de todo lo que hallaba a su alrededor, aquel lugar le parecía precioso, así que estaba expectante, aunque algo intrigada por saber el motivo de la urgencia por hacerla venir a Eilean Donan, y por qué el *laird* había pedido la ayuda de su tía Isobel.

Brooke entró en el despacho y halló en él, sentado tras un escritorio, a un hombre de presencia imponente. Cabello entrecano, barba poblada y mirada gélida de color azul.

—Buenas tardes, *laird* MacRae, soy Brooke Gowdie y he venido a ayudarle en lo que precise —soltó de carrerilla. Había ensayado gran parte del camino qué decirle a aquel *laird* desconocido, con fama de tener un alma de hielo y un corazón henchido de valentía.

—Brooke Gowdie, ya me extrañaba a mí que mi buen amigo Angus anduviera con una mujer tan joven —intervino el *laird*—, es más, esperaba a Isobel Gowdie. ¿Qué demonios ha ocurrido para que en lugar de ella haya venido una cría?, el asunto que nos afecta no es para pasarlo por alto.

—Lo sé, señor. Sir Angus Fraser me ha dado esto para usted —respondió Brooke entregándole al hombre un sobre lacrado, que él abrió de inmediato con un abrecartas.

Tras leer las escuetas líneas que le dedicaba su buen amigo Angus, comprendió que no le había quedado más remedio a Isobel Gowdie que enviar a una de sus sobrinas.

—Mi tía se rompió una pierna la noche antes de partir, y me pidió que yo lo hiciera, espero que no sea un problema. Sé que soy joven, mas tengo mucha experiencia y aprendí de las mejores, mis tías Isobel y Lottie.

—¿Y por qué no ha venido su otra tía?, la sabiduría que da la edad no la pueden sustituir la lozanía ni la belleza de la juventud —soltó el *laird* cruzándose de brazos.

—Mi tía Lottie es ya muy mayor, no está para hacer viajes tan largos, espero que me comprenda —respondió Brooke algo sonrojada por la insinuación de su belleza por parte de aquel hombre y por la mentira que había dicho, pues Lottie podía hacer ese y cien viajes más.

—En fin, ya que está aquí, le explicaré por qué he hecho venir a una Gowdie a este lugar.

Brooke asintió con la cabeza, intrigada.

—Verá, es por mi hijo, Duncan. Era un joven valiente y decidido, noble y leal. El orgullo de todo padre que se precie. Sin embargo, todo cambió hace dos meses y ahora es un alma en pena que no sale de sus aposentos y malvive, apenas sin comer ni dormir.

Brooke asintió con la cabeza.

—Comprendo…

—No, no creo que lo comprenda, todavía no sabe qué ha ocasionado este desastre —intervino el *laird* algo crispado.

—Pues usted dirá, *laird* MacRae.

John MacRae pasó por alto el tono condescendiente de la muchacha, reconoció para sus

adentros que había sido desagradable con ella desde que había puesto un pie en su despacho.

—Verá, Duncan sufrió un duro golpe cuando su esposa murió al dar a luz, desde entonces se sumió en la oscuridad y veo muy difícil volver a traerlo al mundo de los vivos. Y digo eso porque sí, porque mi hijo parece un muerto, aunque todavía se mueve. Él mismo ha manifestado en numerosas ocasiones que quiere morirse, pues siente que tiene la culpa de que Mysie falleciera.

Brooke enarcó las cejas. ¿Cómo podría ella devolverle la alegría a un hombre carcomido por el dolor más lacerante? Lottie siempre decía que con amor se curaban todos los males, si bien, el hijo de aquel hombre había perdido a su esposa, a la que amaba tan profundamente que estaba dispuesto a morir por ella.

—Bien, me gustaría ver a Duncan, ¿es posible? —preguntó la muchacha encogiéndose de hombros.

—Murdo la conducirá a sus aposentos. Le aviso de que no será agradable, ni él ni su aspecto, aunque lo más seguro es que no tenga que verlo, nadie ha podido entrar en sus habitaciones desde hace varias semanas.

Brooke tragó saliva.

—De acuerdo, lo haré —anunció antes de salir del despacho.

La muchacha siguió de nuevo al hombre que la había recibido, que, como bien había dicho el *laird*, se llamaba Murdo.

Arribaron a un gran portón del que salía un olor cuando menos extraño. Murdo dio tres toques y le rogó a Duncan que abriera la puerta.

—¡¡Déjame en paz!!, ¡¡dejadme todos en paz!! —se escuchó.

—Es importante que abras, tienes una visita que solo quiere ayudarte.

—¡¡¿No me digas que mi padre ha traído al final a esa bruja?!!

—¡¡Será posible!!, ¡¡¿cómo osa insultarme?!! —espetó Brooke, furiosa por el tono despectivo que había utilizado Duncan.

—No he dicho nada que no sea verdad, eres una bruja, ¿cierto? —preguntó el hombre en un tono cínico que a Brooke le revolvió las tripas.

—Puede que lo sea. Pero al menos no huelo a podredumbre y me aseo. Miedo me da que abra la puerta, estoy segura de que espantaría usted a cualquier bruja que se precie, incluso a las que no llevan buenas intenciones —espetó Brooke, invadida por la ira.

—Váyase al cuerno; mejor dicho, márchese de aquí, no es bien recibida. En Eilean Donan no nos gustan las brujas.

—No tengo por qué aguantar tal ofensa hacia mi persona, Murdo. Dígale a su *laird* que su hijo no tiene remedio, que el que viene al mundo necio, así se queda de por vida.

Murdo negó con la cabeza y, en un tono casi inaudible, susurró:

—No se deje vencer por su cinismo, Duncan es un buen muchacho. Solo quiere alejarla de este lugar y hará lo que sea. No le dé ese gusto, necesita ayuda, de lo contrario morirá y no sería justo, es tan joven todavía, además…

—Me parece perfecto, él necesita ayuda, él debe volver a ser el hombre que un día fue, pero no será a costa de mi humillación y mucho menos permitiré que me insulte. Las mujeres de mi familia no nos dejamos amedrentar por nadie —cortó Brooke dándose media vuelta y caminando a paso vivo en dirección opuesta, con el fin de salir del castillo y volver a Beauly sin perder tiempo.

—¡Muchacha, espere, no se vaya, no le miento cuando le digo que Duncan no es así!

—Lo siento, mas no he nacido para ser un saco de heno que todos golpean —sentenció sin

dejar de caminar.

De pronto, un llanto estridente llenó sus oídos y su corazón dio un vuelco.

Brooke entornó la mirada y la dirigió hacia la procedencia de los berridos.

Se aproximó con lentitud y empujó el portón que estaba entreabierto.

En el interior halló una alcoba pequeña, alimentada de calor por una chimenea. Había una cunita de madera y una mecedora, poco más.

Brooke, como atraída por una fuerza especial y algo inquietante, se acercó a la cuna y tomó al bebé que lloraba con desconsuelo en sus brazos.

Comenzó a caminar de un lado al otro mientras entonaba la nana que Isobel siempre le había cantado a ella cuando era una niña y no podía dormir, con su pequeña cabecita llena de preguntas sin respuestas.

Una sirvienta irrumpió en la estancia, era casi una niña y llevaba en su mano un cuenco con leche y una cucharilla.

—Ha conseguido callarlo. De verdad, no puedo creerme que lo haya logrado, callar a este bebé es demasiado difícil y yo ya estoy muy cansada, hace dos meses que no duermo, ¡dos meses! —se quejó la sirvienta.

Prácticamente le arrancó el niño de los brazos a Brooke y se sentó en la mecedora con él.

Brooke vio como aquella muchacha obligaba al pequeño metiéndole la cucharilla en la boca de malos modos.

—¡Cállate ya, demonio!, no me extraña que tu padre no quiera saber nada de ti… —espetó zarandeando al bebé.

—¿Es que acaso piensas que es una piedra?, es un bebé, y además es muy pequeño —soltó Brooke en un esfuerzo soberano por mantener la compostura.

—Muy bien, pues si crees que tú puedes alimentarlo, quitarle la mierda y atender a sus constantes y molestos berridos, hazlo. Si vas a quedarte ahí metiéndote donde no te llaman y sin hacer nada, mejor será que te vayas y me dejes hacer mi trabajo.

—¿Tu trabajo?, pensé que era tu hijo… —soltó Brooke encogiéndose de hombros.

La muchacha la fulminó con la mirada.

—No es mi hijo, me moriría si lo fuera. Solo lo cuido, más de lo que hace aquí nadie. Si no lo alimentara y lo atendiera yo, estoy segura de que ya se habría muerto de hambre —espetó la sirvienta.

—Entonces, ¿dónde está su madre? —inquirió Brooke, curiosa.

—¿Su madre? —dijo la muchacha con ironía—, ahí fuera, pero le digo yo que no lo podría atender, aunque quisiera.

—¿Y por qué no?

La sirvienta rodó los ojos.

Porque *lady* Mysie está ahí fuera, sí, enterrada en el cementerio familiar hace ya dos meses.

Brooke no pudo evitar sorprenderse ante la revelación de la sirvienta, también compadecerse de aquel bebé, que había corrido la misma suerte que ella, no poder conocer a su madre.

Un pensamiento acudió a su cabeza, un recuerdo de lo que había escuchado tan solo unos minutos antes: *«no me extraña que tu padre no quiera saber nada de ti»*.

De pronto, una mujer sudorosa y rolliza entró en la estancia.

—Necesito que me ayudes, Sophie. No doy abasto en la cocina, no me siento bien hoy —apuntó la mujer con un gesto de dolor que a Brooke no le pasó inadvertido.

—Solo tengo dos manos, Charlotte, o alimento al crío, o ayudo en la cocina. Las dos cosas

no las puedo hacer a la vez —refunfuñó la muchacha zarandeando de nuevo al pobre bebé.

—Yo lo haré, alimentaré al pequeño —intervino Brooke con decisión.

Sophie se levantó de la mecedora y, sin pensárselo ni un segundo, puso al bebé en brazos de Brooke. Intentó a su vez darle el cuenco con la leche, pero este acabó por sucumbir a la gravedad y se hizo añicos en el suelo.

—¡Maldición! —espetó Sophie.

—No te preocupes, muchacha, intenta calmar a Eiden. En el momento que podamos, subimos a limpiar este desastre y a traer más leche.

Brooke asintió con la cabeza y comenzó a mecer al niño de nuevo. Por alguna razón que desconocía, aquel pequeño se tranquilizaba en sus brazos.

Pocos eran los bebés que había cogido. Y cuando se había dado la ocasión, enseguida se los había devuelto a sus madres. Tenía miedo de hacerles daño, de estrujarlos de tan tiernos que eran. Sin embargo, con aquel bebé todo era diferente, pues sentía una empatía descomunal por él, y en su interior bullía algo desconocido hasta el momento, eso que muchas mujeres llamarían instinto.

El bebé sonrió, y seguidamente comenzó a mover la cabecita buscando en el torso de Brooke el alimento que su madre jamás había podido darle.

—¡Ay!, pequeño, yo no puedo amamantarte, de verdad que me encantaría poder hacerlo —susurró mientras besaba la cabecita del bebé, y no mentía, en aquel momento deseaba con fervor poder saciar el hambre del pequeño, que parecía tenerle terror a la cuchara de Sophie.

El niño siguió y siguió buscando el pecho de Brooke.

Ella no sabía qué hacer, hasta que una clara idea cruzó por su mente, una idea que le pareció cuando menos disparatada en un principio, y que ejecutó sin pensar mucho más en ella.

Descubrió su pecho y dejó que el niño se prendiera de él con desesperación. Las lágrimas acudieron a su mente.

—Ojalá pudiera, ojalá se me permitiera saciar tu hambre, mas yo nunca he sido madre y no tengo leche —se lamentó mientras sentía la succión fuerte y un poco dolorosa del pequeño.

Pasaron ambos así un período de tiempo indeterminado, unidos como si se tratara de madre e hijo, hasta que el pequeño se soltó del pecho.

Cuando Brooke fue consciente de nuevo del momento y dirigió la mirada a la carita del bebé, comprobó completamente impresionada que este tenía los labios mojados de leche. Fue entonces cuando comprendió que ese día no podría abandonar Eilean Donan.



Capítulo 1

Duncan se llevó las manos a las sienes, la culpa lo atormentaba día y noche desde que Mysie abandonó el mundo de los vivos y lo dejó solo con un niño al que ni siquiera se atrevía a mirar, dolía demasiado.

Algunas noches soñaba con su difunta esposa, ella lo reprendía por su actitud, le pedía a gritos que reaccionara, que no abandonara al pequeño a su suerte. Parecía estar desesperada, mas para Duncan, todo era producto de su imaginación, y aunque la culpa devoraba su alma cada día un poquito más por su descuido, continuaba dejándose morir encerrado en aquella mugrienta alcoba.

Esa mañana alguien había perturbado su desasosiego, porque paz no tenía. Una mujer, una bruja. ¿Cómo se había atrevido su padre a hacer venir a semejante engendro? Él, que se había reído lo suyo en cuanto se enteró de que su gran amigo, Angus Fraser, se encamaba con Isobel Gowdie, una mujer con un pasado cuando menos inquietante.

La ahuyentó, no quería ayuda. Tampoco es que le importara que la mujer tuviera fama de bruja, no era eso. Lo que rehuía era ser ayudado por alguien. Deseaba que la muerte viniera en su busca, y ya faltaba menos para lograrlo.

«¿Y qué hará Eiden?, ¿quién cuidará de él?», pensó y, seguidamente, se llevó las manos al rostro para ocultar sus ojos, acuosos por las lágrimas imposibles de contener cuando de su hijo se trataba.

—Saldrá adelante… Saldrá adelante —masculló—. ¡Maldita sea! —exclamó antes de levantarse y caminar de un lado al otro, como si se tratara de un animal enjaulado.

«Sabes que no lo hará, necesita a su padre».

—Lo sé, sé que me necesita. Pero no creo que quiera un padre como yo, estoy enfermo, enfermo de culpa, de rabia y de pena. No tengo nada que ofrecerle.

«Aséate, rasúrate esa barba y afronta tus problemas».

—Es fácil decirlo, mas no puedo hacerlo. Es imposible para mí salir de este lugar, siento que no puedo respirar…

«Tonterías, sé un hombre y cumple con tu deber».

—Por Dios, cállate, cállate… —masculló llevándose de nuevo los dedos a las sienes—, sal de mi endemoniada cabeza.

«No voy a hacerlo hasta que dejes de ser un cobarde».

—¿Quién demonios eres?, ¡¡deja de hablarme, déjame en paz!! —bramó.

Unos toques en la puerta lo hicieron ponerse en guardia.

—Hijo, déjame entrar, necesito que hablemos.

Era su padre, que de nuevo intentaba penetrar en su mundo de miseria, si bien él no quería dejarlo entrar, lo respetaba demasiado para acabar haciendo con él lo que con los demás: hablarle de malos modos.

—Padre, te ruego que no me pidas eso. No puedo hacerlo.

—Necesitas ayuda, ya han pasado varias semanas y no puedes seguir ahí encerrado. Tienes que superarlo. Sé que adorabas a Mysie, pero Eiden necesita a su padre, el pobre crío ha perdido ya a su madre, no lo dejes huérfano. No es justo.

—La ayuda de una bruja. ¿No es así cómo llamabas a Isobel Gowdie?, ¿por qué la has traído?

—No es Isobel, sino Brooke, su sobrina. Ha venido a ayudarte. Ella y su familia han asistido a muchas personas en Beauly y alrededores —intervino John, en un intento de convencerse a sí mismo de lo que afirmaba.

Fue Angus el que insistió en que su mujer, como él la llamaba, se personara en Eilean Donan y viera a su hijo. Según su amigo, Isobel era un dechado de virtudes que podía limpiar el alma del más afligido ser con sus hierbas mágicas.

A él le costaba creer que, con unas simples hierbas, pudiera Gowdie ayudar a su hijo, empero estaba desesperado. Besaría un hierro candente si con ello su vástago volviera a ser el mismo.

—No me importa lo más mínimo quién sea, solo quiero que se vaya y me deje en paz. No necesito su ayuda, ni la de nadie.

—Por favor, hijo...

—Padre, no me hagas decir algo de lo que luego pueda arrepentirme. Por favor, es mejor dejar las cosas como están.

—¿Me pides que te deje consumirte entre cuatro muros? No y mil veces no. No dejaré que te entierres en vida, así tenga que sacarte a rastras de tu alcoba.

—¡No lo intentes ni tan siquiera!, de lo contrario…

—¿De lo contrario qué, hijo?

Duncan emitió un sonido gutural, fruto de la ira contenida. John le suplicó que le respondiera, pero Duncan no volvió a hablar.

John, frustrado, claudicó y se alejó a paso vivo hacia su despacho, donde se lamió sus heridas, oculto de todo y de todos.

∞∞∞

Charlotte entró en la estancia y se llevó la mano a la boca, sorprendida. Llevaba un nuevo cuenco con leche en la mano, cuenco que también acabó en el suelo.

—¡Dios mío! —exclamó al ver a Brooke con el niño dormido, aferrado a su pecho.

Al comprobar que de sus senos había brotado leche de modo milagroso, la muchacha decidió ofrecerle el otro pecho, sin tener en cuenta que alguien pudiera sorprenderla, pues la situación sería cuando menos extraña. Y había ocurrido, la cocinera se había puesto roja y se veía acalorada.

—Yo… No sabía cómo calmarlo.

—Pero lo has conseguido, tal parece que el niño se está alimentando, pobre criatura.

—Y lo está haciendo, todavía no sé cómo ha podido ocurrir, pero tengo leche —intervino Brooke algo turbada por la situación todavía.

—¿Has sido madre? —inquirió Charlotte, curiosa.

—No… Jamás lo he sido, por ello es tan sorprendente —admitió Brooke.

—¡Ay!, niña, no es la primera vez que veo brotar leche de una mujer que no es madre. El deseo de calmar al bebé, de saciar su hambre, hizo que se obrara el milagro —dijo Charlotte con voz cantarina.

De pronto, Sophie entró en la estancia con un cubo y un paño. El cubo acabó en el suelo y Sophie ante Brooke, impresionada.

—¿Pero qué demonios haces? —espetó la sirvienta con brusquedad.

—Cálmate, fierecilla, la muchacha ha conseguido alimentar al pequeño, y míralo, no llora. Es un milagro.

—¿Es que acaso eras la nueva nodriza y no has dicho nada? —inquirió Sophie.

Brooke negó con la cabeza.

—Yo ya me iba, solo vine a solucionar un problema y ya no me necesitan. Partiré cuanto antes hacia Beauly —intervino Brooke.

—No puedes irte, muchacha. Ese niño morirá si nadie lo remedia. Hasta ahora hemos tenido que alimentarlo a la fuerza, pues no quería comer, y rechazó a toda nodriza que hizo venir el *laird*. Míralo, es tan pequeñito que no creo que dure mucho más si no conseguimos que se alimente. Por no hablar de que no tiene a nadie, es un olvidado en este lugar. Entre Sophie y yo nos encargamos de él, aunque ella es solo una niña, y yo no me siento bien en los últimos tiempos.

—¡Eh!, que yo no soy una cría… —refunfuñó Sophie.

—No se vaya, por favor, muchacha. Ese niño la necesita, y es más que un milagro que haya aceptado que lo alimentaran. Es usted la única opción para este pobre bebé —suplicó Charlotte.

Brooke observó al pequeño, ya saciado y dormidito en sus brazos. ¿Quién podría abandonarlo?

—Está bien…

—¡Perfecto!, no se preocupe por nada, yo hablaré con el *laird*.

Brooke tomó aire y lo soltó con fuerza. Se levantó con el niño en brazos y lo depositó en la cunita. Se recompuso la ropa, y se disponía a salir de la estancia, cuando se sintió mareada y todo se volvió negro a su alrededor.



Capítulo 2

Despertó confusa, estaba en una cama desconocida, tapada hasta el cuello con una manta. Se incorporó y sintió un dolor lacerante en la cabeza y en una de sus rodillas.

La puerta se abrió y Charlotte entró con la preocupación pintada en el rostro.

—¡Ay!, muchacha, ya has despertado. Qué susto nos llevamos Sophie y yo cuando te vimos caer sobre los trozos de los cuencos que había en el suelo. Te has hecho un buen corte en la cabeza y otro en la pierna.

Brooke recordó que no había probado bocado en muchas horas, ello, sumado al extraño fenómeno experimentado por sus senos, la dejó exhausta, tanto que se había desmayado.

—¿Podrías traerme un poco de agua? —preguntó Brooke, algo avergonzada por la situación.

—Estás muy pálida, te traeré algo más que agua, niña —dijo Charlotte antes de salir de la estancia.

Poco después, volvió con un cuenco de humeante caldo y una hogaza de pan.

—Muchas gracias —dijo Brooke antes de devorar los alimentos, en su vida había estado tan hambrienta.

Charlotte se sentó en una silla que había junto a la cama.

—Verás, he hablado con el *laird,* está totalmente impresionado por el milagro y ha dado orden de que no te falte nada en este castillo. Es más, te han adjudicado las habitaciones de *lady* Mysie, todo un honor —explicó la cocinera con desparpajo.

—Oh, por favor, no puedo aceptar tantas atenciones. ¿Qué diría su esposo si se enterase? —dijo Brooke tratando de levantarse del lecho.

—Quédate ahí, niña, déjate cuidar. El *laird* está muy agradecido, acepta su hospitalidad y generosidad.

—De verdad, estoy abrumada por toda esta situación, necesito estar sola, pensar —intervino Brooke arrepintiéndose de inmediato, Charlotte no se merecía ese trato.

—No te preocupes, niña, lo comprendo. Te dejaré a solas, mas no trates de levantarte o te volverás a caer, ¿de acuerdo?

Brooke asintió con la cabeza como respuesta y Charlotte salió de la habitación.

La muchacha se quedó en soledad, inmersa en un mar de pensamientos veloces, que no la dejaban relajarse.

De pronto, escuchó un lamento, venía de la habitación contigua. Haciendo caso omiso a Charlotte, se sentó en el borde de la cama y, tomándose unos segundos para recomponerse, se levantó. Se aproximó a la pared, donde localizó una puerta. Intentó abrirla, pero estaba cerrada a cal y canto.

—¿Quién demonios anda ahí? —inquirió una voz ronca al otro lado de la puerta.

Brooke se llevó la mano a la boca, sorprendida. Conocía aquella voz, pertenecía ni más ni menos que a Duncan, el controvertido hijo del *laird* MacRae.

—Soy yo, la bruja… —respondió Brooke.

—¿Y qué demonios haces ahí?, sal de inmediato, de lo contrario, me veré obligado a sacarte a rastras.

—Pruébalo, si eres capaz —apuntó ella con malicia.

—¿Osas desafiarme? —inquirió Duncan, furioso.

—No, no te desafío. Yo solo cumplo órdenes de tu padre, el *laird*. Ha sido él quien me ha adjudicado esta habitación.

Un silencio sepulcral se hizo de pronto entre ambos.

—¡Maldita seas, condenada mujer! —exclamó Duncan.

—Pensé que la bruja era yo.

—¡¡Cállate!!, me das dolor de cabeza.

—No te preocupes, tú me provocas el mismo efecto, lo superarás.

Un golpe en la puerta hizo dar un respingo a Brooke, que, molesta, no pudo menos que decirle a su interlocutor:

—¿Crees que destrozando el mobiliario se arreglarán tus problemas?, te recuerdo que vives recluido en ese cuarto, de seguir haciendo destrozos, acabarás por dormir en el suelo. ¿Qué digo?, si quizá ya hace tiempo que lo haces, ¿cierto?

—No pienso contestar a eso, es más, no pienso contestar a nada más.

Brooke se encogió de hombros y volvió a la cama. De algún modo, aquella situación se le antojaba divertida y sentía que le había ganado el pulso al huraño Duncan MacRae.

Las semanas transcurrieron cargadas de calma relativa. Brooke se concentró en cuidar del bebé, a

quien sentía como si fuera su propio hijo. Le cantaba nanas, lo amamantaba, obviando el fuerte dolor de sus senos y la hinchazón de estos.

Había momentos en los que se sentía como una vaca, pero eran más los de dicha, orgullosa de ver crecer al bebé sano y cada vez más regordete.

John, al comprender que la llegada de aquella muchacha no había sido casualidad, pasó por alto que no hubiera podido hacer nada por su hijo, quien continuaba enclaustrado. Si bien ya no era presa de largas jornadas de lamento, apenas se le escuchaba gruñir y mucho menos blasfemar, ¿qué o quién había obrado ese cambio?, no se sabía.

Una mañana, intrigado por la aparente mejora de su hijo, se aventuró de nuevo a intentar convencerlo para que le abriera la puerta. No recibió respuesta por parte del susodicho y comenzó a asustarse. Ese día volvió dos veces más. Duncan, en ocasiones, tenía por manía ignorar sus reclamos, aunque no duraba tanto su mutismo, así que, después de aporrear la puerta con saña y no recibir respuesta alguna, la tiró abajo a patadas, que alertaron a Brooke, quien, en ese momento, dormía con el bebé.

Brooke se levantó de la cama, puso dos almohadas a los costados del pequeño para que no se cayera del lecho y, tras cubrirse con un chal, salió a interesarse por lo ocurrido.

—¡Ayuda!, ¡¡necesito ayuda, mi hijo está muy mal!! —voceó el *laird* desde la alcoba contigua.

Brooke entró de inmediato, sin evitar llevarse la mano a la nariz, con el fin de tapársela, allí dentro olía a podredumbre, mucho le extrañaba que dicho olor no se colara en su habitación, solo separada de la de Duncan por un portón siempre cerrado.

Localizó al *laird*, arrodillado en el suelo, junto al cuerpo de un hombre alto y demasiado delgado, de cabello negro y barba poblada. Estaba semidesnudo e inconsciente.

Brooke corrió a su encuentro y se arrodilló junto a él. Pegó la oreja en su pecho y escuchó un latido débil.

—¡¡Mi hijo!! —bramó el *laird*, preso del dolor.

—Tranquilo, *laird* MacRae, solo se ha desmayado, posiblemente por la falta de alimento y agua —intervino Brooke tras pellizcar el brazo de Duncan y comprobar que la carne tardaba en volver a su posición normal.

—Dios te oiga, hija…

—Tenemos que sacarlo de aquí y llevarlo a un lugar menos… sucio y maloliente.

Murdo entró en ese momento en la alcoba y ayudó a Brooke y a su señor a transportar a Duncan a otra habitación.

Lo depositaron en una cama que soltó un nubarrón de polvo al sentirse invadida por un cuerpo extraño.

—¡Duncan, Duncan, despierta! —apremió su padre, mientras le daba toquecitos en el rostro.

De pronto, los ojos de Duncan se abrieron, y con ellos, dos ventanas azules al mar embravecido. Eran los ojos más hermosos que Brooke había visto jamás.

—¿Quién eres?, ¿la muerte? —inquirió Duncan dirigiéndose a Brooke, que lo miraba embelesada—, nunca pensé que la muerte tuviera ojos de gata… —balbució antes de cerrar de nuevo los suyos y con ello, hacer volver a la realidad a la muchacha.

¿Qué demonios había sido eso?, ambos parecían haber pensado lo mismo de sus respectivos ojos. Habían clavado sus miradas y fusionado aquellos colores tan opuestos y tan salvajes a su vez.

—Llévame contigo, muerte. Envuélveme en tu mirada y méceme… —balbució Duncan en

sueños.

—A este hijo mío se le ha ido la cabeza, acaba de confundirte con la muerte, muchacha —apuntó el *laird*, ante la estupefacción de Brooke, que no sabía si llorar o reír.

Optó por encogerse de hombros.

—Hay que darle agua —soltó de pronto ella—, tenemos que despertarlo.

—Duncan necesita algo más que beber agua, la pocilga de los cerdos huele mejor que él… —intervino Murdo.

Era cierto, el *highlander* desprendía un hedor bastante desagradable, sin embargo, aquellos ojos azules habían adormecido por un instante los sentidos de la pobre Brooke, ahora que Murdo había pronunciado esas palabras, el olor nauseabundo se había colado de nuevo en sus fosas nasales.



Capítulo 3

Murdo le entregó una misiva que había traído un mensajero esa misma mañana a Brooke. Su tía Isobel le escribía para saber cómo se encontraba y si tardaría mucho en regresar a Beauly, pues la echaba de menos.

Brooke terminó de leer la carta con la angustia instalada en su pecho. Debía responderle a su tía, pero no sabía cómo decirle que debía quedarse en Eilean Donan por tiempo indeterminado para poder alimentar a un bebé que solo parecía querer beber la leche que había brotado milagrosamente de sus senos. Solo pensarlo le parecía de lo más surrealista.

Guardó la misiva en su mandil y decidió dejar para más tarde la escritura de la contestación a esta.

Sin darse cuenta, había pasado más de un mes desde que había puesto un pie en el castillo, y tal parecía que llevaba años allí metida.

El pequeño precisaba de cuidados y demandaba alimento sin cesar, mientras Brooke veía

como día a día, sus senos, antes hermosos y turgentes, se transformaban en dos fosos vacíos. Le apenaba ese hecho, a la vez que la consolaba pensar que hacía un bien por aquel niño, que sin la leche que su cuerpo le proporcionaba, habría muerto hace ya algunas semanas.

Duncan llevaba dos días en un duermevela constante. Había conseguido que tomara agua y un poco de caldo, no mucho más. En cada ocasión que el hombre abría los ojos, la confundía con la muerte. Ella no tenía más remedio que sonreír y aceptar que sí lo era, si bien, se cuidaba de no decirle que todavía no había llegado su hora; eso lo alteraba, hasta el punto de suplicarle que lo llevara con ella al sueño eterno. Ahí Brooke comprendía que Duncan MacRae había enloquecido por la pérdida del amor de su vida y sería muy difícil traerlo de vuelta de donde debía estar, mas no imposible.

Una semana hizo falta para que el hijo del *laird* se restableciera lo suficiente como para tener con él una conversación normal.

—¿Quién eres? —preguntó de pronto Duncan—, ¿y qué hago aquí?

Brooke ladeó la cabeza, no estaba segura de qué responderle a aquel hombre, ya sin esa barba que le cubría prácticamente todo el rostro y desprovisto de la suciedad con que lo habían encontrado siete días antes.

Si le seguía la corriente podía toparse con que él pensara que era una loca. Así que se mordió la lengua antes de decirle: «soy la muerte», como había hecho durante todas sus visitas a su alcoba.

Lo habían trasladado de nuevo a sus aposentos habituales, después de una limpieza concienzuda por parte de Sophie y Charlotte, que se acordaron de hasta el más antiguo de los MacRae mientras llevaban a cabo tan ardua y desagradable tarea.

La puerta entre la alcoba que ocupaba Brooke y la de Duncan permanecía cerrada sin llave, así la muchacha podía pasar y echarle un vistazo durante la noche, si era necesario.

Para resumir: Brooke se había encadenado a Duncan y a su pequeño sin proponérselo ni tan siquiera.

Se decía a sí misma que aquello sería temporal, que cuando el bebé comenzara a comer otros alimentos, ya no la necesitaría a ella. Sin embargo, ¿qué había de Duncan?, ¿podría superar la muerte de su esposa sin seguir haciéndose daño a sí mismo?, lo veía poco probable, aunque no estaba en sus manos, pues él era un hombre adulto y cada quién decide qué hacer con su vida. Así que se prometió abandonar Eilean Donan en cuanto su presencia ya no fuera necesaria.

Le dolería por el bebé, se había establecido un vínculo estrecho entre ambos. Algo así como un amor madre e hijo, imposible de obviar. Aunque aquello tenía que llegar a su fin, ella debía hacer su vida. Se había prometido siempre seguir el ejemplo de sus tías, no comprometerse con nadie, vivir libre y sin obligaciones con ningún hombre del que ella no estuviera enamorada. El amor verdadero era difícil de encontrar para las Gowdie, mas no querían conformarse con tener a alguien a su lado si no las hacía vibrar.

Por eso su hermana mayor, Harlow, seguía sin llevar un paso más allá su relación con su pretendiente eterno. Y Morgana, de Morgana no sabía nada. Jamás había manifestado predilección por ningún chico, no así ella, que estuvo enamorada cuando era muy jovencita y no fue correspondida. Por eso había cerrado la puerta al amor, y con ello, al dolor.

—Es su habitación, sir Duncan —apuntó Brooke.

Duncan miró en derredor.

—Oh, es cierto. Hacía tanto tiempo que no la veía limpia, que había olvidado cómo era.

—Sophie y Charlotte tuvieron trabajo para dejarla así, reluciente y hermosa —dijo la muchacha mientras acomodaba los almohadones de la cama de Duncan.

—No me has contestado a mi otra pregunta, ¿quién eres? —inquirió Duncan con el ceño fruncido.

—Me llamo Brooke Gowdie y soy…

—La bruja —cortó Duncan con las cejas enarcadas.

—Prefiero que digan de mí que soy curandera, es menos despectivo, según quien pronuncie la palabra en cuestión.

—Pues eso, la curandera que hizo venir mi padre desde Beauly.

—Así es.

—Pensaba que te habías marchado —intervino Duncan, intrigado.

—Es lo que pretendía, mas tuve que quedarme por un pequeño imprevisto.

—¿No me digas que fue por mí? —preguntó él, ceñudo.

—No…, más bien por su hijo, Eiden.

La expresión de Duncan se volvió sombría.

—Ah… ¿Y por qué mi hijo necesitaría los cuidados de una curandera?, ¿es que acaso está enfermo?

—No, sir Duncan. Su hijo está bien, gracias a Dios.

—¿Entonces?

—Soy su nodriza.

Duncan abrió mucho los ojos.

—Entiendo. Entonces, te quedarás aquí un tiempo, ¿cierto?

—Así es. Espero que no sea mucho, debo atender asuntos importantes en Beauly —mintió Brooke, sin saber muy bien qué más decirle a aquel hombre que la escrutaba con la mirada.

—¿Qué ocurrió?, ¿por qué está usted aquí y han limpiado mi alcoba?, creo que fui claro al expresar mi total disconformidad con el hecho de que se me molestara —dijo de pronto Duncan, en un intento de volver a instaurar su reino de soledad.

—Estoy aquí porque casi pasa a mejor vida por inanición. Y porque ha estado una semana entre la vida y la muerte, delirios y demás lindezas —respondió Brooke a la defensiva.

—Hubiera sido mejor que me dejaran en paz como pedí. Si estaba de Dios que yo muriera, así debía ser —sentenció Duncan con determinación, seguidamente, se levantó de la cama, totalmente desnudo, y se dirigió a la puerta abierta que comunicaba con la habitación de Brooke.

—Sal de mi alcoba ahora mismo, y te pido, por favor, que no vuelvas a entrar. De lo contrario, no me quedará otro remedio que sacarte de aquí a rastras, y créeme, no te gustaría.

Brooke se enderezó, puso los brazos en jarras y alzó el mentón antes de decirle:

—Atrévase a tocarme un pelo, no pienso moverme de aquí, no dejaré que sesgue su vida, y le aseguro que no lo hago por usted, sino por ese niño que, al menos, tendrá un padre al que amar, pues su madre ya no está.

Duncan rodó los ojos.

—Mi padre jamás lo abandonaría —se justificó.

—Su padre es ya mayor, además, ¡es su responsabilidad, demonio! ¿Para qué si no trajo a ese hijo al mundo? —lo retó la muchacha.

—Para que su madre exhalara su último aliento mientras él salía de su cuerpo, para eso vino al mundo… —espetó Duncan.

—¡¡¡Es solo un bebé, no tiene la culpa de nada, malnacido!!!, deje de culparlo, es muy triste que no te quieran por ello.

Tras decir esto, Brooke salió de la habitación de Duncan; sin embargo, no lo hizo por la puerta que daba a su alcoba, donde él se encontraba, sino por la de la alcoba en sí.

Brooke corrió por los pasadizos y descendió los peldaños de piedra hasta conseguir alcanzar el vestíbulo y luego el exterior. Respiró profundamente varias veces.

No… Nadie podía culpar a un bebé de la muerte de su madre al nacer. Nadie debería hacerlo.



Capítulo 4

Duncan estaba furioso, su padre había tenido la desfachatez de quitar todas las cerraduras, pestillos y demás de las dos puertas de su habitación. Tampoco había nada en la estancia con que pudiera atrancarlas.

Pensó en romper las patas de una mesita, que hasta hacía unos días permanecía abandonada y sucia en un rincón, para utilizarlas como trancas, mas no la halló.

—¡¡Maldición!! —bramó.

Notó por primera vez en mucho tiempo un sentimiento contradictorio, y la vocecita que se había instalado en su mente le gritaba que debía disculparse con la curandera, quien un rato antes había abandonado la estancia furiosa y triste.

De pronto, su padre entró en la habitación y clavó su mirada en él.

—Duncan MacRae, haz el favor de vestirte de inmediato. Te lo ordeno —dijo el susodicho

en un tono que no dejaba otra alternativa que la obediencia.

Tener a su padre ante sí era diferente a hablarle desde el resguardo de muros y puertas. Estuvo a punto de replicarle, aunque se dio por vencido enseguida, John MacRae tenía la capacidad de hacerse respetar y obedecer al acto.

—En un momento me reuniré contigo, padre —masculló.

—Por tu bien, eso espero —sentenció el *laird* antes de abandonar la estancia.

Duncan abrió el armario y localizó sus prendas habituales limpias y perfumadas. Se vistió y, cuando acabó, se miró en el espejo. Estaba demacrado y parecían haberle caído diez años encima, sin embargo, se veía mucho mejor que días atrás, cuando en su reflejo vio el rostro de un hombre que ya no parecía él.

Salió de la estancia y los pasillos del castillo se le antojaron diferentes, como si fuera la primera vez que los veía, todo parecía nuevo para él y no tenía ni la más remota idea de por qué. Había pasado demasiado tiempo recluido.

Entró al despacho y, tras un ademán de su padre indicándoselo, tomó asiento.

—Aquí estoy… —dijo encogiéndose de hombros.

John esbozó una leve sonrisa, aunque por dentro bullía de ira.

—Verás, hijo. He ordenado que se lleven de tu habitación todo objeto que pueda atrancar la puerta. Solo ha quedado el armario, supongo que ya has visto que lo hemos clavado al suelo, al igual que hemos hecho con el lecho. También hemos quitado las cerraduras de las puertas, para que siempre estén abiertas y accesibles.

Duncan rodó los ojos mientras asentía, todo aquello ya lo había descubierto él solito.

—Lo sé, ¿es lo único que tienes que decirme, padre? —inquirió con un deje de altanería que a John no le pasó inadvertido.

—Duncan MacRae, espero que no olvides que, además de ser tu padre, soy tu *laird*, y, como ya sabes, si tu *laird* precisa de tu ayuda o tus servicios, tu deber es prestar dicha ayuda o hacer lo que haga falta para cumplir con él.

Duncan inspiró con fuerza y soltó el aire con brusquedad.

—Sí, todo eso lo sé, ¿qué necesitas de mí, padre? —preguntó Duncan a la espera de que este le pidiera algo que pudiera hacer ese mismo día, y así contentarlo y volver a sus aposentos, aunque fuera con las puertas abiertas.

—Verás, quiero que te cases con la señorita Gowdie.

A Duncan le sobrevino un acceso de tos. Se esperaba cualquier cosa de su padre, menos que le pidiera que se casara con la bruja de ojos felinos, que, aunque bella, le parecía del todo insolente y molesta.

—No puedes pedirme eso, padre. ¿Es que has perdido la cabeza? —inquirió Duncan, furioso.

—Puedo pedirte lo que quiera, soy tu *laird*, ya te lo he dicho.

—Pero, padre…

—Pero nada… Te casarás con Brooke Gowdie y no hay nada más que hablar.

—¿Y por qué haría yo eso?, ni siquiera la conozco y mucho menos la amo.

—Duncan, hijo. Has perdido a tu esposa. Sé que ha sido duro, si bien, la vida sigue y tienes que pensar en tu hijo. Necesita una madre y no veo mejor candidata que esa muchacha. Eiden no quiere más compañía que la de ella, llora en brazos de todos, menos en los de la señorita Gowdie.

—Porque es una bruja y habrá hechizado al niño para que solo la quiera a ella. ¿Es que no lo ves, padre?, lo ha hecho todo intencionadamente, acercarse al niño para casarse con un futuro

laird. Esa mujer es peligrosa, te lo aseguro.

Las estridentes carcajadas de John MacRae llenaron la estancia.

—¡Hay que ver, hijo!, en lugar de un hombre serio, parece que tengo ante mí a un bufón. Menuda ocurrencia.

—¿No crees que estoy en lo cierto?, ¿es que acaso esa mujer ha aprovechado mi indisposición para hechizarte a ti también? —interrogó, ceñudo.

—Si tu madre levantara la cabeza, hijo mío. Yo creo que volvería a enterrársela ella misma bajo tierra. Menuda sarta de disparates.

—No son disparates, esa mujer es peligrosa. Mira lo que ha conseguido, que me obligues a casarme con ella. Te pido, por favor, que no lo hagas, te lo suplico…

—Déjate de súplicas, hijo. No te estoy pidiendo que hagas algo desagradable. Solo que le des a ese niño una madre y que disfrutes tú de una compañera que pueda sacarte del alma a tu fallecida esposa.

—¡Jamás, eso jamás! Esa bruja nunca podrá sustituir a Mysie, y mucho menos la podré sacar de mi alma, como tú dices. ¡Eso es imposible, maldita sea!

—Bobadas…

—No son bobadas, padre. Yo quiero a Mysie más que a mi propia vida.

—Me parecería perfecto, hijo, si ella no estuviera muerta, pero lo está. Así que tendrás que pasar página y seguir con tu vida. Mysie lo querría así. ¿O es que crees que le gustaría ver en lo que te has convertido desde que ella falleció? —John se retrepó en el asiento.

—Padre, pídeme cualquier cosa, pero no que me case con esa mujer. Es más, Eiden es mi hijo, y como su padre tengo derecho a elegir quién lo alimenta. No quiero que ella se acerque a él nunca más, y así se lo haré saber ahora mismo —espetó Duncan arrastrando la silla hacia atrás con brusquedad y levantándose.

—¿A dónde crees que vas, muchacho? ¡¡No he terminado de hablar!! —lo reprendió su padre, mas Duncan hizo caso omiso a sus reclamos y salió de la estancia a paso vivo.

Brooke acunaba al pequeño Eiden mientras le cantaba suavemente. El bebé dormía y, de vez en cuando, sonreía.

—Eres tan feliz, bichito —susurró ella mientras le acariciaba la carita con los dedos índice y corazón.

»He pensado tantas veces en irme de este lugar, que ya ni puedo contarlas. Pero no puedo, no sin ti. Te has convertido en alguien muy especial para mí y me dolería no tenerte a mi lado. ¿Qué hago, pequeño?, ¿qué hago?

—¡¡¡Por lo pronto, recoger tus mejunjes y marcharte de Eilean Donan para siempre!!! —gritó Duncan fuera de sí. Había irrumpido en la estancia cual huracán.

—Baje la voz, demonio, despertará a su hijo, y no ha sido fácil dormirlo —susurró Brooke, ceñuda.

—¡¡¡No te hagas la inocente!!! ¡¡Acabo de oírte, no te llevarás a mi hijo a ninguna parte!! —bramó Duncan señalando a la muchacha con un dedo inquisidor.

—Por favor, hablemos en otro lugar y dejemos al niño dormir. ¿No le parece que es lo más sensato? —suplicó Brooke mientras depositaba al bebé en su cunita.

Duncan iba a replicar, si bien, lo pensó mejor y decidió ir a otro lugar para despachar el desagradable asunto.

Salieron ambos de la estancia y Duncan no tardó en reemprender su ataque verbal.

—¡¡No quiero que una bruja cuide de mi hijo!!, quién sabe lo que puedes hacerle, malnacida.

—¿De qué demonios habla?, yo jamás le haría daño a nadie, y menos aún a un bebé —se defendió ella.

—Ya has enredado a mi padre. ¡Qué bien lo has sabido hacer, embaucadora!

—Solo he hecho lo que usted ni se ha dignado a hacer. Cuidar de su hijo.

—Ahora vas de mujer desvalida que solo ha hecho el bien en este lugar… Pues he de decirte que no te creo una palabra. Es más, olvídate de casarte conmigo, porque en la vida podría retozar con una mujer de tu calaña.

Brooke no entendía nada, ¿casarse?, ¿ella?, ¿con ese desgraciado?, ni en broma, antes preferiría un convento a encadenarse a semejante patán.

—¿Y qué calaña es la mía? —inquirió ella brazos en jarras, mentón alzado.

—No hace falta que te lo diga, sabes bien a qué me refiero —intervino él con el rostro muy cerca del de ella.

Aquellos ojos… Duncan no pudo menos que retirar la mirada, era como si le quemara, como si aquellas perlas ambarinas pudieran atravesar su alma.

—No lo sé, pero estaría bien que me lo aclarara…

—¡¡¡Ya está bien!!! —gritó el *laird*, fuera de sí—, os estáis comportando como niños. Así que voy a hablar con vosotros dos y espero que se me escuche sin interrumpir.

Brooke se alejó de Duncan y este, presa de un nerviosismo que jamás había experimentado, se quedó paralizado, expectante.

—Muy bien. Señorita Brooke, esperaba hablar con usted esta tarde, pero dado el cariz que ha tomado el asunto, creo que es de vital importancia que lo haga en este mismo momento.

»He decidido que se case con mi hijo y no aceptaré una negativa por su parte…



Capítulo 5

Brooke salió a la carrera del castillo y cruzó el puente de piedra que separaba la isla del continente como una flecha, definitivamente, el laird MacRae se había vuelto loco, casarse con aquel individuo, con lo mal que la trataba sin conocerla siquiera. No y mil veces no, no permanecería en aquel lugar un minuto más.

La impulsividad la había hecho dejar a John con la palabra en la boca, algo que sabía que podría ser castigado por este. Pues a todas luces era una falta de respeto, aunque no le importaba.

Se había tomado unos minutos para recoger sus escasas pertenencias, mas no se despidió del pequeño Eiden, si tan solo hubiera visto su carita sonriente, no habría sido capaz de dejarlo.

Caminó sin mirar atrás hasta adentrarse en el bosque, quería ocultarse de los MacRae, necesitaba pensar en cómo volver a Beauly, aunque estuviera demasiado lejos como para caminar sin más hacia allí, necesitaría al menos tres jornadas para conseguirlo, si no estaba equivocada. Debía tener en cuenta que por la noche no podría orientarse y precisaría descansar.

Al llegar a un claro entre la arboleda, se sentó sobre una piedra. De pronto, sintió la humedad en su pecho.

—No, por favor —suplicó al ver que sus senos lloraban leche a la vez que las lágrimas escapaban de sus ojos.

Abrió el hatillo y rasgó un trozo de tela de una de las faldas que llevaba en él. Con la prisa por abandonar Eilean Donan, no se había llevado pequeños paños para contener aquel torrente en el que se habían convertido sus senos desde que cayera rendida al encanto del bebé MacRae.

Introdujo la tela en el corsé y cerró los ojos. Sentía dolor, mucho dolor.

«No es tu hijo, Brooke, no es tu hijo», se repitió a sí misma con el pensamiento, mas era imposible para ella dejar de pensar en qué sería de aquel bebé, que se había colado en su corazón de un modo totalmente inesperado.

—No puedo quebrar mi vida por el hijo de otra mujer, ya sé que está muerta y él solo me tiene a mí, pero debería ser su padre el que se ocupara de él, ¡demonio! —masculló levantándose con ímpetu de la gran piedra que le había servido de asiento.

—¿Y por qué te marchas si lo que deseas de corazón es quedarte? —Brooke dio un respingo al escuchar aquello.

Miró a todas partes y no vio nada.

—Aquí, niña. Llevo un rato observándote —intervino de nuevo aquella voz femenina y firme.

De repente, los arbustos se movieron y de entre ellos surgió una mujer menuda, de mediana edad. Vestía de negro y cubría su cabello con un sombrero de ala ancha. En un brazo portaba un cesto, en el otro, una rama que le servía de apoyo al caminar.

—En ocasiones no hay que dejarse llevar por la tormenta que estalla cuando alguien decide por nosotros nuestro destino —susurró la mujer aproximándose a ella.

—¿Cómo sabe? —inquirió Brooke, de hombros alzada.

—Yo sé mucho más de lo que puedo contar, niña.

—¿Quién es usted? —preguntó la muchacha, todavía sorprendida.

—Me llamo Gaira, y vivo muy cerca de aquí. Si me acompañas, te daré algo de comer. Me resultará grata tu compañía —sentenció antes de comenzar a caminar.

Brooke miró en derredor y, sin pensárselo mucho más, fue tras la mujer.

∞∞∞

El llanto del bebé inundaba todo el castillo y las sirvientas no conseguían hacer que dejara de llorar. Tampoco habían logrado alimentarlo, y el *laird* comenzaba a estar harto de aquella situación.

Se presentó en la alcoba de su hijo y lo halló con la mirada perdida en el horizonte.

—¡Lo has estropeado todo, malnacido! —exclamó John con la furia pintada en su semblante.

—No lo creo, padre. Fuiste tú quien la espantó con la ridícula idea de la boda.

—Deja de hablarme de cualquier modo, hijo, o de lo contrario haré que te azoten hasta que aprendas a respetarme —espetó el *laird*.

—¿Por decirte la verdad?, jamás podría amarla, además, estoy maldito, todo lo que se acerca a mí se marchita, no quiero que nadie más sufra por mi causa —apuntó Duncan.

—Bah… Falacias. No estás maldito, hijo. Ella te dijo verdaderas barbaridades, mas sus

palabras no son las causantes de tus males.

—Entonces, ¿qué puede ser?, según tu criterio, padre. Dime por qué desde que esa mujer dijo todo aquello, mi vida ha ido a la deriva.

—Las casualidades, hijo. Mysie murió al dar a luz, no tuvo nada que ver con lo que dijo esa malnacida —insistió John, con los nervios crispados por la actitud de su hijo.

—Ella acarició el vientre de Mysie y poco después se puso de parto…

—Está muerta, no puede hacerte más daño —sentenció el *laird*—, has de hablar con tu madre.

—No la llames así, nunca fue mi madre.

∞∞∞

—Siéntate, niña —ordenó Gaira mientras depositaba el cesto en el suelo y señalaba con su bastón unas desvencijadas sillas que rodeaban una mesa redonda y algo carcomida.

La mujer se dirigió con paso sosegado al hogar.

Brooke sintió algo suave rozar sus tobillos y dio un respingo.

—¡Dios mío, menudo susto! —exclamó al ver en el suelo un gato hermoso, de pelaje gris, que ronroneaba mientras hacía ochos entre sus piernas.

—Deja a nuestra invitada en paz, Perth —gruñó Gaira—. Es demasiado cariñoso este granuja.

—No importa, me gustan los gatos, y este es hermoso.

—Sí, y fíjate, tiene los ojos del mismo color que tú, niña —dijo Gaira, risueña—, pero no te quedes ahí, ya te he dicho que te sentaras.

Brooke asintió con la cabeza y obedeció a la mujer, que un momento después puso un cuenco con cerveza y una hogaza de pan ante ella.

La muchacha no tardó en llevarse el cuenco a la boca, estaba sedienta, y la cerveza, además de alimentarla, le quitaría la sed que atenazaba por haber salido de Eilean Donan sin nada más que su humilde ropa.

Aquella era la cerveza más buena que Brooke había probado en su vida.

—Está deliciosa —alabó.

Gaira asintió, orgullosa.

—La fabrico yo misma. Es a lo que me dedico, soy *alewive*[1].

Brooke sonrió y le dio otro trago a la espumosa y oscura bebida, que dejó sus labios un tanto manchados.

—Y dime, ¿quién eres tú? —inquirió Gaira.

—Me llamo Brooke Gowdie, soy curandera.

Gaira abrió mucho los ojos e hizo un amago de risa que se quedó en eso.

Brooke entrecerró los suyos.

—¿Qué le causa risa?, ¿usted también piensa que soy una bruja? —preguntó Brooke algo molesta.

Gaira rio con ganas.

—No, muchacha. ¿Me has visto?, si hay alguien considerada una bruja en este lugar, soy yo…

—¿Y por qué?, solo es una mujer que hace cerveza, ¿cierto?

—Puede que sí, hija, puede que solo sea eso lo que lleve a los lugareños a comprar mi

cerveza y luego a no dirigirme la palabra, o negar ante los demás que han venido a mi casa a ahogar sus penas…



Capítulo 6

Castillo Eilean Donan 1529

Para Gaira, acompañar a su madre al castillo suponía algo diferente que hacer. Le encantaba cómo aquel edificio majestuoso la envolvía con su ambiente de leyenda. Al ser tan imaginativa, su mente volaba a lugares recónditos habitados por la magia, en los cuales ella era la esposa de un laird y también una noble guerrera.

—Estate quieta, niña. Eres lo suficiente mayor como para comportarte y dejar tus trotes y parloteos, me duele la cabeza de escucharte —la reprendió su progenitora.

—¿Es que no te parece maravilloso este lugar, madre?, me encantaría ser *lady* Gaira, ¿has visto qué bien suena? —soltó la muchacha sin parar de danzar alrededor de esta.

—Tienes que dejar de soñar con imposibles, hija mía. No somos más que humildes *alewives*, mientras que dentro de esos muros viven señores con mucho poder, que casan a sus

hijos con otros señores de más poder si eso es posible.

—En mi caso será diferente, madre. John, el hijo del *laird*, es un buen muchacho y una vez habló conmigo. Se mostró tan dulce y encantador.

—No, hija, no te dejes engañar. Ese chico solo podía buscar algo en ti, y no algo bueno —intervino su madre en tono solemne.

—Me dijo que era la criatura más bella que había visto jamás.

—Y lo eres, hija. No hay mujer que se te pueda comparar, es por ello por lo que te has de guardar de hombres como el joven MacRae.

—¿Por qué?, es un buen muchacho. En su mirada no había maldad, madre. Tú me enseñaste a observar los ojos de los demás para ver sus intenciones.

—Lo sé, hija mía. Pero no siempre la mirada va ligada a los actos. Las intenciones pueden quedarse en eso, y las personas pueden actuar de modo horrible, así que será mejor que te guardes las espaldas, señorita. Además, ya estamos demasiado cerca del castillo, así que sella tus labios y no llames la atención.

Gaira frunció el ceño y negó con la cabeza. Su progenitora había ennegrecido su imaginación de un plumazo.

—Déjame la cesta, madre. O pensarán que soy una mala hija por no ayudarte —dijo de pronto Gaira.

—¿En verdad te importa lo que piensen de ti?, la cesta la llevo yo. Mientras esa cabecita siga en las nubes, quiero que mi cerveza continúe en su lugar. Sería terrible para nosotras que se derramara.

Gaira se encogió de hombros.

Minutos después, entraban en el patio de armas y el ama de llaves las recibía.

—¡Llegas tarde, Ayla!, y ya sabes lo importante que es para el *laird* disfrutar de su cerveza.

—Lo siento, señora Leod, me ha sido imposible venir antes. He tenido que ir a tres sitios más…

—Ahórrate tus explicaciones. Ya el mal está hecho y puede que el *laird* no acepte tu cerveza hoy —espetó el ama de llaves.

—No hemos llegado tan tarde, es más, preferiría excusarme yo misma con el *laird*, estoy segura de que no se negará a recibir lo que él mismo pidió —replicó Ayla.

—El *laird* está demasiado ocupado como para recibir a una simple *alewive*.

—¿Qué ocurre, señora Leod? —inquirió una voz masculina, pero juvenil.

Gaira se volteó a mirar, y ahí estaba él. El amo de todos sus sueños desde hacía ya un tiempo: John MacRae.

—Joven John, esta mujer se ha retrasado y su padre está impaciente por recibir su pedido, así que le he dicho que preguntaré primero. Porque puede que su padre no quiera pagar por la cerveza —alegó el ama de llaves en un tono que denotaba lo torturada que estaba por el retardo en el pedido del *laird*.

—Si el *laird* no va a pagarme por mi cerveza, mejor me voy a otra parte, estoy segura de que no me faltarán clientes —espetó Ayla mientras recogía la cesta del suelo.

—No se preocupe, mujer. Mi padre recibirá y pagará su cerveza, tranquilícese —intervino John mientras dirigía su mirada hacia Gaira, que lo observaba embobada.

—Dios se lo pague —dijo de pronto Ayla.

El ama de llaves frunció el ceño, no soportaba que aquel joven le arruinara sus planes: proveer al *laird* de cerveza sin pagar.

John le ordenó a la señora Leod que acompañara a Ayla a las cocinas, para así poder

quedarse a solas con Gaira.

—Volvemos a vernos, dulce Gaira —dijo John con una sonrisa de lo más encantadora.

Gaira no pudo menos que suspirar ante él. Le parecía tan apuesto y varonil, que no podía menos que ponerse nerviosa en su presencia.

—Sí, sir John. Y le doy las gracias por lo que acaba de hacer por nosotras. Mi madre siempre dice que no hay clientes como los MacRae. ¡Ay!, perdón, se me ha escapado. Ella no quiere que se lo diga a nadie. Otra vez he hablado demasiado. —Gaira estaba cada vez más nerviosa, la cercanía de John la hacía perder el norte y no encontrarlo hasta pasados unos días.

—No te preocupes, muchacha. Me alegro de que seamos vuestros mejores clientes, así puedo verte con asiduidad —intervino John, dedicándole a Gaira una mirada penetrante y cargada de intención.

En aquel momento, a Gaira solo le faltaba levitar, se encontraba en un estado de plena felicidad.

—A mí también me agrada verle, sir John —soltó sin pensar en sus palabras, y con una expresión bobalicona en el rostro.

—Ah, ¿sí?, pues quizá podríamos vernos en un lugar menos concurrido que este. Así podríamos estar solos, me gustaría tanto disfrutar de tu compañía —dijo el chico con una intensidad desconocida para Gaira en la mirada.

Esta abrió mucho los ojos, aquel muchacho, casi un hombre, quería verla a solas. Recordó entonces las enseñanzas de su madre. Había que guardarse mucho de permanecer a solas con un hombre, ellos eran poderosos y fuertes, podían hacerte daño. Así que, aunque tentada a decirle sí con toda la efusividad que era capaz de reunir, le dio una negativa.

—Mi madre me echaría al caldero de la cerveza, y luego me colgaría en la puerta cual escoba; siempre lo dice, y yo la creo.

El muchacho estalló en carcajadas.

—No hará tal cosa, no seas niña —dijo sin poder parar de reír.

—¡¡Gaira!!, ¡¡nos vamos!! —bramó Ayla desde la puerta de las cocinas, y su expresión no dejaba lugar a negativas.

—Tengo que irme —anunció Gaira mientras comenzaba a caminar a paso rápido hacia donde la esperaba su progenitora—. ¡Voy, madre!

John se quedó obnubilado mientras observaba a Gaira correr. Sin embargo, había alguien que lo sentenciaba con la mirada, Ayla, la madre de la muchacha, su expresión reprobatoria le causó escalofríos al chico, que, sin poder aguantar tanta hostilidad, se dio media vuelta y comenzó a caminar en dirección opuesta.



Capítulo 7

La habitación estaba a oscuras y ella se adentró con sigilo. Hacía mucho frío y la escarcha se había posado en todas partes habidas y por haber. La cunita del bebé parecía hecha de hielo. Se apresuró a acercarse a la cuna, pero era imposible, el camino se hacía cada vez más largo. El llanto del bebé, que la había despertado, había cesado de manera repentina. Sin embargo, el miedo se apoderó de ella, un miedo atroz que la hizo darse aún más prisa.

Cuando consiguió arribar a su destino, vio como el bebé estaba completamente tapado, hasta su cabeza lo estaba. Aproximó la mano para retirarla y así poder ver la carita de Eiden. Al destaparlo, no pudo menos que horrorizarse al ver que la escarcha se había aferrado también a él, y su cuerpo sin vida yacía observándola con los ojos muy abiertos…

Brooke despertó jadeante y con una congoja que le oprimía el pecho. Las lágrimas y los sollozos no tardaron en hacerse presentes.

Se había quedado a dormir en casa de Gaira. Ella misma se lo había ofrecido al decirle que volvía a Beauly cuando ya casi había anochecido.

En principio, Brooke se había mostrado reacia, no quería molestar a la mujer, sin embargo, esta había sido contundente al decirle que no lo hacía en absoluto, y que se quedara al menos a pasar la noche, que al día siguiente le proporcionaría víveres para todo el camino y le conseguiría

un caballo.

—¿Qué ocurre, niña? —preguntó Gaira, preocupada.

—Estoy bien, solo ha sido un sueño… —se excusó Brooke.

—O más bien, un mal sueño.

—El bebé MacRae… había…

—No lo digas, niña —dijo con firmeza Gaira, que ya se hallaba junto al pequeño lecho que ocupaba Brooke.

—Tengo un nudo enorme en el estómago, si sigo así, difícilmente podré partir y dejarlo atrás —balbució la muchacha.

—Pues no lo dejes, es simple. Vuelve a Eilean Donan y acepta tu dulce destino —sentenció Gaira, quien, iluminada por la luz de la luna, parecía taciturna y pensativa.

—¿Llamas dulce destino a casarme con un hombre al que detesto y que a su vez solo destila odio hacía mí? —inquirió Brooke, ceñuda.

—Ay, niña. Créeme, en ocasiones, el destino te envía señales, señales para que reacciones, para que no le des la espalda. Mírate, jamás has sido madre y de tus pechos brotó leche para que pudieras cuidar a ese bebé. Te convertiste en su madre, no solo en una simple nodriza. El vínculo que os une es fuerte, muy fuerte. Lo veo en ti, en tu voz, en tu mirada, en todo tu ser.

»Así que, corre y no pierdas más tiempo. Pues el destino es paciente, pero puede cansarse de esperar y migrar hacia otros lugares más halagüeños para él.

—No puedo hacerlo, sería ir contra mis principios. Los que me enseñaron mis tías, quienes aceptaron su sino y se quedaron solas, antes de desposarse con nadie sin amor —argumentó Brooke.

—¿Y qué esperas del amor?, ¿qué buscas, Brooke Gowdie?

—Busco que mi corazón lata con fuerza, sentir que floto en el aire cual hoja que se mece con el viento. Que la dicha se apodere de mí cuando vea los ojos de mi amado. Eso es lo que busco, Gaira.

La mujer sonrió y se alzó de hombros.

—Pues entonces, querida niña, que así sea…

∞∞∞

Sophie golpeó la puerta de la alcoba de Charlotte con fuerza.

—¡Voy, maldita sea, no seas tan escandalosa! —exclamó la cocinera al escuchar a Sophie llamarla con desesperación.

Charlotte abrió la puerta y halló a la muchacha con el niño en brazos, con el cuerpo lánguido y colgante.

—Ha dejado de llorar de pronto y se ha quedado así, está ardiendo y no sé qué le ocurre.

—Dios mío, niña, tenemos que bajarle esa fiebre —anunció antes de echarse un chal sobre los hombros y salir a la carrera de la estancia.

—¿Qué le ocurre a mi hijo, Sophie? —inquirió una voz salida de la nada—, te vi abandonar su habitación y te seguí hasta aquí, así que dime qué diablos ha pasado.

—Lo siento mucho, sir Duncan, no sé qué le ocurre, tiene mucha fiebre y es como si se le hubiera escapado la vida —sollozó la muchacha.

—Dámelo ahora mismo, buscaré ayuda —ordenó Duncan con preocupación.

Sophie hizo amago de entregárselo y Duncan lo aceptó de inmediato. Aquel cuerpecito

pequeño se dejaba caer en sus brazos, como sin fuerza.

—Decidle a Murdo que ensille mi caballo, rápido.

Duncan se dirigió a sus habitaciones y cubrió el cuerpo del bebé con una manta con los colores de los MacRae. Posó los labios en la frente del niño y un sentimiento hasta ese momento desconocido se apoderó de él.

Su voz interior, aquella voz molesta que se había colado en su mente y no lo dejaba en paz, habló con claridad:

—*Ella puede ayudarlo…*

—¿Quién?, ¿quién puede hacerlo?

—*Lo sabes bien, ella, su madre.*

—No es su madre y nunca lo será, su madre se llamaba Mysie y era mi esposa —susurró Duncan a punto de la lágrima.

—*Tienes que encontrarla, de lo contrario, Eiden morirá. Llévalo con ella…*

Duncan alzó una mano y la posó en su frente. Quería que aquella maldita voz se alejara de él, mas no lo hacía, y lo peor de todo es que tenía razón, nadie como ella cuidaría mejor de su pequeño, con la devoción que solo una madre brindaba. Porque madre no es solo la que sufre al dar a luz, lo es también la que es capaz de darle todo el amor del mundo a un pequeño desvalido.

Sophie lo avisó de que ya estaba listo su caballo y Duncan se dirigió hacia él a paso vivo. Le entregó el bebé a la joven sirvienta y enrolló la mantita en su cuerpo, de modo que pudo introducirlo dentro y resguardarlo del frío de la noche, y a su vez, disponer de sus dos manos libres.

Montó en el caballo y salió al galope del castillo.

Charlotte se aproximó a Sophie en ese momento y esta le dijo:

—¿A dónde irá este muchacho con la criatura?, con el frio que hace…

La cocinera se encogió de hombros.

—Solo Dios lo sabe, niña, solo Dios lo sabe.



Capítulo 8

Impulsos. Arranques inevitables y urgentes. Eso fue lo que le ocurrió a Brooke, que se dejó guiar por el deseo enorme de abrazar a su bebé, porque para ella se había convertido en su hijo, aunque no lo hubiera llevado en sus entrañas.

Salió a la carrera de la humilde casita de la *alewive*, quien sonreía desde el umbral y se llevaba a su vez la mano al pecho. Una lágrima furtiva resbaló por su mejilla y la mujer suspiró. ¿Cuánto tiempo hacía que sus ojos se habían secado? Ya ni se acordaba.

Brooke corrió y corrió entre los árboles, los arbustos y las rocas. Corrió mientras se liberaba de viejas creencias y enseñanzas. Las Gowdie… Esas mujeres que aceptaban un destino en solitario, el mismo que ella pensó que abrazaría, se desdibujaban en su mente.

Fue entonces cuando escuchó los cascos apresurados del caballo que venía hacia ella.

Un hombre cubierto por una capa oscura lo montaba.

Aguzó la vista hasta ser consciente de quién se trataba.

—¡Duncan! —exclamó de pronto.

El *highlander* hizo detenerse al caballo y lo desmontó.

Se aproximó hacia ella y le mostró lo que ocultaba bajo su capa.

—Te necesito, Brooke. Ambos te necesitamos, no nos dejes —suplicó Duncan con los ojos a punto de romperse de preocupación.

—No os dejaré, Duncan, jamás lo haré —anunció Brooke, sintiéndose por primera vez libre, sin el ancla que habían clavado sus tías en su vida.

∞∞∞

Duncan y Brooke observaban al bebé con cierto alivio. Ya había pasado todo y el pequeño volvía a sonreír y balbucear mientras daba pataditas. Tres noches antes, cuando Brooke y Duncan se encontraron en el bosque, volvieron al castillo de inmediato.

En cuanto Brooke vio cómo estaba el bebé, supo enseguida lo que le ocurría. El niño había convulsionado por la fiebre, y Sophie se lo había encontrado en lo que en la actualidad llamaríamos Parálisis de Todd[2]. En el siglo XVI no se conocían dichos términos, aunque nuestra intrépida Brooke había atendido a muchas personas durante su vida y no era la primera vez que veía niños que, tras sufrir una crisis de espasmos por fiebre, se quedaban en el mismo estado que el pequeño Eiden en aquel momento.

A la muchacha le costó mucho tranquilizar a Duncan, que no creía que Brooke estuviera en lo cierto al decirle que solo tenían que esperar e intentar bajarle la fiebre al pequeño. Y, efectivamente, lo estaba.

—No puedo más que agradecerte lo que has hecho por mi hijo desde un principio —intervino Duncan con cierto deje de timidez en la voz.

—No fue nada, no era la primera vez que veía un caso similar —respondió ella, algo incómoda por la cercanía del *highlander*.

—Fue mucho, más de lo que piensas. Porque no solo ha sido lo de hace tres noches, sino que hayas alimentado a mi hijo y seas para él como una madre. Estoy en deuda contigo y dudo mucho que pueda pagarte algún día.

—Solo hice lo que me dictó mi corazón —musitó Brooke alzada de hombros.

—Un corazón demasiado grande, y no he sabido verlo. Me siento como un verdadero patán.

—Has sido un patán… —intervino Brooke con seguridad.

—Lo sé, un gran patán.

—Y un desagradecido, malnacido, testarudo…

—Para, para. O harás que me encierre de nuevo y no salga nunca más de esa habitación —soltó Duncan señalando la puerta que comunicaba su alcoba con la de Brooke.

—Ni lo sueñes. Ahora que este pequeño ha recuperado a su padre, todo irá mejor. Así que no vuelvas a dejarlo solo, ¿entendido? —inquirió Brooke con un tono cargado de fingida autoridad.

—Entendido y prometido —sentenció Duncan, llevándose la mano al corazón.

—Muy bien, pues ahora que todo está entendido y prometido, he de dormir —dijo la muchacha algo incómoda, pues Duncan se encontraba en su alcoba.

Él rio y asintió con la cabeza antes de darle un beso en la mejilla a su bebé.

—Nos vemos en un rato, pequeño guerrero. —Se despidió y, seguidamente, traspasó el umbral y cerró la puerta de su habitación.

Brooke soltó todo el aire del que había hecho acopio mientras veía a Duncan alejarse y susurró:

—¿Pero qué demonios me ocurre con ese hombre?

A la mañana siguiente, Brooke, que había dormido de forma tumultuosa, despertó a causa de un trueno que hizo vibrar los gruesos muros de Eilean Donan.

Se levantó y se echó un chal que su tía Lottie había tejido para ella con una lana suave que la hacía sentirse acariciada por el tejido. Al aproximarse a la cunita, vio que Eiden dormía plácidamente. Las tormentas no eran todavía causa de sus desvelos, pues ni siquiera parecía haberse enterado del fuerte estruendo.

Abrió el armario y se llevó la mano a la boca, sorprendida. El lugar que hasta el día anterior ocupaban sus escasas y sencillas prendas, se había convertido en anfitrión de una veintena de vestidos a cual más hermoso.

—Pero ¿quién demonios ha puesto todo esto aquí? ¡Qué maravilla! —exclamó tomando uno de los vestidos y acercándoselo al pecho, levantó un poquito un pie, luego el otro.

Minutos después descendía los peldaños que conducían al salón. Sophie había subido a decirle que el *laird* quería verla, que, en lugar de desayunar en las cocinas, como había hecho desde su llegada a Eilean Donan, lo hiciera en el salón, con él y su hijo.

John y Duncan MacRae la esperaban armados con un rictus serio, que en el joven cambió de inmediato al ver a Brooke sin sus habituales prendas humildes.

—Buenos días, señorita Gowdie. Veo que ya ha visto mi sorpresa —dijo John, sonriente.

—Oh, sí. Le agradezco el gesto. Mas no necesito tantos vestidos, con dos o tres puedo apañármelas una buena temporada —respondió Brooke con seguridad.

—Bobadas, una futura *lady* ha de vestir como es debido.

A Brooke, las palabras del *laird* la agarraron por sorpresa. Hacía días que no pensaba en su supuesta boda con Duncan. Es más, aquella manera de hacer las cosas no la satisfacía y no era difícil deducirlo.

—Padre… —lo reprendió Duncan—, ya te he dicho que la señorita Brooke y yo no podemos casarnos. Entre nosotros no hay sentimientos, ni nada parecido.

—Los sentimientos aflorarán después de la boda, con el día a día. Así ocurrió con mi esposa. Y a ti con la tuya, hijo.

Brooke abrió mucho los ojos, creía que el matrimonio de Duncan y Mysie había sido por amor. Al menos, aquello fue lo que dedujo al ver el gran duelo que sufría él por su pérdida.

—Deja a Mysie a un lado. Lo nuestro fue diferente, hacía tiempo que la conocía, habíamos sido amigos desde niños; sin embargo, ahora…

—Ahora ¿qué?, hijo. La señorita Gowdie es una mujer preciosa, y es como una madre para Eiden, ¿qué más puedes desear? —inquirió el *laird*, para incomodidad de Brooke, que cada vez tenía más ganas de levantarse de aquella silla y escapar.

—Por favor, padre. Esta situación es de lo más incómoda. No voy a casarme con Brooke, no si no la amo. No volveré a comprometerme con ninguna mujer si no es por amor. ¿Queda claro?

Duncan se levantó de la silla y se alejó con la furia rezumando por todos los poros de su piel.

—Lo siento, señorita Gowdie —intervino John—, entrará en razón, ya lo verá…

Brooke negó con la cabeza.

—Es que no es necesario que lo haga. Yo tampoco deseo casarme. Puedo quedarme por Eiden, cuidarlo, ser su madre. No hace falta que exista un matrimonio entre su hijo y yo —alegó Brooke con seguridad.

—Sí lo es, es necesario y muy beneficioso para ambos. A mi hijo le hace falta una mujer a su lado y sé que no le eres indiferente, por mucho que él diga que sí. Es más, soy viejo y no me es difícil ver que en tus ojos se rompía algo cuando Duncan dijo que no te amaba, ¿cierto?

—No, *laird* MacRae, se equivoca, entre su hijo y yo no existe más sentimiento que el aprecio mutuo.

John estalló en estridentes carcajadas.

—No me hagas reír, muchacha. Qué ciegos estáis los jóvenes… —El *laird* se levantó de su asiento y se alejó sin poder contener la risa.

Brooke, que no había probado bocado, suspiró. Las palabras de Duncan volvieron a su cabeza, golpeándola con saña:

—Por favor, padre. Esta situación es de lo más incómoda. No voy a casarme con Brooke, no si no la amo. No volveré a comprometerme con ninguna mujer si no es por amor. ¿Queda claro?.

—Yo tampoco te amo, malnacido, y no tengo la necesidad de casarme con nadie…

La muchacha se levantó de la silla y se dirigió a su alcoba. Una vez allí, se quitó aquel vestido que tanto le había ilusionado ponerse, y buscó en el armario sus viejas prendas. Se desvistió con lentitud, mientras se miraba al espejo.

Era una mujer de curvas armoniosas y piel blanca. Su melena pelirroja y rizada caía en cascada por su torso, cubriéndole los pechos. Observó su reflejo y se pellizcó las mejillas para volverlas más sonrosadas. Estaba algo pálida por los días que había pasado pendiente de Eiden las veinticuatro horas, casi sin descansar.

De pronto, el rostro de Duncan apareció en el espejo, sorprendido.

Brooke se giró con rapidez, a la vez que se cubría con las prendas que pensaba ponerse.

—Lo siento, quería ver a mi hijo y creí que todavía estabas en el salón… —se excusó él, mientras entraba de nuevo en su alcoba.

Brooke no supo qué decir. Hacerse la indignada no iba con ella, es más, ver aquella expresión de sorpresa en el espejo, no pudo menos que hacerla estallar en una risa contagiosa que llegó de inmediato a los oídos del *highlander*.

—¿Te ríes, mujer?, ¿no deberías reprenderme por haber entrado sin avisar en tu alcoba? —inquirió Duncan desde lejos.

—¿Por qué?, ya te has disculpado, pensabas que no estaba en mi alcoba —dijo ella en un intento de no dejar ver lo avergonzada que estaba porque un hombre la hubiera visto desnuda.

A Brooke, en situaciones como aquella, le entraba una risa nerviosa y contagiosa difícil de contener, y eso es lo que había ocurrido. Si bien, Duncan interpretó que no le importaba lo más mínimo que la hubiera visto como su madre la trajo al mundo.

«Qué mujer más extraña», caviló.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —se disculpó él.

«Aunque en verdad me gustaría entrar ahí y acariciar esa piel nívea», pensó de pronto.

—Ya puedes pasar —dijo Brooke, una vez vestida, mientras se acercaba a la cunita del bebé.

Duncan traspasó el umbral con timidez, ya nunca más podría mirar a Brooke del mismo modo.



Capítulo 9

Gaira esperaba pacientemente en las inmediaciones de Eilean Donan. Había encontrado una nota en su habitación, alguien la había dejado sobre su cama. Cuando la muchacha supo de quién era, el corazón le dio un vuelco.

No puedo dejar de pensar en ti, quiero verte. Te espero cuando el sol se oculte, junto al puente que conduce a mi castillo.

J. MacRae

John había estado en su habitación, y le había escrito aquella misiva con su letra hermosa y elegante.

Gaira había aprendido a leer y a escribir gracias a su madre, que era una gran amante de los libros. En cambio, ella no tenía la hermosa caligrafía del dueño de sus desvelos, su letra era más bien feúcha.

Caminó por la estancia de un lado al otro antes de tomar una decisión, acudiría a la cita, y allí se hallaba. Esperando desde hacía ya un buen rato.

A punto estaba de marcharse, consternada, cuando una sonrisa blanca iluminó la noche.

—Siento haber tardado, mi padre me entretuvo —dijo John sin dejar de mirarla.

—No puedo quedarme mucho, mi madre ya debe haber salido a buscarme, es muy tarde —soltó Gaira, mientras miraba a todas partes, nerviosa.

—No te preocupes, yo mismo te acompañaré a casa. Sola, por esos andurriales, quién sabe lo que puede ocurrirte —se ofreció el joven.

—Se lo agradezco, sir John.

—Solo John, muchacha, somos de la misma edad, o casi.

Gaira sonrió complacida. Le gustaba mucho John MacRae, tanto que el hecho de soñar cada noche con besar sus labios ya no le sorprendía.

—Cierto, aunque mi madre siempre dice que hay que tener respeto a los que son como usted, sir…

—Háblame de tú, Gaira, por favor. Me siento incómodo con tanto formalismo.

—De acuerdo, John.

Los muchachos habían comenzado a caminar en dirección al bosque, ni cuenta se habían dado, pero paseaban el uno junto al otro sin ganas de separarse en toda la noche. Aunque aquello no iba a ser posible, pues Ayla jamás lo permitiría. Y así lo hizo ver en cuanto sorprendió a la pareja parados uno frente al otro, en medio de un claro.

—¿Qué ibas a hacer, desvergonzada? —inquirió mientras prácticamente la arrastraba a su humilde morada.

—Solo me acompañaba a casa, nada más, es un buen muchacho, madre. No es lo que piensas —sollozó Gaira.

—¿Es que no has aprendido nada de tu madre?, no eres más que la simple hija de una *alewive*. Ni siquiera perteneces a un clan, y mucho menos tienes un padre que posea tierras. John MacRae no es una opción para ti, ¿me oyes?

—¡Para, madre, me haces daño! —exclamó Gaira entre gimoteos.

—No puedo hacerlo, ¿me entiendes? Te acabo de sorprender a punto de besarte con ese malnacido del hijo de MacRae. ¿Acaso no te das cuenta de que es nuestro principal cliente?

—Solo hablábamos, nada más.

Y no era cierto. El bosque se había tornado hermoso, y a su alrededor miles de lucecitas se habían prendido, no sabía a qué era debido, sin embargo, en su enamoramiento, así lo veía la joven Gaira. Los ojos azules de John MacRae la observaban incendiados de pasión, la misma que ella sentía en aquel instante. Iba a ocurrir, sus labios estaban a punto de rozarse cuando alguien tiró con brusquedad de su brazo, su madre.

Ayla reprendió al muchacho y le ordenó que se marchara. John, asustado por la ferocidad de la *alewive*, se alejó a la carrera.

Aquel episodio no disuadió a Gaira, ni mucho menos a John, de volver a verse. Ayla no tuvo en cuenta que hay algo que jamás puede hacer una madre. Entorpecer o prohibir que su hija se deje llevar por el amor, porque es esta la que se tiene que percatar si la persona que ama le conviene o no. Hacerlo conduce a que dicha hija sienta unas ganas enormes de desobedecer, de encontrarse con lo prohibido, y eso fue lo que le ocurrió a Gaira. Que tan solo unos días después, se dejaba llevar en su primer beso, demasiado cerca de la casa que la vio nacer.



Capítulo 10

Las semanas transcurrieron en aparente calma. Brooke se dedicaba en cuerpo y alma al bebé, mientras Duncan pasaba gran parte del día fuera, pues había retomado sus quehaceres habituales de antes de su descenso a los infiernos.

Cuando volvía a Eilean Donan, ya había oscurecido y lo primero que hacía era ir a ver a su hijo, con el que jugaba durante un buen rato hasta que a este le entraban ganas de dormir.

Esos instantes eran para padre e hijo, y Brooke solía dejarlos a solas. Desde su desencuentro en el salón, la muchacha había evitado la compañía de Duncan, y, al parecer, él había hecho lo mismo, apenas se dirigían las palabras indispensables.

Cuando la calma predomina y todos los días son una copia del anterior, el tiempo vuela. Y así pasaron varios meses, en los que el verano hizo acto de presencia en Eilean Donan.

Brooke refrescaba al bebé en un pequeño balde de agua en el patio, cuando un carruaje apareció en su campo de visión. Se detuvo muy cerca de ella y del mismo descendió una dama muy bien vestida, con una cabellera rubia, impecablemente recogida, y un porte que solo podía

pertenecer a alguien de la aristocracia. Tras ella salió una mujer de mediana edad, que parecía ser su doncella.

De pronto, John MacRae y su hijo, acompañados de Murdo, acudieron a recibir a la primera.

—Querida Fiona —dijo el *laird* con efusividad—, no puedes estar más hermosa. Tu padre me dijo que te habías convertido en una jovencita adorable, pero no imaginaba que tanto.

Duncan no dejaba de mirar a la forastera, mientras a Brooke la llevaban los demonios y desconocía el motivo.

—Estoy encantada de estar aquí, mi padre no podía elegir mejor candidato para unir mi vida a él —dijo aquella mujer.

Brooke abrió mucho la boca. Sacó al niño del balde y lo arropó antes de llevárselo de allí a la carrera.

Mientras se alejaba, se giró y se dio cuenta de que Duncan la miraba con ojos lastimeros.

No fue hasta más tarde, al reunirse con ella en su alcoba, cuando se enteró de lo que ocurría.

—Espero que nos honres esta noche con tu presencia en la cena, la señorita Mackenzie desea conocerte —dijo él con seguridad.

«Muy bien, mas yo no quiero conocerla a ella, la odio desde que puso un pie en este castillo y no tengo ni la menor idea de por qué», pensó Brooke.

—No sé si hoy cenaré, tengo la tripa algo revuelta desde esta mañana —masculló con una sonrisa forzada que a Duncan no le pasó inadvertida.

—Por favor, Brooke. Fiona ha insistido en conocer a la mujer que ha criado a mi hijo como si fuera el suyo. Le he hablado mucho de ti y está ansiosa de que seáis amigas.

«Ni lo sueñes, no podría ser amiga de esa… Pero ¿qué diablos me ocurre?, yo no soy así», se recriminó.

—Discúlpame con ella, quizá mañana pueda conocerla durante la comida… o la cena, si ya me encuentro bien, claro está.

Duncan torció el gesto.

—Vamos, Brooke. Dime la verdad, ¿por qué no quieres conocer a mi prometida?

Una punzada maliciosa atravesó el corazón de la curandera. «¿Cuándo se había prometido él?, ¿y por qué con esa…, esa…?».

Su cabeza no dejaba de dar vueltas y de imaginar situaciones en las que ambas se agarraban del pelo y acababan en el suelo, puñetazo va, puñetazo viene.

—¿Crees que será bueno para Eiden?, ya sabes, una desconocida en el castillo… —dijo de pronto Brooke, arrepintiéndose de inmediato de sus palabras.

Duncan se alzó de hombros.

—Pues no creas que no lo he pensado. Es demasiado pequeño y pasa mucho tiempo contigo, para él eres su madre. No será fácil que vea en Fiona una figura maternal, si bien, así tendrá que ser teniendo en cuenta que me caso con ella en unos días.

—¿Te vas a casar? —inquirió Brooke consternada y sintiéndose estúpida de inmediato, ya que momentos antes Duncan le había hablado de Fiona Mackenzie como su prometida.

—He de hacerlo por el bien del clan. Los Mackenzie son parte importante de este castillo y sus auténticos dueños, nosotros somos simples guardianes. Este matrimonio es un mero trámite. Lo acordaron mi padre y el de Fiona, así que he de cumplir con mi cometido y casarme.

—Pero no la amas, ¿cierto? Tú mismo dijiste que no te casarías de nuevo si no era por amor —intervino Brooke con un deje de despecho en la voz.

—Lo sé, y así lo creía. Sin embargo, ahora es diferente. Ha sido Ronald Mackenzie en

persona quien se lo ha pedido a mi padre, y no puedo negarme.

—¿Por qué no?, no tienes que asumir los designios de los demás. Mis tías me enseñaron siempre que debía seguir mi corazón, pero actuar con cabeza y no dejar que nadie decidiera por mí —argumentó Brooke.

—No siempre es así, brujita —dijo Duncan alzándose de hombros.

A Brooke le temblaron las piernas al escuchar aquel apelativo cariñoso que él había comenzado a utilizar con ella en ocasiones.

Ambos se observaron con intensidad, sin decir nada.

La angustia y las ganas de llorar se hicieron presentes en la muchacha, así que se excusó y le pidió a Duncan que saliera de la alcoba, que necesitaba descansar un rato antes de la cena, a la que prometió acudir al final.

Encontrarse libre para dejar fluir sus sentimientos fue lo que buscó Brooke con aquel pretexto. Eiden dormía ajeno a lo que acontecía aquel día en el castillo, y ella se dejó caer bocabajo en la cama y ahogó un llanto desgarrado en la almohada. ¿Cómo había sido tan estúpida al pensar que Duncan jamás contraería nupcias con otra mujer?

De algún modo, siempre creyó que acabaría por casarse con él, o puede que no. Ni ella lo sabía. Lo único que sí sabía con seguridad era que se había enamorado hasta el tuétano de él y ya nunca sería suyo.



Capítulo 11

Durante la cena, Brooke estuvo callada, a decir verdad, apenas dijo nada, además de no probar bocado. Ni siquiera se atavió para la ocasión. Se puso su vestido más viejo, de los que traía de su antigua vida en Beauly. Mientras que la sofisticada Fiona lucía un impresionante vestido azul que ensalzaba su generosa belleza.

—Curioso color de ojos —soltó de pronto Fiona, dirigiéndose a ella.

Brooke dio un respingo, se hallaba inmersa en sus pensamientos, alejada de la conversación que mantenían los MacRae con su rival.

—Sí-sí… —tartamudeó con evidente nerviosismo—. Todas las mujeres de mi familia los tenemos del mismo color.

—Son, cómo decirlo, exóticos, a la vez que inquietantes —dijo Fiona mientras se llevaba a los labios una copa de vino.

—Pues yo creo que son hermosos —intervino Duncan dedicándole a Brooke una sonrisa.

—Sí, la señorita Gowdie tiene unos ojos realmente hermosos —habló el *laird*—. Sin

desmerecer los de nuestra invitada, tan azules y bellos como el mar.

Fiona soltó una risita y Brooke no pudo evitar rodar los ojos. La muchacha le parecía de lo más cargante. Quizá en otro contexto podría llegar a apreciarla, pues, salvo por sus aires de superioridad y toques de prepotencia, no parecía mala persona.

Sin embargo, aquella mujer representaba para ella a una taimada zorra que se había apoderado de lo que más quería.

—*Tú misma lo dejaste marchar, ahora de qué te quejas* —una voz en su interior, una voz que no era la de su conciencia, la hizo dar un salto en la silla.

Brooke preguntó para sus adentros:

«¿Quién demonios eres?».

—*¿Acaso importa?, quizá, en lugar de andar preguntando tonterías, deberías hacer algo para que Duncan no se case con ella.*

«Estás en mi mente, todo está en mi mente. Es mi maldita voz interior», pensó Brooke con la servilleta atrapada entre sus manos como si la vida le fuera en ello.

—*Te equivocas, querida, soy tan real como que tienes un pecho a punto de salirse de tu escote.*

Brooke agachó la mirada de golpe y se dio cuenta de que uno de sus pezones asomaba amenazante. Al intentar solucionarlo, su copa se derramó y el vino se dispersó por el mantel.

Duncan estaba frente a ella y la observaba a punto de estallar en carcajadas.

—Uy, muchacha, ¿qué te ha ocurrido? —inquirió el *laird*, un poco molesto por la torpeza de Brooke.

Esta, al ver a Duncan haciendo esfuerzos soberanos para contener la risa, apenas pudo contestar a John.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Fiona mirando a Duncan y a Brooke respectivamente.

Y ocurrió, ambos se dejaron llevar por sus ganas de reírse, mientras Brooke, roja como un tomate, tenía que limpiarse incluso las lágrimas del ataque tan fuerte de risa que le había dado.

∞∞∞

Duncan no podía dormir, la visión del pecho de Brooke a punto de aflorar de su escote no dejaba de repetirse en su mente. Fue algo sutil, cuando la muchacha intentó alcanzar un trozo de pan. Él, que estaba frente a ella, no pudo evitar caer en la tentación de dirigir su vista hacia donde no debía, por decoro, principalmente. Si bien, el instinto hizo un tanto y la casualidad otro. Un rosado pezón intentaba asomarse al mundo, para ser admirado por él.

Por su mente pasó la idea de avisarla, mas no era de recibo, ¿qué pensaría la señorita Mackenzie?

De pronto, Brooke dio un respingo y abrió mucho los ojos mientras se aferraba a su servilleta, como si estuviera asustada.

Lo siguiente que ocurrió fue que ella miró hacia el seno saliente y solucionó el incidente con discreción. Entonces sus miradas se cruzaron y Brooke enrojeció, avergonzada.

Él sintió que la risa se apoderaba de su ser y ambos rieron juntos y cómplices.

¿Por qué la soñaba todas las noches desnuda en su lecho?, ¿por qué tenía que aliviar su pasión en los brazos de otras mujeres en Dornie, previo pago por ello?, ahora ya no había remedio, tenía que casarse con Fiona Mackenzie para cumplir con su deber.

Fiona no le resultaba desagradable, es más, era una mujer preciosa. Si bien, aquella belleza

pétrea y gélida no se podía comparar con la de la curandera, tan natural y salvaje, porque sí, ambas mujeres eran las dos caras de una moneda, el día y la noche, el sol y la luna, todo lo opuesto que pudiera haber en el mundo, eran ellas dos.

¿Cómo podría vivir en el castillo después de casarse?, ¿cómo podría ver a Brooke a diario y soñar por la noche con ella mientras le juraba lealtad a una mujer a la que no amaba?

—*Eso te pasa por patán, así que te lo tienes merecido* —otra vez la dichosa voz de su cabeza hacía acto de presencia.

—Déjame en paz, ¿no tienes otro al que molestar en este lugar? —espetó Duncan tapándose los oídos con la almohada.

—*Si tú supieras.…*

—¿Me vas a decir de una maldita vez quién diablos eres? —inquirió incorporándose, con el rostro teñido de furia.

Silencio…

Hacía meses que aquella maldita voz lo atormentaba. Había llegado a pensar que se había vuelto loco, si bien, quien le hablaba le decía verdades duras, crudas, pero verdades, al fin y al cabo.

—Si tanto sabes, dime qué hacer, cómo solucionar esta situación… ¿Puedes hacerlo? —dijo Duncan a la nada.

El ulular del viento fue lo único que el *highlander* obtuvo como respuesta.



Capítulo 12

Dornie, Escocia, 1531

Gaira y su madre caminaban entre el gentío, que desfilaba alrededor de una mujer a la que le habían puesto una brida de regaño, con toda probabilidad, por decir a boca llena lo que pensaba de algún asunto.

—Nunca comprenderé este castigo —dijo la muchacha, sin poder dejar de mirar a la mujer que portaba una máscara de acero, que era una cara horrible con expresión triste.

—Deja de mirar, hija. No sea que ofendas a alguien y acabes tú con eso en la cabeza, y te aseguro que no es agradable —gruñó Ayla.

—¿A ti te lo han hecho alguna vez, madre?, ¿te han castigado por hablar demasiado? —inquirió su hija con curiosidad, pues Ayla poco narraba de su vida.

—Más bien por vender cerveza donde no debía —apuntó la *alewive*.

—¿Y en qué sitio era?

—Deja de preguntar y date prisa, tenemos todavía varias entregas que hacer.

—Va, madre, cuéntamelo. Nunca me cuentas nada de ti —reprochó mimosa, mientras la agarraba del brazo.

—Está bien, pero tienes que prometerme que dejarás de hacer preguntas.

—Prometido, madre.

Ayla inspiró aire profundamente y lo soltó con resignación antes de empezar a hablar:

—Era joven, todavía no habías nacido y yo intentaba conocer personas a las que poder venderles mi cerveza. Tras caminar varios días, acabé en una aldea en la que pensé que podría tener suerte. Sin embargo, fue todo lo contrario. Llamé a la puerta equivocada, a la de un hombre que, como yo, se dedicaba a saciar la sed de sus semejantes.

»Aquel individuo parecía tener rencor hacia las *alewives* porque soltó verdaderas barbaridades por su boca podrida.

—¿Y qué pasó?, ¿te trató mal?

—No solo eso, me amenazó con un palo de madera con el que pretendía pegarme. Así que yo no me quedé quieta y, alejándome lo suficiente como para poder evitar sus golpes, agarré una piedra del suelo y se la lance.

—¿Madre? —inquirió Gaira, escandalizada.

—¿Y qué querías que hiciera?, me iba a dar con un palo en la cabeza. Y acabó con una brecha en la frente.

»Le devolví a gritos todos sus insultos, hasta me quedé sin voz. Cogí mi cesta del suelo y me alejé de aquel lugar a la carrera. Sin embargo, tuve mala suerte, aquel malnacido me siguió y consiguió atraparme. Al fin logró lo que pretendía, darme con el palo en la cabeza. Cuando desperté no podía hablar y algo presionaba y cortaba mi lengua.

—Madre…, es terrible.

—Lo es —dijo Ayla ahogando un sollozo—. Por ello ya no voy de pueblo en pueblo. Me establecí en las tierras de los MacRae antes de que tú nacieras, y el resto ya lo sabes.

El silencio se hizo presente entre madre e hija.

Evocar aquel episodio de su vida le había hecho recordar a Ayla cómo se quedó embarazada de su hija, si bien no pensaba decirle aquello, era una verdadera aberración de la que nunca fue consciente.

No solo su lengua quedó dañada aquel día. Aquel maleante, que la había golpeado y castigado ante toda la maldita aldea, había abusado de ella mientras estaba inconsciente.

Pocas semanas más tarde, su periodo no hizo acto de presencia. Nueve meses después, daba a luz a una niña a la que no pudo renunciar, pues la criatura no tenía culpa de nada, no de tener un monstruo como padre.



Capítulo 13

Eiden tenía ya diez meses y julio se hacía presente en Eilean Donan con su candor. Brooke salía mucho al patio de armas y buscaba la sombra para bañar al bebé y jugar con él. Duncan no solía compartir aquellos ratos con ellos, pues, por regla general, nunca estaba por las mañanas.

Sin embargo, aquel día, mientras el bebé chapoteaba en su balde entre risas y Brooke se secaba las salpicaduras que a este le divertía tanto hacerle, se acuclilló junto a ella.

—¡Duncan!, qué susto me has dado —dijo colorada y sorprendida—, pensé que no estabas, como vi el carruaje de la señorita Mackenzie partir…

—Sí, hoy fue a visitar a una amiga en Dornie. Me ofrecí a acompañarla, pero dijo que no, que me iba a aburrir con sus parloteos y confidencias de mujeres.

—Ah, bien —balbució Brooke.

En cambio, en su interior, se imaginó a sí misma dando saltos de alegría.

—Entonces, me preguntaba si te gustaría dar un paseo los tres juntos —dijo Duncan con

timidez.

Brooke lo observó con sus ojos ambarinos abiertos como soles resplandecientes.

—¿Crees que debemos?, ya sabes, tu prometida podría ofenderse.

—Al diablo mi prometida —soltó con decisión.

Y Brooke Gowdie pensó que las oportunidades no se presentan dos veces, así que, en esta ocasión, decidió ser leal consigo misma y responder con un firme sí.

La pareja, con Eiden en brazos de su padre, pasearon por las inmediaciones de Eilean Donan mientras no podían dejar de hablar y reírse.

—¿Y te vendió el caballo por una nota en la que le asegurabas a su esposa que él había sido un hombre fiel y leal durante su ausencia? —preguntó Brooke divertida.

—Sí, lo juro, y no solo eso. Pretendía también darme una oveja si lo acompañaba a su casa y se lo decía a ella personalmente —respondió Duncan con efusividad.

—Dios mío. ¿Tanto miedo le tenía a su mujer?

—No te lo puedes imaginar. Jamás he visto guerrero más fiero en la batalla y con tanto temor a su esposa.

—¿Y fuiste a verla?

—Eso es lo mejor. Le dije que se podía quedar con el caballo, que, dicho sea de paso, estaba ya en sus últimos galopes, y con la oveja. Que lo acompañaría igualmente. Yo no quería perderme dicha escena, así que allí estábamos los dos, dándole explicaciones a aquella mujerona que nos observaba brazos en jarras, muy, pero que muy enfadada.

—¿Y conseguiste amansar a la fiera?

Duncan negó entre risas.

—No solo no lo conseguí. Además, la buena señora me premió con un par de chichones en la cabeza.

—¡No!

—Sí, la fiera nos persiguió escoba en mano. En mi vida he corrido más.

Ambos se rieron con ganas.

De pronto, las risas cesaron y solo quedó silencio, pues Eiden se había quedado dormido en los brazos de su padre.

—Brooke, yo… —comenzó a decir el *highlander* y cerró los ojos, aquello no era fácil, pero debía hacerlo.

—¿Duncan? —lo apremió ella.

—Cuando llegaste a Eilean Donan, estaba sumido en la oscuridad. Todo mi mundo se había derrumbado y tú lo sacaste de las tinieblas con tu luz. —Ambos se habían detenido y se miraban de frente.

—Quizá fuiste tú mismo el que decidiste salir. Tu padre y yo solo te dimos un empujón o un tirón de orejas.

—Hiciste mucho más que eso, y yo estuve tan ciego…

Duncan estaba cerca, muy cerca, y Brooke temblaba de pies a cabeza.

—Duncan, no sigas, no digas algo de lo que puedas arrepentirte luego —dijo ella posando el dedo índice en los labios de él, que sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo en ese momento.

—He de hacerlo, Brooke. He de sincerarme. No quiero lapidar mi vida con una mujer a la que no amo.

—Quizá podrías haberlo pensado antes de prometerte con ella, ¿no crees? —Brooke se llevó la mano a la boca, aquellas palabras habían salido de un lugar mucho más profundo que su

voz, habían sido arañadas de su alma.

—Lo sé, y no sabes lo arrepentido que estoy. Pero Brooke, aún estamos a tiempo de enmendarlo. Necesito decírtelo, vaciar mi ser de todo lo que se me remueve por dentro cada vez que te tengo cerca, cuando oigo tu voz o veo cómo caminas y el viento se hace a un lado para que tú pases. Envidio a ese viento y envidio la brisa que acaricia tu rostro cada mañana. Porque te amo, Brooke Gowdie, te amo y no puedo dejar de hacerlo.

Brooke, trémula y presa de una congoja que no supo explicar, se aproximó a él y acarició su rostro.

Sin decir nada más, se alejó unos metros caminando de espaldas, y obedeciendo a un arrebato que ni ella misma logró entender, arrancó a correr hacia el castillo.

En su fuero interno, unas palabras: «¡Me ama, me ama!».

Cuando arribó a su alcoba se echó en la cama bocarriba y emitió un gritito de júbilo. Luego sonrió.

—Sí, te ama y tú lo amas a él. Lo que no entiendo es por qué demonios no le has dicho que sientes lo mismo.

—No podía, necesitaba estar sola, procesar las palabras de Duncan.

—En ocasiones no entiendo a los vivos, os pasáis la existencia callando lo más importante, e ignoráis que las palabras han de ser dichas a tiempo, de lo contrario, la muerte te las arrebata.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Brooke, ceñuda.

El silencio se adueñó de la estancia y Brooke se encogió de hombros. Volvió a evocar el momento en que Duncan le había confesado su amor.

—Yo también te amo, Duncan MacRae…



Capítulo 14

Duncan volvió al castillo, confundido. Desconocía el motivo que había llevado a Brooke a huir despavorida. O sí, quizá no era correspondido. Depositó al niño en los brazos de Sophie en cuanto se cruzó con ella, no quería entrar en la habitación que el pequeño compartía con su madre, porque Duncan había comenzado a pensar en Brooke como la madre del niño.

Se sentía avergonzado por haberle abierto su corazón a una mujer que se limitó a alejarse a la carrera, sin decirle ni tan siquiera un «yo no siento lo mismo».

Tuvo verdaderas ganas de gritar, gritar muy fuerte por haber sido un estúpido al pensar que ella podía amarle. ¿Cómo lo iba a hacer si lo había visto en sus peores momentos?, cuando no era más que un alma en pena, un gusano rastrero que se ahogaba en su propia mierda.

Así que no, Brooke Gowdie quizá se había sentido asqueada al recordar al hombre que conoció tan solo unos meses antes.

No quería meterse tampoco en su habitación, ella estaba demasiado cerca. Así que se

recluyó en un cuarto que solían utilizar los invitados, con cuidado para no ser sorprendido por su padre. Quería evitar preguntas incómodas.

∞∞∞

La señorita Mackenzie llegó bien entrada la tarde a Eilean Donan, y Brooke la escuchó decirle a Charlotte que no iba a cenar, que tampoco quería que nadie le llevara nada a su alcoba. Alegó sentirse indispuesta; sin embargo, Brooke, que leía un libro sentada en el alféizar de una ventana del gran salón, mientras Eiden jugaba con unas figuritas de madera que ella misma había tallado en el suelo, había levantado la vista en cuanto la muchacha hizo acto de presencia en la estancia y concluyó que se la veía azorada y con los ojos hinchados, como si hubiera llorado.

Su espíritu curioso/empático la hizo dejar el libro a un lado y acercarse a donde se hallaba Fiona con Charlotte, que con las instrucciones que la futura señora de Eilean Donan le facilitó, se alejó de las dos mujeres.

—¿Se encuentra bien, Fiona? —inquirió Brooke con los ojos entrecerrados.

Fiona desvió la mirada y se alzó de hombros.

—Sí, estoy perfectamente, ¿por qué debería ser de otro modo? —preguntó con sequedad y un tono hostil que a Brooke sorprendió sobremanera.

—¿Quizá porque ha llorado?

Los orificios nasales de Fiona se abrieron como alitas, estaba verdaderamente furiosa.

—Eso no es de tu incumbencia, curandera —espetó Fiona, antes de darse media vuelta y alejarse a paso vivo.

Brooke negó con la cabeza. A aquella muchacha le ocurría algo y no era una nimiedad. Tenía los ojos rojos y los párpados hinchados.

Decidió no darle más importancia. Había sido capaz de acercarse a ella; aunque la odiara por motivos obvios, no le deseaba ningún mal.

El niño comenzó a llorar y Brooke lo cogió del suelo. El pequeño se abrazó a ella como si fuera lo más importante que tenía en su vida. Aquellos gestos enternecían a Brooke sobremanera y la hacían pensar en lo mucho que quería a Eiden, tanto que sería capaz de morir por él si se diera el caso.

La curandera se dirigió a la habitación y, una vez allí, alimentó al bebé. Lo observó embelesada, era tan hermoso como su padre.

Cuando el pequeño se hubo saciado, Brooke lo dejó con cuidado en su cunita. Se cubrió los pechos y se dispuso a llamar a la puerta de Duncan.

Se arregló el pelo y se miró al espejo. Su expresión era de cansancio, así que se refrescó el rostro y se lo pellizcó para agregar color a sus mejillas.

Dio unos toques en la puerta, si bien, nadie respondió.

La muchacha se alzó de hombros. Ya hablaría con Duncan después de la cena.

Sophie llamó a la puerta un rato después. Brooke se había quedado traspuesta en el lecho, durante no sabía bien cuánto tiempo. La cena estaba lista y el *laird* y su hijo la esperaban.

Cuando arribó al salón, se sentó en la silla donde solía hacerlo tras saludar a los comensales, que eran solo Duncan y John. No le sorprendió la ausencia de Fiona y sintió alivio, aquella mujer la exasperaba.

—Señorita Gowdie, llega en el momento perfecto. Duncan quería anunciar algo de suma

importancia según él —dijo el *laird* con entusiasmo.

—¿En serio, Duncan? —preguntó ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Lo iba a hacer, Duncan iba a enfrentar a su padre y le iba a decir que no quería casarse con Fiona, que la amaba a ella y que era la mujer con la que quería compartir su vida.

El corazón de Brooke palpitaba con fuerza en su pecho y le dedicó una sonrisa bobalicona a Duncan, que la observó con una frialdad en la mirada que no comprendió.

—Padre, quiero adelantar mi boda con la señorita Mackenzie —anunció Duncan.

A Brooke se le atragantó la saliva y comenzó a toser de manera abrupta.

—Muchacha, te ahogarás —dijo el *laird* con preocupación.

Sophie, que se hallaba en una esquina del salón, a la espera de órdenes, se aproximó a Brooke y le dio unos toques en la espalda. Hasta que la muchacha pudo recuperar el aliento.

—Ya estoy mejor, Sophie, muchas gracias.

La sirvienta inclinó la cabeza levemente y volvió a su sitio.

—¿Y por qué adelantarlo, hijo?, acordé con su padre una boda en septiembre, y que ella se quedaría el resto del verano con nosotros, con el fin de que os conocierais mejor —intervino John.

—Lo sé, padre, mas me parece mejor que vivamos entre los mismos muros como marido y mujer —dijo Duncan con aplomo.

—Entonces, ¿sigues con la idea del *handfasting*? —preguntó el *laird* con la duda instalada en su faz.

—No, si me comprometo con algo es para siempre…

—Pero es que no es algo, es una mujer, y será tu esposa.

—Soy consciente de ello —respondió Duncan retrepándose en la silla y cruzándose de brazos.

—Es justo lo que yo quería, por ello le pedí a su padre que la dejara venir a Eilean Donan como una invitada durante el tiempo suficiente para poder afianzar vuestra relación. No me gustan los matrimonios provisionales. Cuando me uní a tu madre lo hice con todas las consecuencias. Sin embargo, no me acaba de convencer ese cambio en ti. Me has dicho hasta la saciedad que no lo tenías del todo claro y que, en caso de enlazar tu vida a la de Fiona Mackenzie, preferirías hacerlo primero con un *handfasting.*

—Lo sé, padre. Pero he cambiado de opinión —sentenció Duncan alzándose de hombros.

Brooke, que hasta ese momento había permanecido en absoluto silencio, tuvo que contenerse para no gritarle a la cara a Duncan que era un malnacido, mentiroso y desgraciado.

¿Cómo había sido capaz de decirle que la amaba, y horas después adelantar aquel disparate de boda?

Con los puños apretados y la respiración entrecortada, se retiró de la mesa en completo silencio.

Escuchó a John decir desde lejos:

—¿Qué le ocurre a la señorita Gowdie?

No oyó respuesta por parte de Duncan, si bien, este se encogió de hombros y negó con la cabeza ante su padre, al que no convenció de ninguna manera, no, no…



Capítulo 15

Las noches entre lágrimas son las más fieras, las que laceran tu alma despedazándola. Así se sentía Brooke, presa de las garras del manto estrellado que la contemplaba impasible mientras la dañaba.

El recuerdo y la ilusión de aquel «te amo» se habían visto emponzoñados por las palabras que Duncan había dejado salir de su boca durante la cena.

¿Qué haría ahora?, si él se casaba, ningún sentido tendría su presencia en Eilean Donan. Claro estaba que el niño la necesitaba y era por ello por lo que aún seguía en aquel lugar tan bello como triste y melancólico. ¿Pasaría a ser una simple nodriza?

Si hubiera decidido emplearse como ama de cría lo entendería, mas no había sido así.

—*Todo pasa por algo, muchacha* —escuchó con claridad.

Brooke dirigió la mirada, ceñuda, a la procedencia de la voz, que, en esta ocasión, no provenía de su cabeza, era como si hubiera salido de esta para martirizarla más si cabe.

—¿Se puede saber quién demonios eres? —inquirió molesta.

—Querida, eso no tiene la menor importancia, no soy más que una mera observadora.

Brooke sintió como un escalofrío recorría su espalda, entonces fue cuando comprendió que aquella voz que la reprendía una y otra vez no era fruto de su imaginación, como había pensado desde que esta hizo acto de presencia.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Los vivos no tenéis mucha conversación, ¿cierto?

—No me apetece hablar, pero sí que me dejes en paz, quien sea que seas.

—¿Ahora que el asunto se pone interesante?, ni en broma. Este sitio era de lo más aburrido hasta que llegaste tú. Además, te conviene escucharme y tenerme como aliada — apuntó la voz.

—No me gusta hablarle a la nada, maldita sea —espetó Brooke.

—No caeré en la trampa de mostrarme ante ti. Has de merecerlo y todavía te queda mucho camino por recorrer.

—Es lo que me faltaba, encima con misterios. Me encantan los misterios, pero hoy no estoy para nada ni para nadie. Así que, por favor, mantente en silencio.

—De acuerdo, permaneceré callada si así te sientes mejor. Aunque he de decirte que mi silencio no va a ayudarte.

—¡¿Y qué va a hacerlo?! —preguntó Brooke, a punto de estallar en ira, que contenía con suerte.

—Tranquila, fierecilla. Te conviene mantener la calma y actuar con inteligencia.

—Ah, ¿sí?, ¿para qué?, habla ya, mujer, me duele muchísimo la cabeza y quiero seguir lamiendo mis heridas sin voces que perturben mi desgracia.

*—¡Oh!, sí, ahora ponte dramática. Me exasperas, criatura —*intervino la voz con signos de estar perdiendo la paciencia.

—¡¿Tú qué harías si el hombre que amas se te declarase y tan solo unas horas después decidiera unirse en matrimonio a una escoba?! —Estaba claro que la ira ya dominaba a nuestra Brooke.

—¿A una escoba?

—Sí, a una mujer imposible de doblegar, con sus modales exquisitos y esa manera de caminar y hablar. Es como si el mundo tuviera que arrodillarse ante su presencia. La odio —despotricó Brooke con saña.

—Sin embargo, hoy se doblegó, ¿cierto?

Brooke se levantó de la cama.

—Sí, hoy estaba triste, y si no fuera por las palabras de ese desgraciado, me moriría de ganas de saber por qué.

—Yo puedo decírtelo, lo veo todo entre estos muros, y a veces me doy el gusto de pasear por las inmediaciones, caminar por el puente de piedra, hasta remojo mis inexistentes pies en el agua del lago. He de decir que no me refresca nada, cosas de muertos…

—Por favor, cállate; si no vas a decirme nada interesante, déjame en paz.

—¡Oh!, perdón. Es que no encuentro mucha gente con la que hablar. Duncan piensa que se está volviendo loco y tú no me quieres como consejera. No hay nadie más que me escuche, y adoro hablar, no sé si lo habrás notado… —Se oyó una risita.

—No… No se nota, tranquila —masculló Brooke con ironía.

—En fin. No te molesto más —concluyó la voz.

—¡¡¡No!!!, ahora no te vayas. Quiero… Necesito saber por qué estaba triste la escoba —

apuntó Brooke.

—*Pues, no me han gustado tus palabras y tu reticencia para conmigo. Así que te daré unas claves, y serás tú la que tengas que averiguar lo que le ocurre a lady Escoba.*

Brooke entrecerró los ojos, si la situación no fuera la que era, debía reconocer que aquella voz no le caía mal del todo.

—De acuerdo, ¿y cuáles son esas claves?

—*Solo una: pégate a las espaldas de tu rival y descubrirás que oculta bajo su piel de perfecta dama.*

Brooke asintió ceñuda.

Aquello era un enigma, y no había nada peor para una Gowdie que un enigma por descubrir. Pues no paraban hasta descifrarlo.

Así fue como Brooke se volvió la sombra de la señorita Mackenzie. Aquel misterio había opacado su pena por la inminente boda de su amado. Mas si había algo que pudiera hacer para impedirlo, siempre que no incluyera matar o mentir, lo haría.

Los primeros tres días fueron planos y aburridos. Brooke llegó a pensar que aquella voz le estaba tomando el pelo, si bien, mientras jugaba con el niño en el patio la vio salir del castillo. Momento en el que, a la carrera, le entregó el pequeño a Charlotte para poder seguirla.

El niño no se lo había tomado del todo bien y Brooke se sintió la peor persona del mundo, pero todo fuera por descubrir lo que fuese que estuviera ocultando la escoba entre sus cerdas.

Salió con sigilo del castillo y localizó a la susodicha a orillas del lago. Su recogido trenzado dejaba escapar unos mechones que se movían con el viento. Algo extraño, teniendo en cuenta que Fiona siempre iba perfectamente peinada.

Brooke vio desde detrás de un arbusto como *lady* Escoba apretaba los puños y sintió pena por ella.

«¿Y si está tan disgustada como yo por esa boda?», pensó.

Los lloros del niño se escuchaban cada vez con más fuerza y Brooke se sentía la peor madre del mundo. Fiona no parecía inmutarse ante el llanto estridente del bebé.

La curandera negó con la cabeza y se dispuso a volver junto a Eiden. Su primer día como espía de la bella Fiona se había visto truncado por su amor de madre. No obstante, no tenía mucho tiempo si quería impedir aquella boda.

Al día siguiente, Fiona anunció durante el desayuno que se marchaba de nuevo a ver a su amiga. Se la veía pálida y Brooke tuvo que pensar con rapidez en un plan para seguir a *lady* Escoba. Así que habló con Murdo con el fin de que le proporcionara un caballo para dar un paseo. Este se extrañó, desde que había arribado a Eilean Donan, no había cabalgado ni un día, siempre pendiente del pequeño.

—¿Quiere que la acompañe, señorita Brooke? —inquirió con los ojos entrecerrados.

—No será necesario, Murdo. Solo quiero dar un paseo pequeñito, necesito unas hierbas para mis remedios —masculló ella intentando parecer convencida de su mentira.

—Hay muchos peligros para una mujer sola por estos lares, señorita.

—¡Oh!, no se preocupe, estoy acostumbrada a vagar sola por todas partes y jamás me ha ocurrido nada —dijo ella alzándose de hombros.

—No sé si mi *laird* me perdonaría que la dejara marchar sola.

—Asumo las consecuencias. Diré que cogí el caballo por mi propia cuenta, prometido.

—No se trata de eso…

Tras varios minutos de discusión, y a regañadientes, Murdo sacó de las caballerizas a un

precioso *clydesdale*[3] de pelaje marrón, que brillaba con el reflejo del sol.

Aquel gesto fue amor a primera vista.

—Se llama Flecha, y es muy bueno. No es el más rápido, pero sí el más noble y leal —dijo el hombre acariciándole la quijada al animal.

Brooke le dedicó unas palabras cariñosas al equino y lo montó con agilidad. Le encantaba cabalgar, aunque en su casa solo hubiera un viejo caballo con que hacerlo.

Salió del castillo y condujo al animal hacia unas arboledas, donde hizo que se detuviera y desmontó.

—Ahora quédate aquí, Flecha, bonito. Tengo que hacer algo importante.

Se apostó en un lugar donde no pudieran verla y observó la entrada de la fortaleza, hasta que vio salir al carruaje que portaba a la señorita Mackenzie.

Le dejó suficiente distancia para asegurarse de que no la veía, cubrió su cabeza con la capucha de la capa negra que se había puesto esa mañana y montó al caballo para seguirla.

No llevaba mucho camino recorrido cuando unos cascos tras ella le indicaron que no estaba sola.

—¡¡Deténgase!! —bramó una voz a su espalda.



Capítulo 16

Castillo Eilean Donan 1531

Todo estaba en latente oscuridad, solo algunas antorchas iluminaban la fortaleza. Gaira se detuvo en el puente de piedra y aguardó a que su enamorado acudiera a la cita.

John y Gaira llevaban sumidos en un eterno amor cerca de dos años y aquella noche su encuentro iba a ser de lo más especial, ya que la joven había decidido, en contra de las enseñanzas de su madre, entregarse a su alma gemela.

La muchacha se había mostrado reticente a perder la virginidad, Ayla había insistido muchísimo en que nunca debía entregar su virtud a un hombre sin que un sacerdote hubiera bendecido su unión antes. Si bien, la pareja llevaba mucho tiempo entre encuentros furtivos y John le había prometido que jamás la abandonaría. Es más, él la había hecho partícipe de su deseo de poseerla en muchas ocasiones, ocasiones en las que ella había soltado una risita, algo

avergonzada, y había negado, pues el día que se entregara a un hombre, quería que este fuera su esposo.

John le decía una y otra vez que siempre estaría a su lado y ella, en un principio incrédula, porque pensaba que no podían ocurrirle cosas tan increíbles, decidió sucumbir al deseo que también la embriagaba cada vez que John la besaba con una pasión ardiente, difícil de extinguir.

Por ello, un par de días antes, en su último encuentro, le dijo las palabras que el muchacho llevaba cerca de dos años esperando.

—Pequeña —siseó John tras ella.

Gaira se volteó y lo vio, iluminado por el haz de luz anaranjada de una antorcha.

Ella sonrió y se aproximó a él lentamente, cual pantera. Se sentía tan arrebatadora aquella noche, que pasó por alto la vergüenza y el pudor que significaría mostrarle a John su cuerpo desnudo.

Su madre no le había relatado lo que ocurría entre un hombre y una mujer en la alcoba, aquello lo había aprendido de los chismes que contaban algunas mujeres cuando se encontraban en grupo y bebían demasiada cerveza en su hogar.

Ayla solía mandarla a dormir al acto. Pero ella, curiosa por naturaleza, se quedaba despierta y aguzaba el oído para escuchar a aquellas féminas deslenguadas y ebrias, que narraban con todo detalle sus encuentros amorosos con esposos, amantes y hasta personas de su mismo sexo. Gaira se llevó la mano a la boca cuando escuchó que una de ellas se había acostado con una amiga mientras sus esposos se hallaban en el campo, trabajando.

—Estás tan hermosa —susurró John mientras besaba su cuello.

Gaira no supo qué decir. Soltó un suspiro y sintió como le temblaban las piernas. Aquel arranque seductor de un principio había dado paso a los nervios más feroces en el momento en que él había posado sus labios en su piel.

El muchacho la tomó de la mano y tiró de ella dedicándole una sonrisa pícara.

—Ven, tengo una sorpresa para ti —dijo con su voz ronca.

Y Gaira se dejó llevar al granero, donde John había dispuesto unas antorchas para iluminarlo, y un lecho de heno donde había extendido una manta con los colores de los MacRae.

John atrancó la puerta y Gaira se quedó en medio de la estancia, nerviosa a la vez que excitada.

—¡Desnúdate! —ordenó él con una firmeza que a Gaira la hizo estremecer.

La muchacha cerró los ojos y comenzó a desvestirse con lentitud, mientras John bullía de puro deseo.

Cuando sus prendas se hallaron en el suelo y ella sin nada que la protegiera de la vulnerabilidad, se abrazó a sí misma.

—No te ocultes, quiero admirarte. Eres tan bella —susurró John, que en ese instante se encontraba a su espalda.

—Tengo un poco de frío —balbució temblorosa.

—Yo haré que se esfume, te lo prometo —dijo acariciando uno de sus hombros con el dorso de la mano, con una suavidad que la hizo recibir en su ser una oleada de calor.

—Lo siento, siento tu calor, John.

De pronto, el *highlander* la hizo girar sobre sí misma y ambos quedaron uno frente al otro.

John atrapó los labios de Gaira y los besó con ansia.

—No sabes cuánto tiempo he esperado este momento —musitó él con la respiración entrecortada.

—Yo también, amor, yo también —dijo ella en un tono de voz apenas audible, presa de la

lujuria.

—Quiero que seas mía, quiero que lo seas para siempre. —La tomó en sus brazos y la depositó en el improvisado lecho.

Él se puso sobre ella y tras devorar sus pechos y esparcir pequeños besos en su torso, arribó a aquel lugar prohibido donde no debía dejar pasar a nadie más que a su esposo.

Por un momento estuvo a punto de decirle a John que se detuviera, que aquello era demasiado para ella, que necesitaba más tiempo. Sin embargo, cuando este posó sus labios en aquella zona inexplorada y virginal, despertó a la fiera que Gaira llevaba dentro y se dejó envolver por las oleadas de placer que llegaban a ella, transformándola en un ser hecho para amar y ser amado.

De pronto, Gaira sintió que se perdía a sí misma en un vendaval de sensaciones que la hicieron explotar de gozo, mientras gemía desinhibida y decía una y otra vez el nombre de su amado, pidiéndole a este más de aquello que él le daba.

Un momento después, el *highlander* se desnudó ante ella. Gaira no quitaba los ojos de la piel de John, curtida, con algunas cicatrices. Recorrió el cuerpo de su amor desde su torso de guerrero hasta su miembro erguido y ansioso.

La muchacha se incorporó y se aproximó a su amante. Le dedicó una mirada pícara e introdujo la imponente verga en su boca.

Eran el placer, la lujuria, la fantasía de su mente los que la llevaban a actuar por instinto.

John comenzó a gemir, mientras enredaba su mano en el cabello de Gaira y tiraba de él hacia atrás.

—Me haces perder el norte, pequeña —susurró entre gemidos—. Para, quiero poseerte.

Gaira retrocedió y él se posó sobre ella antes de penetrarla, primero con delicadeza, luego con fuerza.

La muchacha clavó sus uñas en la espalda del hombre que la hacía suya con pasión, mientras le susurraba que lo amaba más que a su propia vida y que quería pasar el resto de sus días junto a él.

John soltó un gruñido y un gran suspiro. Gaira notó como su sexo palpitaba dentro de ella.

El muchacho se derrumbó en su pecho, jadeante.

—Ha sido… —comenzó a decir.

—Mágico, ha sido mágico —susurró ella y besó el rostro de su amado con ternura.

Este la miró a los ojos y apretó los labios haciéndolos transformarse en una fina línea.

—¿Qué ocurre, John?, ¿por qué pareces triste? —inquirió Gaira, extrañada.

—Nada, pequeña, no ocurre nada. Ahora tengo que volver con los míos.

—¿No vas a acompañarme a casa? —preguntó ella con los ojos entornados.

—Hoy no puedo, me esperan… La noche es clara y la luna te guiará hasta tu hogar —dijo él muy serio, demasiado.

John le pidió que se apartara y se levantó del lecho. Se vistió con premura e instó a Gaira a que hiciera lo mismo. De pronto le había entrado una prisa enorme, prisa que la joven no comprendía.

—Te veré pronto, pequeña —anunció él mientras abría la puerta y le franqueaba el paso a la muchacha, que, sin comprender qué ocurría, comenzó a caminar abrazando su cuerpo.

Cuando no había dado ni diez pasos, se giró.

—¿Está todo bien, mi amor? —preguntó al punto de la lágrima.

—Sí, está todo bien, ¿por qué?, ¿debería estar mal? —inquirió él con sequedad.

—Te noto… Déjalo, no importa. Adiós, John.

John le dedicó una sonrisa y cerró la puerta del granero, para luego dirigirse al castillo, donde le esperaban su padre y su prometida.



Capítulo 17

Brooke no sabía qué iba a decirle al individuo que la había hecho detenerse con firmeza. Se trataba de Murdo, el hombre de confianza y segundo al mando de John MacRae, aunque en ocasiones pareciera más un criado por las tareas de las que solía encargarse el susodicho.

No tenía tiempo de inventar una buena excusa, es más, él ya había sospechado de ella en cuanto le pidió un caballo mientras veía como uno de los muchachos se encargaba de adecentar la calesa para que Fiona la utilizara.

Había sido tan poco disimulada, que Murdo bullía de curiosidad, así que la observó desde la lejanía. Vio cómo aguardaba semioculta entre unos matorrales y que, al pasar el carruaje por el puente de piedra, se apresuraba a montar a Flecha.

—¿Por qué sigues a la señorita Mackenzie?, no tendrás intenciones de dañarla, ¿cierto? —inquirió el hombre en un tono que a Brooke le hizo tragar saliva, por el temor que le inspiraba.

—No… No, de ninguna manera. Yo jamás le haría daño —dijo pensando en todo momento

que Murdo no se lo tragaría, aunque fuera verdad.

—¿Entonces por qué la sigues?, ¡¡contesta!! —bramó.

La mente de Brooke iba a toda velocidad, si bien sabía que todo lo que dijera sonaría falso, hasta la verdad sonaba a mentira en sus labios por lo nerviosa que se había puesto.

—Quiero saber qué trama, Murdo —admitió alzándose de hombros.

Ambos se encontraban montados en sendos caballos, pero lo suficientemente cerca para que el segundo al mando detectara que la chica no mentía.

—¿Por qué iba a tramar algo la señorita Mackenzie? —inquirió el hombre con sequedad.

—Es que… Fiona, digo, la señorita Mackenzie ha estado muy rara estos días. La he visto llorar y cuando arribó la última vez que salió de Eilean Donan, parecía disgustada. Así que me gustaría saber qué le ocurre, mera curiosidad.

Murdo asintió con la cabeza y le dedicó a Brooke una sonrisa de medio lado.

—Creo en algunas de tus palabras, mas no me trago eso de que solo la curiosidad te mueve. Dime la verdad, curandera —exigió.

—¡De acuerdo! —exclamó la muchacha con la congoja subiéndole por la garganta, de seguir así, acabaría por echarse a llorar—. Verá, Murdo, pienso que *lady* Fiona oculta algo, es un pálpito. Es más, me parece que está muy triste para estar a punto de casarse, y con un hombre como sir Duncan, ni más ni menos.

Brooke se llevó las dos manos a la boca. Avergonzada por sus atrevidas palabras.

—¿Así que es eso, curandera?, lo que pretendes es averiguar algo turbio de la señorita Mackenzie para que la boda con Duncan no se lleve a cabo, ¿cierto?

—Es que…, es que… Ella… Duncan… Yo lo amo. Demonios, ya lo he dicho.

Murdo negó con la cabeza y se echó a reír a carcajadas.

—Desde luego…

—No sé qué tiene tanta gracia. ¿Se burla usted de mis sentimientos, sir Murdo?

—Uy, a mí no me llames así. Murdo, solo Murdo, curandera. Además, no sabes cómo me alegra que haya alguien con sentido común en este lugar.

Brooke, sorprendida/estupefacta, abrió mucho los ojos.

—¿De verdad no ve muy mezquino que quiera deshacer esa boda? —preguntó sin salir todavía de su asombro.

—Para nada. Solo veo a una mujer que lucha por su amor. Ojalá ese muchacho tuviera la misma determinación para negarse a los designios de su padre…

—Pero se negó cuando él le ordenó que se casara conmigo, ¿por qué ahora sucumbe a sus deseos? —interrogó Brooke.

—Porque él no quería que su padre le ordenara casarse contigo. Él deseaba hacerlo de corazón, por iniciativa propia, no porque nadie se lo impusiera.

—No lo entiendo, ¿qué diferencia hay?

—El amor, muchacha, él piensa que no es correspondido, así que, para olvidarte, se va a casar con esa…

—Escoba —terminó la frase Brooke.

—Escoba, sí, escoba. No se me habría ocurrido nada mejor para definir a la señorita Mackenzie. Es más, conozco a Duncan desde que era muy pequeño y él no será feliz con una mujer como ella.

—Es preciosa, eso no se puede negar. Y agradable —alegó Brooke agachando la cabeza, pues de algún modo, sentía que su rival era más guapa que ella.

—Es una mujer muy bella, sí es verdad. Mas creo que ese carácter templado es impostado,

es como si fuera demasiado perfecta y educada. Algo difícil teniendo en cuenta que es la única hija mujer del *laird* Mackenzie.

—¿Usted cree, Murdo? —inquirió Brooke con los ojos entornados, a sabiendas de la respuesta que iba a darle el *highlander*.

—Dímelo tú, curandera. Creo que hasta Sophie, a su corta edad, se ha dado cuenta de la actitud férrea y forzada de *lady* Fiona. Es tan diferente a *lady* Mysie, que en gloria esté.

—Ah, ¿sí?, ¿cómo era ella? —preguntó Brooke enarcando las cejas.

—No era tan curiosa como tú, señorita. Eso sí que puedo decírtelo.

Brooke enrojeció. No quería dar la imagen de una chismosa, pues no lo era. Pero la curiosidad de saber a qué tipo de mujer había amado Duncan la había traicionado. De él lo quería saber todo, hasta lo malo.

—Lo siento, Murdo…

—¿Que lo sientes?, pues más lo vas a sentir como no nos pongamos ya en camino. La señorita Mackenzie debe estar ya muy cerca de Dornie, si es que no ha llegado ya.

—¿Y cómo sabe que es ese su destino?

—¿A dónde va a ir sino?, además, la escuché decírselo al *laird* antes de partir.

Brooke negó con la cabeza y se sintió estúpida por no haberlo pensado antes. No obstante, aunque Dornie era el pueblo más cercano al castillo, ¿quién le decía a ella que la señorita no había viajado más lejos para ver a su amiga?

Ambos se pusieron en marcha. No entraba entre sus planes el tener un aliado, sin embargo, tal parecía que la providencia le había puesto a Murdo en su camino, y si lo había hecho, por algo sería.

∞∞∞

Duncan había dormido en aquella húmeda habitación cada noche desde que se comprometió con Fiona. No era capaz de mirar a Brooke a la cara. Seguía furioso por su actitud para con él. Le parecía del todo cruel por su parte que hubiera corrido despavorida al escuchar los sentimientos que albergaba por ella.

De aquello habían pasado unos días, sin embargo, no había podido quitárselo de la cabeza. A Eiden lo había visitado aprovechando que Brooke estaba en otras tareas, mientras permanecía con Sophie o Charlotte. Y no había traspasado el umbral de la puerta que comunicaba ambas alcobas si Brooke estaba en ella.

En las comidas y cenas, se había guardado muy bien de cruzar la mirada con la muchacha, y cuando no le había quedado más remedio que hablarle, lo había hecho con monosílabos.

Esa mañana, su prometida había salido temprano a visitar de nuevo a su misteriosa amiga de la que no había dado cuenta. Tampoco él preguntó quién era, aunque su padre, en aquella segunda salida, al ver partir la calesa, se dirigió a él:

—No sé, hijo. Pero has de ser más considerado con tu prometida. Mira lo triste que está, que ya es la segunda vez que se va a Dornie buscando el consuelo de una amiga, pues no lo encuentra en el que ha de convertirse en su hogar.

—¿Y qué quieres que haga?

—Complacerla, hacerle cumplidos, protegerla, cuidarla. Le prometí a su padre que serías gentil y leal con ella. Hasta ahora solo he visto frialdad y desinterés.

—Padre, todavía no albergo sentimientos por *lady* Fiona. Quizá después del matrimonio…

—Eso espero, hijo. Que después de la boda logres devolverle la felicidad al rostro de Fiona Mackenzie.

John posó su mano en el hombro de su hijo antes de alejarse del patio de armas, donde Duncan se quedó a solas.

Su corazón encogido había dejado de palpitar, pero no por la marcha de Fiona, no…, sino por la de Brooke, que había salido al galope con Flecha y no había aceptado que nadie la acompañara.

Estuvo tentado a seguirla, a hablar con ella lejos de las miradas indiscretas. Aunque lo pensó mejor y decidió ordenarle a Murdo que fuera tras ella y la protegiera en su nombre.

—De acuerdo, muchacho, así lo haré.

—Y…, Murdo. No le digas, en ninguna circunstancia, que te he enviado yo.



Capítulo 18

Fiona le pidió al cochero que detuviera la calesa. La muchacha había venido con su doncella, Martha, y con el ayudante del mozo de cuadras del castillo Leod, su hogar, que también era hijo de este. Se trataba de un muchacho bien parecido, alto y de complexión fuerte. Su cabello era castaño y tenía los ojos grises.

El joven obedeció y descendió del pescante para abrirle la puerta a su señora.

Esta, en cuanto lo vio frente a ella, se abalanzó sobre él y lo besó con pasión.

—Mi amor, cómo te he echado de menos. No sabes lo que he tenido que inventar para librarme de la chismosa de Martha. No lo aguanto más, tenemos que huir y cuanto antes mejor.

—¿Y a dónde iremos? No soy más que un pobre diablo, no puedo ofrecerte ningún futuro, y menos aún, a la criatura que crece en tu vientre. Tienes que casarte con MacRae y lo tienes que hacer antes de que se te note, o arruinarás tu vida.

—Pero ¿cómo puedes ser tan frío?, se trata de tu hijo y de la mujer que dices amar. ¿O es

que en realidad no me amas y solo he sido una aventura para ti? —inquirió Fiona entre lágrimas amargas.

—Yo no busqué esto, mujer. Y creo que te lo dejé muy claro desde un principio. Solo puedo ser tu amante, nada más. No estás acostumbrada a malvivir y no sabes lo que es el hambre, ¿quieres que nuestro hijo pase necesidades?

Fiona negó con la cabeza.

—Pues entonces has de casarte con Duncan MacRae. Yo seguiré a tu lado y calentaré tu cama siempre que me sea posible, pero no me pidas más, porque no podré dártelo.

—Yo te amo, Tor, no puedo yacer con otro hombre que no seas tú.

—Te dije que podías evitar que eso ocurriera utilizando ciertos trucos —replicó Tor de brazos cruzados.

—Yo no puedo hacerle eso a Duncan, es demasiado y me sería imposible vivir con ello a cuestas, ¿es que no lo entiendes? —sollozó Fiona.

—Mujer, primero en pequeñas cantidades, no le hará mucho, se echará un buen sueñecito y no te pedirá consumar el matrimonio.

—Prefiero un *handfasting* para ganar tiempo, pero Duncan se empeña en un matrimonio que dure toda la vida y no sé qué hacer. Todo esto se nos está yendo de las manos.

—Te equivocas, Fiona. Está saliendo tal y como lo habíamos planeado. Te casarás con un hombre poderoso, y podrás darle a tu hijo lo que se merece. También preservarás tu honra ante tu padre, es lo que querías, ¿cierto? —inquirió Tor, brazos en jarras.

—Yo lo único que quería era que huyéramos lejos y formáramos nuestra familia. Sé que mi padre se enfurecería, pero con el tiempo entraría en razón y te aceptaría como mi esposo.

—¿Quieres que te repita otra vez por qué esa idea es absurda, mujer?

—Absurda… Absurdo me parece permanecer en Eilean Donan, asustada porque alguien pueda darse cuenta de que ya se me nota la tripa. ¿Qué le diré a Duncan cuando su supuesto hijo nazca antes de tiempo?

—Hay criaturas que nacen antes, mi madre siempre me dijo que yo me adelanté y que nací esmirriado. Pensaban que me moriría y aquí estoy, fuerte como un roble.

Fiona rodó los ojos.

—Pero supongo que nacen pequeños. Como dé a luz un niño sano y regordete a ver qué le digo yo a MacRae.

—Llegado el momento ya pensaremos algo. De momento, tú y yo tenemos un asunto que solucionar —dijo tomándola por la cintura y atrayéndola hacia su cuerpo.

Fiona sintió que su entrepierna vibraba, a la espera de ser invadida de nuevo por su amante. Pero la decepción que sentía hacia él le hizo retroceder con brusquedad.

—¿Cómo puedes pensar en yacer conmigo en este momento?, estoy mal, muy mal con todo este asunto, lo que necesito de ti es un abrazo, un «nos iremos lejos y siempre estaremos juntos». Sin embargo, ¿qué recibo?, un «cásate con otro hombre y no me expliques tus problemas». ¡¡¡Eres un malnacido!!! —bramó empujándolo.

Tor la agarró por el brazo con violencia y le habló al oído, con una voz áspera como la corteza del tronco de un árbol:

—*Milady*, ten cuidado, no voy a permitir que te propases conmigo, mucho menos que me rechaces, así que cállate y hagamos lo que hemos venido a hacer.

Fiona, temblorosa, se dejó besar mientras Tor amasaba uno de sus pechos con brusquedad.

—Tor, lo siento, yo… —gimió ella.

—No hables y compláceme como solo tú sabes hacer —ordenó Tor mientras levantaba sus

faldas.

∞∞∞

Brooke y Murdo arribaron a Dornie y recorrieron la localidad de arriba abajo. Se centraron en las casas donde vivían personas de mayor poder adquisitivo, pero en ningún lugar hallaron el carruaje de Fiona.

Después de un buen rato de búsqueda infructuosa decidieron volver a Eilean Donan. A la vuelta localizaron el carruaje semioculto entre unos arbustos. Se aproximaron con sigilo, algo no iba bien.

Encontraron al joven cochero de Fiona agachado arreglando una rueda del carruaje.

Tenía la frente perlada de sudor y la camisa abierta, dejando a la vista un hermoso torso de dios griego.

Fiona apareció de pronto, jadeante y con la ropa desarreglada.

—Se ha salido la rueda cuando volvíamos al castillo, la señorita Mackenzie se ha dado un buen susto, y le dije que le iría bien refrescarse en el lago, hace demasiado calor —soltó el muchacho de corrido.

—Sí, Tor, me ha venido bien echarme un poco de agua en el rostro y remojarme los brazos, el calor era sofocante —dijo Fiona, por primera vez muy alejada de su habitual imagen perfecta.

Murdo desmontó su caballo y se aproximó al joven cochero. Brooke descendió también de Flecha.

—Mire, ya está arreglado. Ha sido aparatoso el susto, pero la solución muy sencilla —anunció levantándose del suelo y palmeando sus rodillas.

—Ya veo —masculló Murdo en cuclillas junto a la rueda reparada—. Eres bueno, ha quedado como nueva —lo alabó con los ojos entrecerrados.

—Tuve un buen maestro, mi padre.

—Entiendo—asintió el hombre con la cabeza.

—Ya puede subir al carruaje, *milady* —dijo Tor abriéndole la portezuela a su señora, que, algo tensa, se introdujo en el habitáculo.

—Bien, ya podemos volver a Eilean Donan. Y ustedes, ¿de dónde vienen? —inquirió Tor, brazos en jarras.

—De Dornie, de comprar unas hierbas que no hallé en el campo, para mis remedios —intervino Brooke.

—Ah, sí, que era usted curandera, ¿cierto? —preguntó el joven dedicándole a Brooke una mirada que a la muchacha hizo sentir violenta, por ser demasiado intensa y detenerse en ciertas partes que bien podrían escandalizar a cualquier dama—. Interesante… —dijo Tor con una sonrisa ladina.

—Pongamos rumbo al castillo, Tor —ordenó Fiona desde el habitáculo con sequedad.

Tras las pertinentes despedidas de rigor, el carruaje emprendió su camino.

Brooke y Murdo se miraron.

—¿Soy yo, o estos dos ocultan algo? —inquirió Brooke alzándose de hombros.

—Bien me guardaré de malpensar sin pruebas, si bien, en esta ocasión creo que tienes razón, pues he pensado lo mismo. Esa rueda no parecía haberse movido de su sitio en mucho tiempo…



Capítulo 19

Castillo Eilean Donan 1531

John se aseó con rapidez en sus habitaciones. Llegaba tarde a la cena en honor de los Matheson, que habían arribado al castillo esa misma mañana. El muchacho sabía desde hacía un tiempo que su futuro ya estaba sellado, no obstante, aquello no le impidió enamorar a la joven alewive, con la que acababa de sucumbir a la pasión más descarnada. A su cabeza regresó la imagen de la muchacha lamiendo su verga y una molesta erección hizo acto de presencia.

Cuando entró en el gran salón, su padre le dedicó una mirada furiosa.

—¿Se puede saber dónde estabas, malnacido? —inquirió con los ojos inyectados en sangre.

—Lo siento, padre, me entretuve con mis amigos en el pueblo —mintió.

—Tienes deberes, John, ¿qué pensará la señorita Eleanor de ti? —preguntó el *laird* con su voz profunda y perturbadora en ocasiones.

—No te enfades, MacRae, el jovencito se divierte, es normal, es todo un hombre y es mejor que deje galopar a su caballo antes de desposarse con mi pequeña —intervino Roy Matheson, su futuro suegro.

La susodicha agachó la cabeza, embriagada por la melancolía, estaba enamorada de John desde que era una niña e imaginaba a qué se refería su padre con eso de dejar galopar al caballo. Nada más de saberlo en brazos de otras mujeres, su corazón bullía de indignación.

—No volverá a ocurrir, padre —se excusó antes de sentarse a la mesa.

Eleanor le dedicó una amplia sonrisa y él correspondió con una forzada.

Sentía que todavía era joven para contraer nupcias y, además, su corazón pertenecía a otra mujer, una con la que perdía el sentido de la orientación tan solo con el roce de su piel. Sin embargo, aquella relación era imposible. Su padre no creía en el amor, contaba muchas veces la historia de una *selkie* que conoció y de la que se enamoró con locura, hasta que esta lo traicionó con su mejor amigo y de ella jamás supo, tampoco del amigo…

Gaira solo era una *alewive*, muy poco para su ambicioso padre, que únicamente pensaba en obtener más y más poder, aunque para ello tuviera que recurrir a matrimonios forzosos.

Aquella práctica ya le había traído un buen disgusto, pues Arya, su hija mayor, se había quitado la vida al verse obligada a casarse con un hombre temible y mezquino. La mañana después de la boda, la hallaron muerta en las rocas, con los ojos picoteados por las aves. Se había lanzado al vacío desde la ventana de su alcoba.

Oponerse a las órdenes de su padre supondría el destierro. Era un hombre que no aceptaba la negativa de ninguno de los suyos, y mucho menos le temblaba la mano para impartir lo que él llamaba justicia, aunque de justa tuviera bien poco.

Escaparse con Gaira era la única solución posible, si bien, ella jamás dejaría a su terrible madre sola. Y pensaba de Ayla que era terrible porque cada vez que la había visto, lo miraba con una mezcla de recelo y odio que John no podía comprender.

La cena transcurrió sin más incidentes, mientras los hombres más mayores del clan, que se emborrachaban sin pudor alguno, seguían a lo suyo. Eleanor intentaba por todos los medios entablar conversación con John. Él no parecía estar por la labor, y a todo le decía que sí o asentía sin saber qué demonios le estaba contando aquella chica.

Braden, su primo, algo mayor que él y más avispado, se percató de lo que ocurría y no tardó en liberar a John del aprieto.

Ambos salieron del castillo y se sentaron a la orilla del lago.

—¿Se puede saber qué demonios te ocurre? —inquirió Braden—, la pobre señorita Matheson ya no sabe qué hacer para contentarte.

—Es que no puedo, es imposible. Gaira ocupa mi corazón y mi mente, es la única mujer a la que soy capaz de amar —intervino con decisión.

—¿Todavía sigues hechizado por esa bruja?

—No hables así de ella, no es ninguna bruja —espetó John.

—Es una *alewive*, se rumorea que esas mujeres que fabrican cerveza no son más que brujas que anulan la voluntad de los hombres para luego quedarse con sus almas.

—¿Quién te ha dicho eso? —inquirió John, con el ceño fruncido por las sandeces que le regalaba su primo.

—Lo sé yo, que tú, primo, eres demasiado inocente y te has dejado enredar por esa mujer.

—No, eso jamás, Gaira es una buena chica, amorosa y leal, además, yo la amo.

Las carcajadas de Braden no se hicieron esperar.

—Increíble, primo, ¿ves lo que te decía?, te ha embrujado, lo próximo será quedarse con tu

alma…

—¿Y cómo haría eso?, es apenas una chiquilla.

—Ay, primito. Estas nacen enseñadas. Dime, ¿ya se abrió de piernas para ti?

John, sin saber muy bien qué responderle a su primo, asintió con la cabeza.

—Esta noche, por eso llegué tarde. Fue maravilloso, no puedo dejar de recordar su piel desnuda en contacto con la mía…

—¿Y era su primera vez? —inquirió Braden con el ceño fruncido.

—Yo diría que sí —John recordó que no le había costado mucho hacerla suya, aunque nunca había yacido con una mujer de honra intacta, así que no sabía qué pensar.

—¿Tienes dudas? —preguntó Braden con una ceja enarcada.

John negó con la cabeza.

—No… No lo sé —balbució.

—Ay, primito, esa perra te la ha colado. Se ha aprovechado de ti, de tu inocencia.

—Es que no lo creo… —replicó John, con una punzada angustiosa en el corazón.

—Dime, ¿cómo se comportó? Cuando una mujer yace por primera vez con un hombre la embriaga la timidez y el pudor, es más, suele ser todo un desastre para ella. Muchas veces acaban llorando, te lo dice un hombre de mundo —aseguró Braden alzándose de hombros.

—Fue… Digamos que pasional —John cerró los ojos.

—Lo ves, primo. Es una ramera que solo quería encamarse contigo para convertirse en la señora del clan. No te extrañe que te venga con una barriga, ya verás, ya…

John apretó los puños y se quedó mirando la luna, que, testigo de lo que había vivido con Gaira unas horas antes, veía cómo el veneno que le había inoculado Braden hacía su efecto.

∞∞∞∞

Semanas después, Gaira y su madre entraban en el patio de armas de Eilean Donan cargadas de cerveza. La muchacha se había levantado mejor aquella mañana, pues las anteriores se las había pasado entre vómitos.

Su madre ya no sabía qué darle para aquel mal que parecía debilitarla y consumirla día tras día.

Por su cabeza pasó la idea de que la joven pudiera estar encinta, pero ¿de quién, si ella no había estado con hombre alguno?, bien se había guardado de que no se acercara más al hijo del *laird*.

Creía a pies juntillas en la inocencia de su hija, o quizá solo quería alejarse de la realidad, una realidad que, si era cierta, le traería muchos problemas a ese muchacho, que se casaba con una forastera en tan solo unos días.

Lo que Ayla no sabía era que la enfermedad de su hija se debía, además del embarazo, al desamor que la atenazaba desde la última vez que vio a John, y este le dedicó palabras terribles.

—No eres más que una ramera, una mujer que, con sus ardides, pretendía convertirse en mi esposa. Me vienes ahora con que no has sangrado este mes, qué previsible eres. Pero no te saldrá bien, ese niño puede ser de cualquiera, ya vi cómo se te daba de bien fornicar. Una mujer honrada jamás se comportaría como tú lo hiciste.

Aquellas palabras golpearon su mente de nuevo y volvieron a hacerle tanto o más mal que entonces.

No sabía que la ruta del día incluía el castillo, al parecer, había sido un encargo de última

hora, y Ayla no lo había comentado con su hija.

—Madre, no me siento bien, preferiría esperar fuera —intervino Gaira con evidente debilidad en la voz.

—De acuerdo, mi niña, yo enseguida salgo —respondió Ayla, preocupada.

Gaira hizo lo propio y volvió al puente de piedra, en el que tantas veces se había reunido furtivamente con John en los últimos años.

No pudo reprimir las lágrimas, le dolía demasiado y no quería seguir viviendo. Estaba embarazada del hijo del *laird* y este no quería saber nada de ella.

De pronto, el sonido de cascos de caballos se hizo presente y cada vez más cercano.

Gaira rezó para que no fuera John, si bien, un nudo en su estómago se formó cuando vio quiénes eran los jinetes.

Braden, el primo de John, con el que se había cruzado alguna vez y siempre le había dedicado alguna palabra fuera de lugar, y su grupo de amigos tan desgraciados como él mismo.

—Mirad a quién tenemos aquí, una ramera para fornicar, además, dicen que se le da bien. A mi primo le chupó la verga como toda una profesional —dijo Braden entre risas, que los demás corearon mientras observaban a la pobre Gaira con miradas lascivas.

—¡¡Desgraciado!! —bramó ella agarrando una piedra del suelo—, acércate a mí y te juro que te mato.

Las risas de los hombres aumentaron, risas y también insultos, que a Gaira se le clavaban como puñales.

Braden desmontó del caballo y se acercó a la muchacha, la sujetó con fuerza por el brazo y espetó:

—Tú te vienes conmigo. Si mi primo ha probado la miel que ofreces, yo también quiero parte del panal.

Gaira se revolvió con fuerza, con el fin de zafarse, mas no consiguió nada. Hasta que pudo morderle el brazo a su captor, y este le propinó un puñetazo en el rostro que la hizo caer al suelo.

De pronto, Braden retrocedió y los demás se callaron.

—Aléjate de mi hija, gusano. Y date por maldito. Jamás llegarás a nada, y la vida te dará penurias y destierro. Yo te maldigo, Braden MacRae.

Gaira observó a su madre, extrañada. Jamás la había escuchado maldecir a nadie, dejando claro que sí, que las malas lenguas tenían razón, y que Ayla era una bruja.

Los hombres huyeron del lugar, con el rostro pálido y una tonelada de supersticiones.

—¿Lo has maldecido de verdad, madre? —preguntó la muchacha entre sollozos—, ¿eres una bruja?

—No, hija, pero sabía que era el único modo de que esos ignorantes se marcharan sin hacernos daño —dijo Ayla con voz cansada—. Dime que no es verdad, que lo que ha dicho ese desalmado no es cierto.

—Madre, yo…

—¿Te forzó John MacRae?

Gaira negó con la cabeza mientras se levantaba del suelo.

Ayla cerró los ojos y apretó los puños. No sabía cómo lo haría, pero John MacRae cumpliría con su deber…



Capítulo 20

Charlotte y Sophie estaban muy alteradas por la mañana temprano. Hablaban sin parar de quién podría ayudarlas con los preparativos del banquete. Brooke entró en la cocina y las sorprendió en plena crisis. Las dos caminaban de un lado al otro sin saber muy bien cómo afrontar lo que se les venía encima. «¿Pero por qué tanto alboroto de pronto?», pensó.

Eiden balbució lo que a Brooke le pareció un «mamá» y a la muchacha le chisporrotearon los ojos de tanto amor que sentía por aquel pequeño.

Las dos sirvientas ni se percataron del evento, pues seguían enfrascadas en su nerviosismo sin sentido. Bueno, al menos eso fue lo que pensó Brooke hasta que escuchó aquellas palabras, que convertían en certeza lo que para ella parecía en el aire:

—Dos días, Sophie, solo dos días nos han dado los señores para prepararlo todo. No entiendo por qué a sir Duncan le han entrado tantas prisas de pronto —espetó Charlotte llevándose las dos manos a la frente.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?, tendremos que preguntar en el pueblo, necesitamos manos

para que nos ayuden con todo, ¿o es que el *laird* piensa que tenemos que cocinar y servir a todos los invitados las dos solas?

Brooke se les aproximó y preguntó:

—Disculpad, no he podido evitar escucharos, ¿qué ocurrirá en dos días?

Sophie se dio la vuelta y clavó sus ojos en los ambarinos de la curandera.

—¿Qué va a ocurrir?, la boda de sir Duncan. Nos lo acaba de comunicar el *laird* y no salimos de nuestro asombro. Solo quedan dos días y nosotras tenemos que prepararlo todo.

—Tendremos que ir al pueblo, más bien, tendría que ir yo, si te dejo a ti elegir a los sirvientes, te engañarán con sus precios. Así que será mejor que sea yo quien me acerque a Dornie —intervino Charlotte.

—Eso no es justo, ¿cómo voy a apañarme sola durante toda la mañana? —inquirió Sophie, enfadada.

—Haz lo que puedas, he dejado el caldo en el fuego, vigílalo de vez en cuando y retíralo cuando esté listo —indicó Charlotte echándose un chal sobre los hombros.

—¿Y cómo sé si ya está hecho? —preguntó la muchacha con voz chillona.

—Yo te lo diré —intervino Brooke—, sé cocinar.

—Pues entonces, yo distraigo a Eiden y tú te apañas en la cocina…

—De ningún modo, Sophie. El *laird* se enfurecería, así que deja a Brooke con su hijo, y quédate tú en el lugar que te corresponde —dijo Charlotte con firmeza.

—No me cuesta nada darle indicaciones y ayudarla si se ve sobrepasada por la situación —la tranquilizó Brooke.

Charlotte negó con la cabeza y posó la mano en su hombro.

—A cada uno, el lugar que le corresponde —sentenció la mujer, colgándose un cesto en el antebrazo, pues además de seleccionar a personas para ayudarlas a ella y a Sophie con el banquete de boda, iba a aprovechar para comprar víveres.

Cuando Charlotte salió de las cocinas, Brooke se desplomó en una silla y sentó al pequeño en sus rodillas. Con tanto alboroto había pasado por alto lo más importante de aquella conversación: Duncan se casaba en dos días, si quería impedir aquella boda tenía que darse prisa, de lo contrario, ya no habría solución ni ninguna oportunidad para su amor.

∞∞∞∞

Duncan entró en la habitación que ocupaba Brooke. Sabía que ella no estaría. Observó la estancia, ordenada y limpia, con la cunita de Eiden muy cerca del lecho y aquel aroma característico que desprendía el cabello de la muchacha.

Era un olor cítrico, que se le había metido en el alma, además de en las fosas nasales, claro está.

Se sentó en el lecho y acarició la manta de tartán que estaba sobre él.

—¿Por qué fui tan estúpido? —inquirió Duncan llevándose ambas manos a la cabeza—, ¿y qué demonios hago aquí?

—*Si no lo sabes tú…* —escuchó de pronto.

De nuevo aquella voz, hacía ya semanas que no lo importunaba con sus intervenciones indeseables, semanas en las que se había sentido mejor, pues pensaba que no volvería a atormentarlo.

—Déjame en paz, maldita voz. ¿Qué clase de demonio eres?

—No lo sé, dímelo tú, ya que das por hecho que no soy más que un demonio que te habla para hacerte enloquecer.

—¿Y entonces qué o quién eres?

—Alguien que ya te ha dado por perdido. ¿O no te has dado cuenta de que siempre he tratado de hacerte reaccionar para bien?

—Casi acabo bajo tierra por escucharte a todas horas.

—Si no lo hubieras hecho, ya te habrían comido los gusanos, y, créeme, no es agradable…

Duncan soltó un gruñido.

—¡¡Deja de atormentarme!! —bramó.

De pronto, la puerta se abrió y Brooke, sorprendida, permaneció en el umbral con Eiden en brazos.

—Ya… Ya me iba —balbució Duncan, con evidente nerviosismo.

Se levantó de la cama y volvió a su alcoba, cerrando la puerta tras de sí.

Brooke se quedó boquiabierta, ni siquiera fue capaz de articular palabra. Lo había escuchado con claridad, aquella voz le acababa de hablar y se moría de ganas por saber lo que le había dicho.

—Vocecita, ¿me puedes decir qué ha ocurrido? —susurró para no ser oída por Duncan.

—Nada, solo un poco de diversión, estoy demasiado aburrida entre estos muros.

—¿Así que nunca sabré quién eres? —preguntó Brooke negando con la cabeza.

—A su debido tiempo.

—Es que tiempo es lo único que no sobra, voz. Duncan se casa en dos días con la escoba, y sé que no debe hacerlo. Esa mujer se trae algo con su cochero, como ya te conté.

—¿Y lo que esconde bajo su piel?, ¿no lo has averiguado?

—¿Pero a qué te refieres con ese acertijo?, ¿qué puede esconderse bajo la piel de una mujer como ella?, ¿quieres decir que es falsa?, ¿que es muy diferente a lo que muestra?

—Eso ya sabes que es así. Si bien, en ocasiones todo es más sencillo de lo que parece, y no hace falta intentar adivinar acertijos para saber la verdad.

—Más sencillo… Más sencillo —masculló Brooke, en un intento de devanarse los sesos, mientras dejaba al pequeño en la cuna.

El silbido del viento se inmiscuyó en sus cavilaciones.

—Tiendes a buscar soluciones retorcidas, en lugar de centrarte en que las palabras pueden ser literales…

—¿No puedes decirme lo que oculta esa maldita mujer de una vez y así acabamos antes?

De nuevo el viento.

Brooke preguntó de nuevo, pero la voz no volvió a responder.

∞∞∞

Con Eiden dormido, Brooke aprovechó para salir a dar un paseo. Su intención era recoger hierbas en el bosque, como acostumbraba a hacer en su hogar en Beauly a diario. Ahora, con el niño, poco tiempo tenía para dedicarlo a sus remedios y ungüentos.

En el lugar había solo una vieja curandera que no había podido a ayudar a Duncan en su momento y que no era santo de la devoción del *laird*, ese fue el motivo de que la hicieran venir a ella de tan lejos.

El *laird* le había sugerido que se marchara, que él mismo vigilaría al niño y mandaría a

buscarla si se despertaba. La había notado algo triste durante la comida y aquella fue la única solución que se le ocurrió para contentar a la madre de su nieto.

Decidió hacerle una visita a Gaira, la *alewive*, a la que encontró fuera de su casa, sentada en un banco hecho de troncos, con la mirada perdida.

—Hola, Gaira —saludó Brooke observándola con curiosidad.

La mujer sacudió la cabeza y fijó la vista en ella.

—Oh, Brooke, ¿qué te trae por aquí?, ¿de nuevo quieres marcharte de Eilean Donan? —preguntó.

—No, no me marcharé, aunque ganas de poner tierra de por medio no me faltan…

—¿Por qué?

—Duncan se casa en dos días con una mujer de la que no me fío.

Gaira frunció el ceño.

—Que mi… ¿Que Duncan se casa?

—Sí, sabía que lo haría, pero no pensé que fuese tan pronto.

—Muchacha, no entiendo nada, lo último que supe de ti es que volvías a Eilean Donan para aceptarlo a él y para ser la madre de su hijo, ¿qué es eso de que se va a casar con otra mujer?

Brooke soltó un suspiro.

—He sido una estúpida y lo he dejado marchar. Me negué desde el principio a admitir que sentía algo por ese hombre, algo distinto, que aceleraba mi corazón y me hacía parecer torpe y pequeña, muy pequeña a su lado. No lo entiendo, porque lo conocí en unas condiciones cuando menos lamentables y siempre supe dar la imagen de mujer fuerte. Mas no lo soy, bueno, siempre lo he sido, pero no ante él.

»¿Se puede creer que me dijo que me amaba y no supe qué responderle?, mis sentimientos eran tan fuertes que no se me ocurrió otra cosa que salir corriendo. Poco después me enteré de que se había comprometido en firme con otra mujer, y que lo había perdido para siempre.

—Para siempre, para siempre… Creo que lamentarse está de más. Si en realidad quieres ser tú la que se una a él para siempre, ve y díselo, ¿de qué te sirve lamentarte?, dices que él te confesó su amor, lo tienes todo hecho y prefieres dejarlo ir. No, muchacha, lucha. Lucha y rompe el círculo que lleva a los MacRae a casarse con mujeres que no aman.

Brooke sintió de pronto un ímpetu enorme. No sabía qué le ocurría con Gaira, pues ella conseguía que reaccionara, era la segunda vez que, con sus palabras, lograba hacerlo.

—Tiene razón, he de afrontar mi destino, y este pasa por casarme con…

—¿Brooke?, ¿qué haces aquí? —inquirió la voz ronca de… Duncan.

La curandera se volteó incrédula.

—Hijo… —susurró Gaira, con un tono indescriptible, casi se diría que lleno de emoción.

—¿Hijo? —preguntó Brooke, mirando a Duncan y Gaira respectivamente.

—Madre…, he venido dispuesto a escucharte.



Capítulo 21

Castillo Eilean Donan, 1533

La noche se había tornado oscura, la boca de un lobo era un lugar más agradable que la entrada del castillo esa lluviosa noche de comienzos del estío. Una mujer ataviada con un sombrero de ala ancha y una capa atravesó el puente de piedra que conducía a la fortificación. En sus brazos llevaba al futuro heredero de los MacRae, un hermoso bebé de nombre Irvin y de futuro sellado a golpe de secretos.

Hacía casi un mes que Gaira había dado a luz a su hijo. Fue un momento doloroso, pero el más feliz de toda su vida. Si bien, sin su principal cliente, las dos mujeres se quedaron sin apenas medios para poder subsistir, por lo que decidieron marcharse a otras tierras donde no hubiera desalmados como John MacRae y su padre.

Ayla la envió lejos, a varias aldeas a conseguir clientes que compraran su cerveza. Tardaría

al menos cuatro o cinco jornadas en volver. Y Gaira le pidió a su madre que fuera ella misma, que debía alimentar a su bebé y no quería separarse de él.

—Yo no puedo, hija, me encuentro débil desde hace varios días, ya lo sabes. Temo desfallecer.

—Entonces tampoco podrás quedarte con Irvin, madre. Viajará conmigo —anunció.

—Es peligroso y el niño es demasiado pequeño, puede enfermar. Has de ir tú, debemos encontrar un lugar donde poder ganarnos la vida, muchacha. Ahora tenemos una boca más que alimentar.

—¿Y cómo lo harás?, sin mí estará perdido.

—He hablado con una mujer de Dornie, vendrá a diario a amamantarlo a cambio de cerveza para su marido.

A Gaira, la idea de que su pequeño fuera saciado por otra mujer que no era ella le revolvía la tripa.

Dos días después, con una congoja enorme instalada en su pecho por tener que alejarse de su pequeño, Gaira emprendió su camino.

Lo que la muchacha no sabía era lo que había ocurrido poco después del nacimiento de Irvin en Eilean Donan.

Eleanor había dado a luz antes de tiempo. La misma noche de su boda, la primera que yació con su marido, se quedó encinta.

A John no le costó llegar a cogerle cariño a la muchacha bondadosa con la que se desposó con un despecho y un odio clavado en su pecho hacia otra mujer, la que de verdad amaba. La llegó a querer, no le costó mucho, era imposible no hacerlo, si bien no podía olvidar a Gaira, a decir verdad, jamás pudo hacerlo.

El pequeño de Eleanor y John no pudo hacerle frente a la vida dada su inmadurez, y sucumbió al sueño eterno tan solo unos días después de su nacimiento. Es más, la curandera le dijo al hijo del *laird* que su esposa jamás podría concebir.

Aquello fue un verdadero mazazo para el *laird* MacRae, así que mandó llamar a John a su despacho con urgencia.

—Padre…

—Siéntate, hijo mío, y, dime, ¿cómo está tu esposa?

—Muy triste, ha perdido las ganas de vivir. Por eso preferiría estar con ella en estos momentos…

—Tendrá que esperar, lo que voy a decirte es importante.

—¿Qué puede serlo más que estar junto a mi esposa?, acabamos de perder a nuestro hijo.

—Lo es, créeme. Verás, he sabido que esa mujer ha dado a luz hace unos días un bebé sano y, según me ha dicho la partera que lo trajo al mundo, está muy claro que es un MacRae.

John apretó los puños con furia.

—Esa criatura puede ser de cualquiera.

—Si te soy sincero, no me importa de quién sea, siempre que todos crean que es tu hijo. Si tu esposa ya no puede darte un heredero, tendremos que hacer pasar al hijo de esa mujer como vuestro.

—¿Qué quieres decir, padre?

—No es difícil entenderlo. No hemos anunciado la muerte de Duncan, así que la criatura de la *alewive* puede crecer como si fuera él. Además, es tu hijo, un MacRae de pleno derecho.

—Eso que dices es terrible, ni siquiera sé si es mi hijo. Braden dice que se acostó también con ella.

—Braden dice muchas falacias, no puedes creerlo, él siempre te envidió, así que no me extrañaría que se lo hubiera inventado. Conozco bien a Ayla, la madre de esa muchacha, estoy seguro de que crio a su hija con valores suficientes como para no yacer con cualquiera.

—No decías eso hace unos meses, cuando creíste a pies juntillas que ella me había embaucado para convertirse en la señora de Eilean Donan.

—Lo sé. Pero ahora necesitamos un heredero.

—¿Y qué harás? Gaira no aceptará entregar a su bebé, la conozco lo suficiente como para saber que jamás lo haría.

—No te preocupes por eso, ya he hablado con su madre, y hemos trazado un plan que no ha de fallar.

Ayla entregó Irvin al *laird* MacRae, Irvin se diluyó en el tiempo, mientras Duncan se alzaba imponente. El verdadero Duncan descansaba cerca de la desvencijada casita de las *alewives*, y eso fue lo que halló Gaira a su vuelta, una fría lápida con el nombre de su hijo y una nueva compañera de vida: la desolación.



Capítulo 22

Duncan no entendía qué demonios hacía Brooke en casa de Gaira. Había ido a hablar con su madre, esa de la que no tuvo noticias hasta el día antes de que su esposa muriera. Su descenso a los infiernos no solo lo causó su muerte, que si bien influyó muchísimo, no fue el toque de gracia para el encierro y la crisis personal del highlander.

La culpa la tuvo aquella vieja, Ayla, que con sus palabras hizo temblar los cimientos de su vida perfecta hasta ese momento. Aunque lo ayudó a comprender por fin la actitud fría de la que él siempre creyó su madre.

Por eso apreciaba tanto el amor que Brooke le brindaba a Eiden. Era tan bello verla acunar y cantarle a su pequeño, y la devoción con que lo cuidaba y las infinitas muestras de cariño que siempre tenía para darle, que solo podía sentirse agradecido por ello. Sin embargo, había algo más que agradecimiento en sus sentimientos, algo mucho más visceral y salvaje, dulce y divino.

Ella hacía latir su corazón con fuerza y bullir su cuerpo de deseo, deseo no concedido, porque creía a pies juntillas que no era correspondido.

—¿Qué haces aquí? —inquirió Duncan con firmeza, mientras clavaba sus ojos en los de la muchacha.

—Yo ya me iba —dijo Brooke, todavía impactada por lo que acababan de escuchar sus oídos.

—No te vayas, niña. Este jovencito ha elegido un mal día para hablar, y creo que es de vital importancia que lo haga contigo —intervino Gaira con aplomo.

—Me pidió de rodillas que la escuchara y aquí estoy para hacerlo, quizá no haya otra oportunidad.

Gaira suspiró, se aproximó a Duncan y acarició su rostro. Él, por un momento, cerró los ojos y a punto estuvo de dejarse llevar por aquella caricia que jamás había recibido de Eleanor Matheson.

Al fin, preso de un cúmulo de sentimientos que no entendía, retrocedió.

Brooke se acercó a Duncan y posó su mano en el antebrazo de él.

No tenía ni la menor idea de qué estaba ocurriendo, mas sentía que debía apoyar al hombre que amaba, y así lo hizo. De algún modo, se hallaba en una encrucijada al no saber si hacerle caso a Gaira y aclarar el malentendido con Duncan, o, por el contrario, irse de allí y dejar que madre e hijo limaran sus asperezas.

Le dedicó una mirada reconfortante a Gaira y dijo:

—Creo que debéis hablar, las palabras que no se dicen a tiempo son como aves que pierden sus alas, nunca retomarán su vuelo.

—No, niña, el pasado está ahí para dar fe de él, no se puede cambiar y no tengo prisa. Os dejaré solos, tenéis mucho de que hablar —sentenció saliendo de la casa con expresión resignada.

Brooke y Duncan se quedaron en la única compañía del latido de sus corazones. La muchacha se sintió totalmente vulnerable ante su presencia. Estaban solos, algo que era difícil, ya que a Brooke era extraño verla sin Eiden a cuestas. Eiden, siempre Eiden… Su refugio, su todo y el sol que la iluminaba cada mañana al despertar.

Duncan clavó su mirada en ella, sin saber muy bien qué decirle y cómo.

—Bien, no sé qué quiere Gaira que hablemos. Creo que todo está muy claro. Así que será mejor que volvamos a Eilean Donan —intervino Duncan mientras se dirigía hacia su caballo.

Sin embargo, no pudo ir muy lejos, Brooke lo agarró por el brazo.

—No te vayas, Duncan, yo sí quiero hablarte —anunció ella con una mezcla de sentimientos difíciles de controlar, quería decirle tantas cosas.

—¿Ahora sí quieres hacerlo?, es curioso…

—¿Por qué dices eso?, es ahora cuando estoy preparada para ello. Y he de hablarte, porque es ahora o nunca.

—¿Tiene sentido que hables para decirme que tus sentimientos hacia mí no son iguales a los míos por ti?, ¿que solo me ves como un pobre diablo al que ayudaste a ver la luz cuando solo había tinieblas en su vida? —inquirió con un tono cargado de ira, que sorprendió sobremanera a Brooke.

—¡¡No!!, ¿pero por qué demonios dices eso?, no es lástima ni piedad lo que siento por ti, maldita sea —espetó Brooke con los brazos en jarras.

Duncan se aproximó más a ella con determinación, hasta que sus rostros quedaron muy cerca y la escrutó con la mirada. Aquellos ojos eran tan enigmáticos y profundos que no pudo

menos que estremecerse.

—¿Entonces qué es?, dímelo ya, porque no sé cómo asimilar el hecho de que salieras despavorida después de que te abriera mi corazón sin reservas —espetó Duncan con saña—. Al menos podrías haber tenido la valentía de decirme que tus sentimientos no eran recíprocos. Que te parecía una locura que un hombre como yo pudiera haberse enamorado de ti.

—Pero ¿qué sarta de estupideces estás diciendo, Duncan? ¿Cómo has llegado tú solo a esas conclusiones?, responde, porque comienzo a pensar que eres algo corto de miras.

—Encima te atreves a insultarme, no entiendo nada, mujer. Lo único que se me ocurre es que para ti es todo un juego y que te estás burlando de mí y nada más.

—¿Y qué hay de ti? Anunciaste tu compromiso con la escoba tras decirme a mí que me amabas, ¿te parece honesto?, porque yo creo que es de lo más mezquino.

Duncan se llevó ambas manos al rostro.

—¿Y qué querías que hiciera?, estaba dolido.

—¡¡Muy bien!!, el señor se siente dolido y lo mejor que se le ocurre es casarse con otra.

—Por cierto, ¿la has llamado escoba? —preguntó Duncan de pronto rascándose la cabeza.

—Y qué más da cómo la haya llamado, eso no es importante. Lo verdaderamente importante, maldito hombre primitivo, es que tienes muy pocas miras y si piensas que salí corriendo para burlarme de ti, es que no me conoces nada. Porque si lo hicieras, sabrías que el día que me dijiste que me amabas, me hiciste la mujer más feliz del mundo y necesité correr y pellizcarme para asegurarme de que no era un sueño. Quizá debería haber sido más expresiva, devolverte los cumplidos y las palabras que merecías por mi parte, mas no supe hacerlo de otra forma, no estaba preparada para decirte: Yo también te amo. No obstante, ahora lo estoy, así que aquí tienes tu respuesta, Duncan MacRae: Te amo, te he amado desde la primera vez que te vi, aunque entonces pensara que no eras más que un niño consentido y malhumorado. Tu presencia me turba, hace que mi corazón galope desbocado. Tu mirada me envenena el alma, de modo que necesito que ese veneno me embriague constantemente. Porque sí, porque yo también te amo y necesito pedirte, rogarte o lo que haga falta, que no te cases con Fiona Mackenzie y que en su lugar lo hagas conmigo.

Duncan, sorprendido, le dedicó una amplia sonrisa y soltó:

—Dios mío, Brooke, ahora mismo siento ganas de gritar, de correr y de pellizcarme las posaderas para creer que esto es cierto, que las palabras que acabas de decirme son reales. Lo siento, he sido un necio. Te amo, brujita —susurró él con la expresión más feliz que Brooke le había visto jamás.

—Te amo, niño consentido.

Y sus labios sellaron aquella declaración de amor verdadero, el dulce destino que los unía y los conducía a degustar las mieles del deseo que yacía en sus labios y se expandía por sus cuerpos.

Brooke sintió que aquellos labios eran su hogar, un hogar en el que se juró permanecer el resto de sus días.


Segunda parte



Capítulo 23

El revuelo que causó la noticia de la ruptura del compromiso entre Duncan y Fiona no demoró en hacerse notar.

La muchacha no tardó en recoger sus pertenencias y pedirles a los criados que las cargaran en su carruaje. Ni siquiera le hizo reproches a Duncan, solo quería marcharse del castillo.

John intentó calmarla, decirle que debía esperar a que Duncan recapacitara, que solo eran los nervios de antes de la boda, que todavía era algo joven y se había sentido abrumado, pero Fiona no quiso escucharlo. Estaba decidida a marcharse y nada ni nadie la convencería de lo contrario.

Si bien, la ira de Tor no se hizo esperar, y sin importarle quién los mirara, la confrontó:

—¿Se puede saber qué has hecho para que MacRae haya roto su compromiso contigo?, estabas a punto de casarte, mujer, y lo has fastidiado todo —espetó agarrándola con fuerza del brazo.

—Déjame, no me toques, malnacido. Yo no he tenido nada que ver. Duncan no quiere casarse conmigo, no hay más.

—Ha de haber una razón, no tiene sentido que quisiera adelantar la boda y ahora la haya cancelado, ¿es que no lo ves, mujer?, aquí hay gato encerrado y yo voy a descubrirlo, es más, tengo una sospecha que me ronda la mente desde hace tiempo.

—¿Qué sospecha?, no hay nada que elucubrar, Duncan no quiere casarse conmigo y tenemos que volver a Leod.

—Esa mujer, la pelirroja.

—¿Brooke?, si es como una nodriza, nada más. Además, no creo que Duncan MacRae se fijara en ella.

—¿Por qué?, es una mujer hermosa, eso es innegable —dijo Tor con ojos de depredador.

Fiona se enfureció sobremanera. Que su amante alabara la belleza de otra que no era ella la exasperaba.

—¿Hermosa?, si no es más que una campesina. No tiene clase y siempre está de un lado al otro con ese crío. Si incluso la he visto jugar en el barro con él.

—Ay, señorita Mackenzie, cuándo entenderás que la belleza de una mujer es más que la cuna de la que venga…

—Cállate, desgraciado. Y ahora carga mis baúles en el carruaje. Quiero irme de aquí cuanto antes —masculló iracunda.

—A mí no me hables así, mujer. O te aseguro que te quedarás sola con tu problema —espetó Tor dedicándole una mirada hostil a Fiona.

—Mi problema… Mi problema, ¿te olvidas de que no me quedé preñada por obra de Dios? —siseó con furia.

—Cállate, que viene Martha —dijo él tras carraspear.

—Poco me importa lo que piense la doncella. —Fiona subió al carruaje y se sentó sin poder dejar de pensar que eludir una boda que no deseaba representaba un alivio a medias, ya que no sabía cómo lidiaría con su embarazo ante los suyos.

∞∞∞

John seguía sin entender qué demonios pasaba por la cabeza de su hijo para que hubiera rechazado a *lady* Fiona en última instancia, tan solo dos días antes de la boda, aquello era una locura. Había intentado por todos los medios que Duncan depusiera en sus intenciones, mas no lo había conseguido.

El *laird* contempló el carruaje de *lady* Fiona alejarse y desaparecer en el horizonte. ¿Cómo se lo tomaría su padre?, aquello era una incógnita difícil de despejar sin asumir que pronto sabría las consecuencias de la burla de su hijo hacia ella.

Se adentró en el castillo y caminó hacia su despacho con expresión consternada. Fue entonces cuando escuchó voces susurrantes que venían de la biblioteca. John detuvo su marcha para contemplar la sorprendente escena.

—Solo serán unos días, hasta que se pase el revuelo por lo de la boda. Yo mismo se lo diré a mi padre, si bien, ahora tenemos que esperar —musitó Duncan mientras mantenía las dos manos en los hombros de Brooke.

—No me siento muy bien, incluso algo culpable porque *lady* Fiona se haya marchado de ese modo apresurado —dijo Brooke, con evidente nerviosismo.

—No hemos hecho nada malo. Nos amamos, ¿cierto? —inquirió Duncan dedicándole una

sonrisa a la muchacha.

—Más que eso… —respondió Brooke dándole un beso suave en los labios a Duncan.

—¡¡¡Será posible!!! —bramó John de pronto y ante la sorpresa de la pareja por su abrupta entrada.

—*Laird* MacRae, yo… —balbució Brooke, avergonzada.

—Padre, déjame que te explique.

—No hay nada que explicar. Corregidme si me equivoco. Hace unos meses os pedí que os casarais. Ambos os negasteis. ¿Y ahora, que tenía un compromiso ineludible con mi amigo Mackenzie, tú, hijo mío, te atreves a cancelar la boda, porque te has dado cuenta de que la amas a ella?, ¿es que quieres volverme loco, muchacho? —espetó John, furioso.

—No soy el dueño de mis sentimientos, padre. Es más, ya amaba a Brooke entonces, mas no era consciente de ello y tampoco quería casarme por una imposición.

—Si a mí me parece muy bien que te cases con la señorita Gowdie, no tengo nada en contra de ella y le estoy muy agradecido por todo lo que hace por Eiden, pero se ve que no te has percatado de lo que traerá consigo esta afrenta a los Mackenzie. No te olvides de que el castillo donde vivimos y todas las tierras son suyas, que nosotros somos meros guardianes, y pueden dejarnos al raso cuando quieran. Así que reza… Rezad ambos para no tener que celebrar vuestra unión debajo del puente de ahí fuera.

John abandonó la estancia, los demonios lo seguían de cerca.



Capítulo 24

Dicen que el amor no sabe de problemas cuando está en sus inicios, en las mieles de las primeras veces y los arrebatos apasionados.

Eso era lo que les ocurría a Duncan y a nuestra querida Brooke, que el amor los había cegado y disfrutaban de él, ajenos a los problemas que se atisbaban, como nubarrones de tormenta que avanzan silenciosos, sin descargar todavía su ira sobre los pobres mortales.

Disfrutar de los besos, de la brisa fresca mientras comían al aire libre, con Eiden sentado en el improvisado mantel de tartán. Las risas y los para siempre furtivos.

Atrás quedó la supuesta maldición de las Gowdie, mujeres que estaban condenadas a estar solas de por vida, y la que se atrevía a desafiar al designio del destino, como hizo su madre en su día, solía pagarlo caro, muy caro.

En el caso de su progenitora, dándola a luz a ella, como le había ocurrido a la esposa de Duncan.

Quizá era la razón por la que sentía tanta ternura por aquel pequeño, pues había venido al mundo con la culpa sobre él, sin ser ni tan siquiera consciente de ello.

—Te juro, brujita, que jamás pensé que la felicidad estaría a tu lado —dijo él acariciándole la nariz.

Eiden dormía en una mantita, cobijado por la sombra de un árbol. La pareja estaba cerca de él, tumbada sobre un lecho de hierba fresca. Brooke se hallaba bocarriba y Duncan acariciaba su muslo mientras besaba el cuello de la muchacha.

—¿Qué haces? El niño está ahí mismo, ¿y si se despierta?

—No puedo resistirme cuando te tengo cerca, y no sé si aguantaré hasta nuestra noche de bodas —ronroneó Duncan haciendo descender uno de sus dedos por el escote de Brooke, de modo que ella sintió deseos de que lo hiciera, descubrirla y amarla sin reservas.

—Yo no creo en esas tradiciones, malvado. Pero no sé, tiene su encanto, ¿no crees? —preguntó Brooke turbada por el deseo.

—Yo solo sé que vas a matarme si no puedo satisfacer mis ganas de poseerte —soltó fingiendo un mordisco en su cuello.

—Además, Eiden está ahí mismo, y es tan pequeño…

Duncan detuvo su ofensiva y se tumbó junto a ella.

—Quiero que nos casemos pronto, brujita, hablaré hoy mismo con mi padre.

—Yo también lo quiero. No sabes las ganas que tengo de llamarte esposo y de decir con orgullo que soy *lady* Brooke, la mujer que ha conquistado el corazón del atractivo Duncan MacRae.

—Así que te casas conmigo por mero interés… Quieres ser toda una señora de las Highlands…

—Oh, sí, por todo el interés del mundo y por conveniencia, mucha conveniencia —bromeó Brooke mientras tomaba entre risas la mano de Duncan.

Ambos se miraron a los ojos.

—Sabes una cosa, brujita, eres la mujer más increíble que conozco. Y no solo por tu carita de ángel y esos ojos de fuego, sino por ese corazón noble que tienes.

Brooke enrojeció. Aquellas palabras eran las más bonitas que nadie le había dicho jamás.

—Deja de hacerme cumplidos. De lo contrario, me da a mí que acabaré por saltarme mis principios y no me gustaría. ¿Qué pensaría Eiden de nosotros si despertara?

—Es demasiado pequeño, mujer. No creo ni que se diera cuenta de qué estamos haciendo.

—Es igual, yo prefiero una primera vez para recordar como un sueño mágico. No el instinto saciado en un lugar donde cualquiera puede vernos, incluido un bebé…

—No te preocupes, tendrás tu hermosa primera vez, y sé que seré el hombre más dichoso de la Tierra al recordarla.

Ambos se besaron de nuevo. Duncan tuvo claro que no postergaría más el enlace, no tenía sentido atrasarlo a la espera de la visita de Mackenzie, porque tanto él como su progenitor sabían que, al tener a su hija de vuelta, se pondría inmediatamente de camino hacia Eilean Donan, y tenían que prepararse para lo peor, pues sería inevitable que se enterara del verdadero motivo de la ruptura.

∞∞∞

Los días pasaban y no había ningún Mackenzie a la vista. A John le extrañaba, conociendo a su

amigo, que este no se hubiera personado en el castillo, si bien se fue relajando, y dio por hecho que no habría problema alguno entre clanes que siempre habían sido afines.

Una noche pidió ver a la pareja y les comunicó eso que tanto esperaban ambos.

—Podéis casaros…

Duncan y Brooke se abrazaron y besaron ante el *laird*, hecho que hizo al hombre carraspear.

—Dejad la pasión para después de la boda. Ya tendréis tiempo para esos menesteres —refunfuñó John.

—Muchas gracias, padre. ¿Crees que Mackenzie ya no pedirá cuentas del regreso de su hija a casa? —inquirió Duncan con los ojos entrecerrados.

—Ya debería haberlo hecho, es más, si se presenta en Eilean Donan, ya me encargaré yo de conformarlo.

La pareja se observó con complicidad, con esa mirada que John solo recordaba haber tenido con Gaira, su amor de juventud y madre de Duncan. Jamás se perdonaría todo el daño que le hicieron él y su padre a la pobre chica. No se lo merecía, y siempre cargaría con el peso del remordimiento sobre sus hombros.

Los recuerdos acudieron a él como puñales lanzados con saña:

La cuna que días antes ocupaba Duncan, su hijo con Eleanor, la poblaba ahora un hermoso bebé, tan parecido a él que daba escalofríos.

John se apresuró a hablar con su padre y entró en el despacho de manera abrupta.

—¡¡¿Cómo has conseguido que Gaira te entregue al bebé?!! —gritó enfurecido.

—Primero de todo, hijo. No puedes entrar aquí vociferando, soy tu padre, no lo olvides, y me debes respeto.

—Contesta, padre…

—¿Cómo lo iba a conseguir?, el dinero hace milagros, muchacho.

—No puede ser, no me creo que Gaira haya cambiado a su hijo por monedas.

—Pues lo ha hecho, lo ha entregado voluntariamente, para que tenga una vida mejor. Es más, ella y su madre piensan marcharse de nuestras tierras.

John no podía creer las palabras de su padre y salió del despacho como una ráfaga de viento iracundo.

En su caminata frenética a las caballerizas, lo detuvo Braden.

—¿A dónde vas? —inquirió agarrándolo del brazo.

—Tengo que ver a Gaira, he de saber cómo ha sido capaz de entregar a su hijo y dejarlo atrás sin más —espetó John.

—No sé de qué te sorprendes, primo. Ella quería ser la señora de Eilean Donan y falló en su tiro. Ahora el crío le molesta y ha creído conveniente deshacerse de él. Ya te dije que era una mala mujer.

John se llevó ambas manos a la cabeza.

—No puedo creerlo. Maldito el día en que la conocí, es una desalmada, un ser cruel…

Braden tocó el hombro de su primo.

—No es más que una ramera. Así que olvídala y cría a tu hijo con Eleanor, ella sí merece la pena.

—Quizá tengas razón, primo. Muchas gracias por impedirme hacer una tontería. No sé qué hubiera hecho de tener en frente a esa mujer.

Braden palmeó la espalda de John y ambos se dirigieron caminando al interior del castillo.

John no volvió a ver a Gaira, hasta veintinueve años después…



Capítulo 25

Preparar una boda… Brooke estaba pletórica. Iba a ser algo sencillo, no avisarían a los familiares que vivían más alejados, ni tan siquiera a sus tías. Aquello le dolía, porque no veía bien callarse, tampoco estaban muy lejos y daba fe de que, de saberlo, las demás mujeres Gowdie acudirían. Si bien, también lo estaba de que intentarían disuadirla, o al menos, hacer que entrara en razón y estuviera más tiempo de cortejo con Duncan antes de contraer nupcias con él.

Y quizá tuvieran razón, aunque habían pasado unos meses desde que ella arribó a Eilean Donan, no conocía lo suficiente a su prometido.

Las Gowdie eran recelosas de los hombres por lo que les había tocado vivir generación tras generación. La única que tenía una relación en firme era su tía Isobel, y no había sido capaz de casarse con su amor, Angus Fraser, aun pudiéndolo hacer cuando ya no había nada que se lo impidiese.

Perder la libertad de elegir su vida, eso sería lo que dirían ellas. Y aunque su hermana

Harlow también tenía un enamorado con el que nunca acababa de concretar, igualmente le diría que se había precipitado.

Por ello y por no despertar rumores que pudieran llegar a los Mackenzie, la boda se celebraría con los miembros del clan más cercanos como invitados.

Entre Sophie, Charlotte y Brooke arreglaron un vestido de novia hermoso que encontraron en un baúl, en una habitación donde se almacenaban los trastos viejos y que había pertenecido al servicio en el pasado.

—Es tan bonito —dijo Brooke al observarlo.

Era de color marfil y tenía unos hermosos bordados dorados en forma de espigas.

Entre las tres lo lavaron con mimo y lo arreglaron para que a Brooke le quedara al cuerpo casi como una segunda piel.

—Toda una reina —intervino Charlotte antes de apoyarse en la mesa, exhausta.

—¿Estás bien? —inquirió Brooke agarrándola, pues parecía que iba a desvanecerse en cualquier momento.

—Sí, mi señora —balbució la cocinera.

—Por Dios, Charlotte, que sigo siendo Brooke, me resulta tan extraño que me llames así… Anda, siéntate, ya nos apañamos Sophie y yo. Has de descansar, no has parado en estos últimos días y me siento algo culpable por ello.

—Ay, mi niña, eres un ángel. No sabes cuánto he presumido en el pueblo con esas chismosas que siempre hay al acecho, les he dicho que no habrá mejor señora que tú para llenar de dicha este lugar.

—Qué exagerada eres, Charlotte.

—No exagero, es la verdad. Entraste en este lugar cuando solo había sombras y nubarrones. Tú llenaste de luz Eilean Donan.

Brooke sonrió, agradecida por las palabras de la cocinera.

Un rato después, el vestido ya estaba listo, y Brooke dichosa, tan solo quedaban tres días para la boda, tres días que se le harían como siglos.

Entre Brooke y Sophie lo cubrieron con una sábana. Ambas comenzaron a saltar cogidas de las manos, dando gritos. Tal parecía que las dos mujeres iban a casarse y no una sola.

A Brooke le asombraba haber llegado a apreciar a las dos sirvientas tanto como para decir que eran sus amigas. Su tía Lottie siempre le dijo que los amigos eran como las piedras preciosas, escasas y duras. Que la verdadera amistad se comprobaba en los malos momentos, cuando los falsos amigos huían en desbandada. Con las dos mujeres no había llegado el caso, no obstante, sentía que podía confiar en ellas y que, si un día se viera en problemas, quizá pudieran ser las patas de la silla donde se sentaría.

Ambas mujeres salieron de la estancia y Brooke se quedó a solas. Respiró profundamente y se dispuso a ir a buscar a Eiden, que se hallaba con su padre y su abuelo en el salón.

«Tres días», pensó.

Todo era emoción y alegría en Eilean Donan y un pálpito apresó el corazón de Brooke. Cuando todo iba bien en su vida, cuando estaba tan contenta, siempre había algo que empañaba su alegría. Rezó con toda la fe que pudo reunir para que en esa ocasión no fuera así.



Capítulo 26

Castillo Leod

Ronald Mackenzie, grande, pelirrojo y de porte imponente, aguardaba en su despacho, sentado tras su inmenso escritorio, desde el que parecía impartir justicia tan solo con su presencia. Fiona entró cabizbaja y, tras saludar a su padre con un casi inaudible balbuceo, se situó frente a él.

—Siéntate, Fiona —dijo el *laird* con determinación.

La muchacha hizo lo propio y, como siempre, cuidó la postura y situó las palmas de sus manos en su regazo.

—Padre, yo…

—No me vale un «padre, yo», quiero saber qué demonios ha ocurrido para que Duncan MacRae no quiera casarse contigo —espetó Ronald con una frialdad en la mirada que nada sorprendía a Fiona.

—No lo sé. No me habló de sus motivos; a decir verdad, no fue él, sino su padre quien me anunció que no habría boda.

—No me lo puedo creer, mi amigo jamás aceptaría tal desaire por parte de su hijo. Lo conozco lo suficiente como para estar seguro de ello.

—Lo ha aceptado, así que no puedo decirle nada más, padre.

—Esto es inaudito, tendré que ir a Eilean Donan y hablar muy seriamente con John. Viven en mis tierras y en un castillo de mi propiedad, así que no sé cómo han osado reírse de mí de esta manera.

Fiona agachó la cabeza. En su mente bullían las ideas, ¿y si le decía la verdad?, que esperaba un hijo de Tor, quizá así el *laird* lo obligaría a casarse con ella. Hasta el momento no lo había visto de ese modo, sus pensamientos siempre fueron encauzados al rechazo del muchacho y al consiguiente destierro.

Por un momento se animó y a punto estaba de decirlo cuando otro pensamiento la detuvo en seco. ¿Y si en lugar de propiciar el matrimonio, su padre decidía castigarlo, o, en el peor de los casos, matarlo?, Ronald Mackenzie era imprevisible.

—Tendré que tomar las riendas de este asunto. En este momento no puedo viajar a Dornie, no puedo cabalgar, todavía no estoy bien del todo. Pero espero estarlo en unas semanas, y entonces ambos partiremos hacia ese maldito lugar. Duncan MacRae cumplirá la promesa que hizo su padre y se casará contigo, o dejaré de llamarme Ronald.

El *laird* se había caído del caballo semanas antes y se había fracturado una pierna, ello hacía que caminara renqueante y se apoyara en un bastón. Todavía le dolía bastante, y apenas se levantaba de su asiento si no era imprescindible hacerlo.

—Padre, es que yo no quiero casarme con Duncan MacRae, y si le digo la verdad, para mí ha sido un alivio que cancelara la boda —se sinceró rezando en silencio para que su padre no estallara en cólera.

—¿Qué demonios estás diciendo, muchacha?, deja de decir sandeces. Duncan MacRae es un magnífico candidato para ser tu esposo. El mejor que he podido encontrar. Es apuesto y fuerte, también un gran guerrero. Podrá protegerte y darte hijos sanos, que continúen nuestro legado.

—Pero él ya ha dejado claro que no desea casarse conmigo, no quiero que fuerces a ningún hombre a hacerlo, ¿en qué lugar me dejaría eso?

—En el de una mujer que no se deja avasallar, y que se asegura de que los demás cumplan las promesas que le han hecho. Si eso no te parece bastante motivo como para exigir que MacRae cumpla con lo prometido, no sé qué más necesitas.

—Solo ser querida, padre.

Ronald abrió mucho los ojos.

—Ser querida, ser querida… ¿Es que no has aprendido nada de tu padre?, quizá debería hablar con mi esposa y decirle que deje de meterte esos pájaros en la cabeza. Si tu madre levantara la suya, volvería a ocultarla bajo tierra. Ella sí que tenía determinación a la hora de reclamar lo que era suyo.

La madre de Fiona había muerto cuando ella solo tenía diez años. Unas fiebres la llevaron a la tumba en un abrir y cerrar de ojos. Ronald se había vuelto a casar dos años después, con una mujer mucho más joven que él, y que tenía por afición leer libros de modo incansable. Libros en los que se perdía en historias de amor que ella jamás viviría, pues su matrimonio con el *laird* había sido pactado por sus padres. Los libros la hacían escapar de la realidad que vivía, y a Fiona, siempre cercana a ella, le había contagiado su pasión desmedida por las historias que se

escondían detrás de las obras que descansaban en la gran y nutrida biblioteca del castillo Leod.

—Duncan MacRae no es mío…

—Lo será, hija. Lo será.

Las semanas pasaron y el vientre de Fiona ya era casi imposible de disimular. Las sirvientas andaban con la mosca tras la oreja, ya que la muchacha había decidido que no quería que nadie la vistiera, ni tan siquiera dejaba entrar a su doncella para ayudarla a bañarse.

Apenas veía a Tor, siempre ponía pretextos para no encontrarse con ella, pretextos que ni se molestaba en elaborar como es debido.

Una noche, mientras él terminaba de atender a los caballos, la muchacha lo sorprendió en las cuadras.

—¿Qué demonios haces aquí?, vuelve a tu cama, de donde no debiste salir. ¿Es que quieres meterme en un lío con mi *laird*?

—No, amor mío, necesitaba verte. Estoy desesperada, no sé cómo ocultar ya mi vientre, me van a descubrir —gimoteó Fiona.

—Si hubieras sido más lista, a estas horas serías la esposa de Duncan MacRae, y tu embarazo fruto de vuestra unión —intervino Tor con dureza, sin detenerse en sus quehaceres.

—Te recuerdo que fue él quien rompió nuestro compromiso, yo no hice nada.

—La pelirroja estaba en tus narices y no fuiste capaz de ver lo que pretendía.

—Esa muchacha solo está interesada en el niño, ya te lo he dicho muchas veces —dijo Fiona quitándole importancia.

¿Y si en verdad Duncan la hubiera dejado por Brooke qué más le daba a ella?, amaba a Tor sobre todas las cosas, aunque este fuera un témpano gélido que solo ardía cuando la poseía.

—Tor, ¿tú me amas? —inquirió la muchacha, dedicándole a su amante una mirada agonizante de súplica.

Tor dejó caer el cepillo con el que abrillantaba el pelaje de un corcel, tomó aire profundamente y lo soltó de un bufido.

—¿Se puede saber por qué me preguntas eso ahora?

—Porque quiero saberlo. Y ¿sabes qué?, creo que no, que solo soy para ti la hija del *laird* a la que querías poseer para sentirte poderoso, ya que no eres más que un mozo de cuadras.

Tor agarró a Fiona con fuerza por el brazo y le habló con su rostro a escasos milímetros al suyo:

—Quizá sea un simple ayudante de mozo de cuadras, o tu cochero, un sirviente, al fin y al cabo. Pero tú, una especie de reina que ha vivido entre algodones, te mueres por mí. Tanto que aquí te tengo, suplicándome amor, un amor que no siento. Porque no puedo sentirlo ni por ti ni por nadie.

»Así que confórmate con lo que te doy, porque es lo único que recibirás de mí.

—¿Y si decido que no quiero volver a ser tuya? —masculló Fiona con la mirada desafiante y el mentón alzado.

—Entonces, querida, te morirás, porque aquí soy yo el que decide cuando te tengo y cuando te dejo. Eres mía, Fiona Mackenzie, y siempre lo serás.

Tor la apretó contra su cuerpo y la besó con pasión.

—Me amas, por mucho que digas, sé que me amas —balbució ella mientras Tor desgarraba su vestido y devoraba uno de sus senos con ansia.

Él mozo de cuadras no respondió y se limitó a levantar las faldas de su amante y a poseerla mientras le decía una y otra vez:

—¡Eres mía, y jamás dejarás de serlo! ¿Me oyes?

—Sí, mi señor, soy tuya… Soy tuya.

Era bien temprano cuando Fiona pidió hablar con su padre de nuevo. Este se quejó por la irrupción de la muchacha en su despacho, mas decidió escucharla, parecía azorada y henchida de determinación.

—Padre, estoy embarazada.

Eso fue lo último que dijo antes de que el *laird* estallara en furia, insultara a su hija y no la dejara decir ni una sola palabra más.

—Ese desgraciado de MacRae pagará con su propia vida. ¿Cómo ha podido ser tan malnacido como para dejar preñada a una niña inocente y luego romper su compromiso con ella? ¡¡¡Lo mataré!!!, juro que lo mataré con mis propias manos.

—Padre, déjame que te explique…

—No tienes nada que explicarme, te has comportado como una cualquiera. ¡Qué decepción, Dios mío! ¿Cómo has sido capaz de encamarte con él?

—Yo no hice tal cosa, padre…

—Ah, ¿no?, ¿quieres decir que te forzó?

—Padre, por Dios, escúchame.

—No… No quiero escucharte. Por el momento, permanecerás en tu alcoba, he de aclarar mis pensamientos antes de partir hacia Eilean Donan.

»¡¡Ese desalmado se casará contigo, de lo contrario, yo mismo lo mataré con mis propias manos!!



Capítulo 27

Unos toques en la puerta que comunicaba ambas alcobas sorprendieron a Brooke, que no podía dormir por la emoción. Al día siguiente se casaba con Duncan y estaba nerviosa/anhelante de que el sol comenzara a despuntar para disfrutar del que debía ser uno de los mejores días de su vida.

—¿Duncan? —preguntó extrañada.

La puerta se abrió y el *highlander* entró con un pantalón que marcaba sus musculosas piernas y el torso desnudo.

La visión del hombre que se iba a unir a ella en pocas horas hizo que su ser se estremeciera sobremanera. Con aquel cabello cayéndole en mechones hasta los hombros, se le antojaba el ser más hermoso que había visto en la vida, y no porque Duncan fuera un hombre excesivamente guapo, sino por la masculinidad que desprendía y el deseo que nacía en ella cada vez que sus miradas se cruzaban.

El *highlander* se sentó en el lecho y le dedicó una amplia sonrisa a su prometida.

—Necesitaba verte, no era capaz de dormir —dijo con sinceridad.

—¿Estás nervioso por lo de mañana? —inquirió Brooke con el ceño fruncido.

—Sí, lo estoy, pero no por la boda.

—¿Entonces?

—Ven conmigo —dijo levantándose del lecho y tendiéndole la mano.

Brooke se bajó de la cama, y se observó a sí misma, el camisón que llevaba no dejaba mucho a la imaginación y buscó instintivamente algo con que cubrirse.

Duncan negó con la cabeza y tomó su mano.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella, divertida.

De pronto, él la alzó en sus brazos y traspasó el umbral divisorio de las dos alcobas.

Brooke abrió mucho los ojos.

—Quiero hacerte el amor esta noche, no soy capaz de esperar, y mañana, con todos aquí, no podrás tener el encuentro mágico que te mereces y deseas.

La estancia estaba iluminada por velas y había pétalos de flores silvestres en el suelo y el lecho.

Brooke soltó una risita.

—Me quedé con las ganas de hacerte mía en aquel prado —musitó en su oído—, y ahora no tienes excusa, Eiden duerme en su cunita, en otra habitación, no puede vernos.

—Eres malvado, muy malvado… —dijo ella acariciando el torso desnudo del hombre que amaba.

Duncan sintió un escalofrío en su piel. Y caminó con Brooke a cuestas hasta el lecho, donde la depositó con mimo.

—¿Me permites darte una noche de cuento de hadas?, ¿aunque todavía no estemos casados?

—Te permito esta y todas las que vengan después, hazme el amor, Duncan MacRae.

Y Duncan deshizo el lazo del cordoncillo que cerraba el escote del fino camisón de Brooke. Descubrió sus senos, tan hermosos y expectantes que no pudo menos que acariciarlos con ternura.

Brooke arqueó la espalda, el roce de los dedos de Duncan sobre sus pezones hizo que estos se irguieran pidiendo más.

Ella, embriagada por el placer, quiso quitárselo todo para que él recorriera su cuerpo sin reservas, y así lo hizo, ante la mirada de admiración de su prometido.

Duncan terminó de desnudarse también y se posó sobre ella, Brooke sintió el calor del cuerpo de aquel hombre encajar a la perfección sobre el suyo, como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Se besaron y prendieron en llamas. Moviéndose rítmicamente entre palabras susurradas, palabras que hablaban de amor y promesas firmes, de eternidad y algarabía, de deseo y ternura.

Brooke apretó sus uñas contra la espalda del *highlander* cuando lo sintió en su interior.

Su respiración se entrecortaba, se debatía entre el deseo y el amor que sentía por Duncan.

Rodaron sobre sí mismos y Brooke quedó sobre él.

—Eres tan bonita —le susurró sin poder dejar de contemplarla.

Brooke comenzó a mover sus caderas, era el instinto el que actuaba por ella, el instinto y el deseo más atroz.

De pronto, sintió que el placer la embriagaba y llenaba todo su ser, hasta dejarlo ir entre jadeos.

Duncan continuó moviéndose, embistiéndola con fuerza, estaba tan henchido de placer que sucumbió al orgasmo más atroz segundos después.

Ambos, jadeantes y enamorados, quedaron tendidos de lado uno frente al otro.

—¿Se puede morir de dicha? —susurró él de pronto.

—No tengo ni idea, pero si se pudiera, estaría encantada de que la parca me llevara siempre que fuera cogida de tu mano.

Y esa noche, sin haberlo planeado, Brooke y Duncan se amaron hasta el amanecer, y el alba los sorprendió desnudos y abrazados.



Capítulo 28

Brooke observó la masa informe compuesta por cabezas, tartanes y vestidos, su corazón latía con fuerza. No le gustaba el protagonismo y mucho menos recorrer un pasillo en el que sería el objetivo de todas las miradas. Respiró profundamente, el corsé oprimía en demasía su abdomen, que sentía hinchado por los nervios.

Murdo la acompañaba, ella misma había pedido que fuera él quien la entregara.

Estaba hermosa, tanto, que al ver su reflejo tuvo que pestañear varias veces para asegurarse de que era cierto, que ella era la bella mujer que la observaba majestuosa desde el espejo.

Duncan y su padre estaban de espaldas y los ecos de sorpresa comenzaron a caer cual lluvia fina, hasta que Brooke fue consciente de que no eran de admiración, sino de horror.

Pudo constatar que estaba en lo cierto cuando el *laird* se volteó a verla y abrió muchísimo los ojos, mientras su mirada se tornaba incendiaria.

De pronto, se acercó a ella a paso vivo y la agarró por el brazo con brusquedad.

—¿Qué clase de broma es esta? —inquirió el *laird*, furioso.

Brooke negaba con la cabeza, pues no entendía nada.

—¿Qué ocurre, padre…? —intervino Duncan.

—¡¡¿Es que nadie cumple mis órdenes en este lugar?!! —bramó fuera de sí.

El párroco observaba la escena sin dejar de persignarse, ¿pero qué demonios ocurría?, casi todos los asistentes al enlace parecían saberlo menos la novia.

Los invitados no dejaban de murmurar y en una de esas, Brooke escuchó:

—Es una bruja, ¿qué esperaba el *laird*?

—Quizá la muchacha no lo sabía, no creo que haya sido algo malintencionado.

—¿No me digas?, ¿así que nadie le dijo que ese vestido era de la hermana del *laird*, que en paz descanse…?

Brooke, con la respiración agitada, y unas ganas enormes de llorar, se zafó del agarre de John, que discutía en ese momento con su hijo, y se aproximó a la mujer que había dicho aquellas últimas palabras.

—Repítame eso, por favor… —suplicó llorosa.

—¿Cómo has podido faltarle el respeto al *laird* poniéndote el vestido de su hermana muerta?

La novia se aproximó a su suegro y le suplicó que la escuchara.

—¡¡¡No quiero escucharte!!! —bramó.

—¡Padre, no le grites, ella no sabía nada, estoy seguro de ello!

—No lo sabía, es cierto lo que dice su hijo. Siento mucho haberle ofendido, de verdad, no era mi intención, perdóneme —rogó sin poder dejar de llorar.

John clavó su mirada en ella, su intención era escrutar si mentía o no, mas no le dio tiempo a comprobarlo. Unos gritos hicieron que todos los allí presentes se voltearan a mirar.

En el umbral, recortando su silueta en la luz que entraba del exterior, se hallaba Ronald Mackenzie.

—¡¡¡Esta boda no puede celebrarse!!! —gritó a pleno pulmón.

John, que ya no esperaba la visita de su amigo, tragó saliva, estaba tan enfadado que no iba a atender a razones, lo sabía a ciencia cierta.

—Ron, lo siento —dijo John mientras se aproximaba hacia él.

—El que lo tiene que sentir es ese desgraciado de tu hijo.

—Lo sé y entiendo tu enfado, pero se trata de jóvenes, ya sabes cómo son. El muchacho se enamoró…

—¡¡¡Claro, se enamoró de otra después de dejar embarazada a mi hija!!! —vociferó Ronald con el rostro tan colorado que parecía a punto de estallar.

Todos los allí presentes emitieron sonidos de sorpresa y escándalo, sin embargo, hubo alguien que ya no pudo asumir lo que acababa de escuchar.

Brooke dirigió su mirada encendida hacia Duncan, que negaba con la cabeza una y otra vez.

—¿¿Cómo has podido?? —inquirió con un dolor enorme en el pecho, un dolor que casi le impedía respirar.

—Brooke, tienes que creerme, yo…

—¡Maldito seas, Duncan MacRae!, mi vida era tranquila hasta que tú te cruzaste en ella. Me has engañado del modo más vil. No quiero volver a verte en la vida.

Brooke corrió con las faldas alzadas, salió de la iglesia y se dirigió a la carrera hacia Eilean Donan. A su paso, las ramas de los árboles la arañaron, era como si quisieran retenerla, si bien, no lo consiguieron porque ella había tomado una decisión inapelable. Ese mismo día se

marcharía de Dornie, de Eilean Donan y de todo lo que tuviera que ver con los MacRae. Pensó en Eiden y sintió como si le arrancaran el alma, ¿cómo iba a dejarlo solo? Separarse del niño implicaría su propia muerte, daba fe de ello.

En sus pensamientos, que viajaban a la velocidad de la luz, no se percató del gran charco de barro que había en el puente que conducía al castillo, resbaló y cayó de bruces al suelo.

Allí dio rienda suelta a su dolor y se prometió a sí misma que clausuraría su corazón, que le haría una coraza y la cerraría con una llave de hierro. Jamás volvería a dejar entrar al amor, porque el amor dolía, porque era capaz de llenarte de dicha y de hacerte desgraciada en un solo segundo.

—Amor, aléjate de mi vida, porque mi vida ya no quiere amor.

Hacía días que aquella voz no la visitaba, que no la intentaba guiar ni le reprochaba sus acciones. El romance con Duncan la había cegado hasta tal punto que ni se había percatado de ello, bueno, más bien la había dejado sorda.

—¿Quién eres, maldita sea?, ¿y por qué has vuelto precisamente ahora? —masculló Brooke con el rostro y el vestido manchado de barro.

Ante sí apareció una mujer joven, de belleza etérea, que portaba el mismo vestido de novia que ella. Su mirada era transparente, como si las cuencas de sus ojos estuvieran menos presentes que ella misma.

—Me llamo Arya MacRae, y tengo una historia que contarte.



Capítulo 29

Eilean Donan otoño de 1527

Arya agachó la cabeza con el alma envuelta en consternación. Su padre había desoído sus súplicas de nuevo. No quería casarse con aquel gigante del clan Logan. Según él, para limar asperezas entre clanes y comenzar una relación comercial beneficiosa para ambas familias.

—Padre, me dobla la edad y no me gusta cómo me mira —sollozó Arya.

John, de quince años, la observaba muy triste, adoraba a su hermana y le parecía muy injusto que su padre la obligara a casarse con ese hombre del clan enemigo por puro egoísmo. Si bien no se atrevía a contradecir a su progenitor y permanecía en silencio.

En la chimenea prendía un fuego vivo que calentaba en parte la gran mesa del salón donde la familia se hallaba sentada, degustando la cena.

—¡No te casaría con un mal hombre, hija!, deberías confiar en mí y pensar en que hago lo

mejor para ti y tu hermano. Tu madre, que en gloria esté, apoyaría mi decisión, estoy seguro de ello.

—Madre me dijo siempre que no me casara si no era por amor.

—Mientes, tu madre jamás diría tal cosa. Nuestro matrimonio fue bueno y fueron nuestros padres los que eligieron por nosotros. Los padres conocemos muy bien a nuestros hijos, más de lo que os conocéis vosotros mismos, por ello sabemos lo que os conviene, y Errol Logan es un magnífico candidato para ser tu esposo.

—¡Pero no quiero casarme con él!, ¡¡me repugna!! —bramó la muchacha.

—Jovencita, no te permito que me grites, y mucho menos que pongas en duda mis decisiones. Así que vete a tus aposentos y no salgas hasta que yo te avise.

—Padre, ¿y si espera un poco más para casar a Arya?, todavía es muy joven… —se envalentonó John de pronto.

—¿Quién te ha dicho que puedes inmiscuirte en mis asuntos, mocoso? —inquirió el *laird*.

Arya se levantó de la silla y salió a la carrera del salón.

—Padre, no quería meterme donde no me llaman, pero Arya está muy triste y tiene razón al decir que ese hombre la mira de un modo extraño. Le tiene miedo y yo creo que casarte con alguien que te da miedo no debe ser agradable, ¿cierto? —razonó el muchacho.

—¡Cállate! Y vete a entrenar; si quieres ser un gran guerrero, has de ser constante, y tú te pasas el día mirando las telarañas del techo…

John se levantó de la silla y se dirigió a los aposentos de su hermana. Llamó a la puerta, pero esta no abrió.

Escuchó voces furtivas en el interior de la estancia.

Sonrió, las habitaciones se comunicaban y Arya nunca cerraba. John entró en sus aposentos y se dirigió a la puerta divisoria. La entreabrió solo un poco, lo suficiente para poder ver qué ocurría en el interior de la alcoba.

Abrió la boca, sorprendido, cuando vio que un muchacho abrazaba a su hermana y se besaban.

—Vayámonos juntos, escapemos de tu padre y de lo que implica pertenecer al clan. Yo te amo, Arya… Te amo y si te casas con él no voy a poder soportarlo.

—Mi padre me tiene vigilada, y si nos sorprende escapándonos, te matará. Ya es muy arriesgado que estés aquí —dijo la muchacha entre gimoteos.

—Prefiero correr el riesgo a vivir toda la vida lejos de ti, a sabiendas de que un malnacido te tiene bajo sus garras —dijo el muchacho con determinación.

—¿Y cómo lo haremos?, no queda tiempo, la boda es mañana.

—Siempre hay tiempo, Arya, no descansaré hasta salirme con la mía, te lo juro. Tú sigue con lo referente a la boda.

—Si el párroco bendice la unión, estaré perdida.

—No lo hará, confía en mí.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro por mi propia fidelidad eterna.

—¿A qué te refieres con eso?

—A que si no eres tú, no será ninguna, te lo juro, como que mi nombre es Murdo.



Capítulo 30

A Brooke se le erizó todo el vello del cuerpo cuando escuchó quién era aquel muchacho por el que Arya MacRae bebía los vientos y las tempestades.

—Entonces, ¿no entiendo?, ¿por qué Murdo no se dio cuenta de mi metida de pata?, ese vestido te pertenecía —inquirió Brooke, que se hallaba apoyada en el pretil del puente.

—*Él nunca me vio vestida de novia…*

—¿Por qué?, ¿qué ocurrió?

—*Mi hermano pequeño habló con la persona equivocada y le contó mis planes.*

—¿Con quién?

—*Braden, su primo hermano. Un mal hombre dominado por la envidia, por suerte para los MacRae, fue desterrado hace ya mucho tiempo.*

—Pero si está desterrado, ¿no puede volver y cobrarse su venganza?

—*No lo creo, ya dejó el mundo de los vivos. Cuando se hace el mal, tarde o temprano*

alguien se ensaña contigo.

—Entonces, John se lo contó todo a su primo… Y este fue con el cuento al *laird*, imagino.

—*Peor que eso, se lo dijo a Errol Logan y este obró en consecuencia.*

—¿De qué manera? —preguntó Brooke, que con todo aquel asunto se había olvidado por un rato de lo acontecido en la iglesia.

—Me encerraron en las mazmorras y me dieron una paliza. Fue casualidad que mi padre, el segundo al mando del clan, me encontrara al día siguiente. —Murdo apareció en su campo de visión y se sentó junto a ella, en el pretil.

—¿Tú también la ves? —inquirió Brooke, sorprendida.

—No, muchacha. Solo me visita en sueños. He tardado en comprender qué ocurría en la iglesia, cuando me he enterado, he venido a buscarte. No he podido evitar escuchar parte de la conversación y he atado cabos.

El espectro de Arya se aproximó a Murdo y posó su mano en el hombro del *highlander.*

—Te está tocando, Murdo —sollozó Brooke.

—Lo sé, así siento su presencia, además de en los sueños donde la revivo cada noche.

—*Dile que yo no me quité la vida, que fue Errol quien me repudió al darse cuenta de que ya había yacido con otro hombre y acabó conmigo, lanzándome por aquella ventana* —musitó Arya.

Brooke se llevó las manos a la boca y la congoja la venció, aquello era tan triste. Entre balbuceos le dio el mensaje a Murdo.

Este, sin poder contener la emoción, abrazó a Brooke.

—Gracias, muchas gracias, no sabes cuánto tiempo he vivido atormentado por el final de mi Arya. Sabía que ella no se había quitado la vida, que la habían enterrado fuera de suelo consagrado injustamente.

—*Dile que es libre de volver a amar. Que su destino ha de ser dulce y no amargo, que es un buen hombre y se merece lo mejor, que no quiero que viva con la culpa como única compañera. Díselo, por favor.*

La curandera le transmitió el mensaje a Murdo.

—Muchas gracias, vida mía. Ojalá hubiéramos podido formar aquella familia de la que tanto hablábamos, te amo y te amaré siempre, por la eternidad, como te prometí aquel día…

—*Yo te libero de esa promesa, eras un niño, ¡por Dios!* —refunfuñó Arya y Brooke no pudo evitar reírse.

Momentos después, un carruaje apareció en el puente; era el mismo que había utilizado ella para ir a la iglesia.

De pronto, el vehículo se detuvo y del pescante descendió Duncan y del habitáculo de este, Ronald Mackenzie.

—Tiene que ayudar a mi hija, por favor, se lo ruego —suplicó el *laird* de los Mackenzie.

—Está perdiendo mucha sangre —intervino Duncan con la camisa manchada por el líquido carmesí.

Brooke asintió con la cabeza y subió al carruaje. Cuando de salvar una vida se trataba, ella jamás hizo o haría distinciones, aunque fuera la mujer con la que Duncan la había traicionado.

Los labios de Fiona estaban teñidos de un color violáceo que no presagiaba nada bueno. Brooke le había puesto varios paños entre las piernas, para contener la sangre que manaba sin cesar.

—Brooke… Brooke —balbució la muchacha.

—Tranquila, no hables —respondió la curandera con aplomo.

En su mente, el acertijo de Arya se reproducía una y otra vez, nada más subir al carruaje

comprendió a qué se refería con eso de lo que ocultaba Fiona bajo su piel.

—No puedo quedarme callada, necesito que me escuches, no me queda mucho tiempo.

—No digas eso, te pondrás bien.

Fiona negó.

—Sé que voy a morir, y lo quiero hacer en paz.

—Tienes que descansar… —susurró Brooke mientras acariciaba la mejilla de la muchacha.

Fiona posó su mano sobre la de ella.

—Duncan no es el padre de mi… —Fiona se echó a llorar, ¿podía llamarle hijo?, aquel bebé jamás llegaría a nacer, había sangrado casi todo el trayecto desde el castillo Leod, trayecto que había hecho a caballo, sin pensar ni tan siquiera el daño que ello podría hacerle.

Brooke la observó con los ojos entrecerrados.

—¿No fue él quien te dejó encinta? —inquirió la curandera.

—No, no fue él. No he yacido con Duncan MacRae. Siempre me trató con respeto y te aseguro que ambos hemos mantenido las distancias.

Una punzada de dolor atenazó el pecho de Brooke. Había desconfiado de su hombre, no lo había creído cuando este le había asegurado no haber hecho nada. Brooke estuvo tentada a preguntarle quién había sido el afortunado, si bien no era el momento de chismes, aquella muchacha, a quien siempre había llamado escoba, estaba a un paso de cruzar la línea entre la vida y la muerte, así que se limitó a intentar mitigar su fiebre y a rezar para que la partera llegara pronto y pudiera dar noticias más halagüeñas.

La partera arribó tarde, había tenido un día ajetreado en Dornie, tres mujeres parecían haberse puesto de acuerdo para parir a la vez, y ella era la única con la que contaban.

Era una mujerona de cabello entrecano y maneras algo bruscas. Nada más entrar, le pidió a Brooke que saliera de la estancia.

—Puedo ayudarla, lo he hecho en algún que otro parto.

—Esto no es un parto normal, muchacha, esa criatura nunca llegará a nacer, está de muy poco tiempo.

—Mi pequeño —balbució Fiona.

—Si quieres ayudar, trae paños limpios y pide que hiervan agua.

Brooke asintió, ella ya había provisto el lugar de agua y paños, aquella mujer no quería ayuda, así que salió de la estancia con un sentimiento de culpa atroz, al menos hubiera servido como apoyo a Fiona, que le inspiraba una lástima enorme.

Se sintió culpable al haberse burlado de ella llamándola escoba y otras lindezas, si bien, cuando de rivales amorosos se trata, nadie está libre de pecado, ¿no dicen que todo se vale?



Capítulo 31

Ronald permanecía de pie junto a la puerta de la alcoba donde habían metido a su hija hacía ya varias horas. Duncan se aproximó a él, con la intención de decirle que estaba equivocado, que no tenía nada que ver con el embarazo de Fiona. Si bien, aquel no era el momento más adecuado para andar justificándose, por ello, intentó en su lugar darle ánimos al buen hombre, ánimos que este se tomó como una burla.

—No te atrevas a dirigirme la palabra, malnacido, y reza para que a mi hija no le ocurra nada, o lo lamentarás el resto de tus días.

En ese momento, Brooke salía de la habitación, así que oyó las palabras del *laird* de los Mackenzie.

—Duncan no dejó encinta a Fiona —soltó sin florituras.

Ronald se volteó y fulminó a Brooke con la mirada.

—Por Dios, no seas ingenua, muchacha. Este malnacido deshonró a mi pequeña y pagará por ello… —espetó henchido de ira.

—Le repito que no fue él, la misma Fiona me lo confesó —se ratificó la curandera, mientras dirigía la mirada a Duncan.

—Brooke tiene razón, *laird*, yo jamás yací con su hija, siempre la respeté y ella a mí —aseguró el joven.

—Entonces, ¿ha sido obra del espíritu santo?, ¿voy a ser el abuelo del nuevo mesías? Le confié mi mayor tesoro a tu padre, tenía fe ciega en él, es más, era como un hermano para mí. Pero no fue capaz de cumplir con su promesa y ahora mi niña se desangra ahí dentro. —La ira dio paso a las lágrimas.

Brooke se acercó al hombre y le habló con dulzura:

—No llore, *laird* Mackenzie, Fiona es una muchacha fuerte, estoy segura de que saldrá de esta.

—No lo creo… La culpa es mía, la noticia de su embarazo me nubló el juicio y salí sin mirar atrás de Leod. Nunca imaginé que ella me seguiría, de haberlo sabido, me habría quedado quieto en mi maldito castillo.

—No se culpe por ello, a su hija no le gustaría. Ha de tener fe, es lo que necesita en estos momentos Fiona —dijo Brooke con el fin de tranquilizar al hombre, aunque ella misma no tuviera esperanzas de que la que había sido su rival se salvara.

—Mi hija… Mataré a ese desgraciado con mis propias manos cuando sepa quién es —escupió las palabras—. Ahora, señorita, prefiero que me deje a solas con mi odio, es la única compañía que necesito en estos momentos.

Duncan le dedicó a Brooke un asentimiento de cabeza y ambos se alejaron de la puerta y, como por inercia, salieron al patio de armas.

—Duncan, yo… Siento haber dudado de ti —rompió el gélido silencio Brooke.

Él la observó con una expresión indescriptible que la muchacha no supo descifrar, pues no tenía por bandera la afabilidad, ni el ansia de ser besado, más bien, la dominaba el frío de los polos de la Tierra o la helada más letal.

—Disgustaste a mi padre poniéndote el vestido de mi tía muerta, y para rematar tu hazaña, dudas de mí, de mi compromiso para contigo —dijo con voz áspera.

—Yo no sabía a quién pertenecía ese vestido, ahora lo sé, y puede que te parezca una locura, pero llevaba semanas escuchando la voz de esa mujer, reprendiéndome y dándome lecciones. De haber sabido de quién era, hubiera rehusado ponérmelo.

—¿Rehusado?, ¿quién te propuso que te pusieras ese vestido? —inquirió Duncan.

—Nadie, ¿he dicho rehusado?, no, yo lo encontré y me pareció hermoso. Lo arreglé y me lo puse —mintió Brooke.

La realidad era que Sophie lo había traído una mañana a sus aposentos. Cuando Brooke le preguntó de dónde lo había sacado, ella le respondió que lo encontró en una antigua habitación del servicio, en un arcón. Que dicha habitación había pertenecido a una antigua ama de llaves fallecida un tiempo antes.

—Me estás mintiendo, solo hay que ver cómo se apagan tus ojos cuando lo haces.

—No, Duncan, te estoy diciendo la verdad, yo encontré el vestido, lo arreglé y pensé que era hermoso…

—¡Oh!, ¡vamos!, déjalo ya, deja de repetir lo mismo una y otra vez. Ni tú crees en tus palabras. Además, ¿qué es eso de que oyes la voz de la dueña del vestido?, empiezo a pensar que estás completamente loca.

—Jamás lo comprenderías. Pregúntale a Murdo, él te lo explicará.

—¿Murdo?, ¿qué tiene que ver el segundo al mando en todo este embrollo?, ¿acaso también

escucha la maldita voz?

—¿Sabes qué, Duncan?, ahora mismo no te reconozco, bueno, quizá sí, me recuerdas al hombre hiriente que conocí hace unos meses, puede que en realidad seas ese y no el hombre gentil que me hizo el amor anoche. No sé si quiero casarme con el primero —sentenció la muchacha antes de alejarse a la carrera de Duncan.

Él se quedó en medio del patio, reprochándose a sí mismo su comportamiento infantil. No había sido capaz de decirle: «¡Maldita sea!, llevaba meses escuchando esa voz y creí que me estaba volviendo completamente loco». No, en su lugar había tirado de la lengua a la mujer que amaba, y no solo eso, su enfado por haber dudado de él se había ocultado tras la supuesta ofensa a su padre.

∞∞∞

John caminaba de regreso al castillo. Aquel día había sido un verdadero infierno. No solo por la boda frustrada, sino por lo que vino después. Estaba enfadado y le pediría a su hijo las pertinentes explicaciones. También lo obligaría a casarse con Fiona, las relaciones entre los MacRae y los Mackenzie no podían romperse por el capricho de un muchacho sin entendederas.

La imagen de Fiona Mackenzie entrando en la iglesia con sus ropas ensangrentadas golpeaba en su mente una y otra vez. Era consciente de que Ronald no perdonaría con facilidad aquel agravio. Pero él cumpliría, claro que lo haría. Por lo pronto, echaría de Eilean Donan a Brooke ese mismo día. El bebé ya era lo suficientemente grande como para prescindir de las ubres de semejante desgraciada.

Así que en cuanto se cruzó con ella en el puente, vio la ocasión perfecta para llevar a cabo su plan.

—Brooke Gowdie. Maldigo el día en que entraste a mi casa. Te di techo y comida. Estuviste a punto de casarte con mi hijo. Confiaba en ti, mas traicionaste mi confianza, te burlaste de mi clan con tu ofensa. Así que ya no eres bienvenida en Eilean Donan y no es necesario que recojas tus cosas. Alguien se encargará de llevártelas a Beauly.

—*Laird* MacRae, déjeme que le explique, yo no sabía que ese vestido era tan importante para usted, lo siento muchísimo.

A la mente de John acudió una imagen y el dolor se hizo presente de nuevo.

Solo tenía quince años y aquella mañana paseaba por los alrededores del castillo. No había podido dormir, y esperaba ver a su hermana para disculparse con ella. Fue un gran error contarle a Braden lo que había visto. Confiaba en su primo, jamás pensó que soltara la lengua y se lo contara al prometido de su hermana.

Agarró una piedra y la lanzó al lago. Muy cerca, las gaviotas emitían graznidos desesperados, tal parecía que se peleaban por la comida. John se acercó a curiosear, ¡maldita la hora!, podría haberla encontrado otro, no él.

Ante sí, con los ojos picoteados y vacíos, el vestido manchado de sangre y la expresión de dolor más lacerante que había visto en su vida, se hallaba su hermana mayor, su Arya.

No pudo menos que arrodillarse frente a ella y llorar, llorar como un niño pequeño, de un modo desgarrador que a todos alertó.

John volvió al momento presente. Las lágrimas se habían apoderado de él, y no, no podían verlo flaquear, él era el *laird*.

Brooke trataba de explicarle algo, pero él no la oía, tan solo pudo reunir toda su ira y

gritarle: «¡¡¡vete!!!».



Capítulo 32

Eilean Donan, verano de 1562

Ayla estaba perdida en sus pensamientos, la vejez se había apoderado de ella de un día para otro. Ya no era la vigorosa mujer que podía con todo, por el contrario, hasta levantarse de una silla suponía para ella un esfuerzo soberano.

Estaba muy mayor y había perdido la cuenta de las canas que poblaban su cabeza, antaño dotada de una hermosa cabellera ondulada y castaña. Ahora era poco más que un compendio de cabellos débiles, que le caían desangelados por la frente y los hombros.

Gaira conducía la calesa y suspiraba a cada momento.

—No sé si ha sido buena idea volver a Dornie —apuntó Gaira atenazada por los recuerdos que, indeseables, volvían a su mente.

—He de volver, quiero morir aquí, en el lugar donde te crie y fuimos felices —intervino

Ayla con aplomo.

—Madre, mi infancia fue feliz, sí, mas en este lugar perdí a mi hijo y…

—No sigas, sé toda la historia. Aquí conociste el amor y ese amor acabó por engullirte —refunfuñó Ayla.

—En ningún momento he hablado de ese tema, y te agradecería, madre, que no volvieras a mencionar a ese malnacido —espetó Gaira.

—Hija, el pasado siempre vuelve a ti, te encuentra. Por ello he preferido salir yo a buscarlo, para que sepa que no tengo miedo —argumentó la madre en un tono que a Gaira preocupó.

Ayla estaba enferma desde hacía unos meses. Su salud se debilitaba a pasos agigantados. La había visitado una curandera y le había dicho que había enfermado por los remordimientos, que estos corroían su alma, hasta hacer enfermar también su cuerpo.

Aquella explicación no convenció a Gaira, si bien decidió prepararse para lo peor. Su madre ya era muy anciana y se había pasado la vida pegada a sus faldas, después del drama que rompió su vida, jamás había vuelto a acercarse a un hombre con otros fines que no fueran los de venderle la cerveza que fabricaba.

Ayla, por el contrario, no dejó de sollozar durante días, y por la noche se despertaba gritando, muy asustada. Cuando Gaira le preguntaba qué le ocurría, ella contestaba que la muerte la acechaba, pero que la había amenazado con llevársela al infierno si no ponía sus asuntos en orden.

Gaira estaba segura de que a su madre se le había nublado el juicio a causa de la edad, no era la primera vez que se topaba con personas a las que les había ocurrido, llegando incluso a olvidarse de sí mismos.

De pronto, Gaira divisó lo que tanto temía volver a ver, Eilean Donan, que se alzaba majestuoso a lo lejos. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. John, ¿cómo estaría John?, ¿habría envejecido?, ¿perecido en batalla?, ¿muerto de enfermedad? Se enfadó consigo misma por dedicarle un segundo de su tiempo al hombre que le había arruinado la vida. Tenía que volver a Dornie porque era la última voluntad de su madre moribunda, mas solo se quedaría el tiempo suficiente para que esta exhalara su último aliento; luego, partiría e intentaría seguir con su vida en otro lugar, con otras gentes, pero sola, no sabía si podría acostumbrarse, jamás lo había estado, no del todo.

Se internaron en el bosque, su intención era ver si su antigua casa todavía estaba en pie. De lo contrario, buscarían algún lugar donde vivir en el pueblo, además, no perdían nada por comprobarlo.

No esperaban encontrarse nada, quizá ruinas, habían pasado muchísimos años. Sin embargo, no fue eso lo que hallaron.

—Dios mío —dijo Ayla llevándose la mano a la boca—, está intacta.

Gaira estaba más que sorprendida, pues no solo parecía que no hubiera pasado el tiempo, sino que era como si alguien se hubiera tomado la molestia de mantener el lugar como si todavía ellas vivieran allí.

Detuvo la destartalada calesa y, tras descender del pescante, ayudó a su madre a bajar. Esta, apoyada en un bastón, se aproximó a la casa y tocó la puerta. Miles de recuerdos apresaron su mente.

Gaira se acercó a ella y empujó el portón. Las recibió a ambas su antiguo hogar, tal y como lo habían abandonado casi tres décadas antes.

—¿Cómo puede ser? —inquirió Gaira deslizando el dedo por uno de los muebles, ni siquiera había polvo.

Ayla se encogió de hombros.

—Es como si alguien se hubiera tomado la molestia de dejarla preparada; quién sea, sabía que volveríamos a Dornie —intervino la anciana.

A la mente de Gaira llegó una idea fugaz, como un pálpito, que desechó de inmediato.

No, aquello no podía ser. John la había repudiado, era poco probable que se hubiera encargado de cuidar su humilde morada.

—Sea como fuere, aquí estamos, hija, voy a sentarme, necesito descansar.

—Madre, ¿y si viven otras personas aquí? —preguntó Gaira, con los ojos entrecerrados.

—¿Y en todo este tiempo no han cambiado ni un solo mueble?, todo lo que hay aquí es nuestro, así que la casa también lo es —sentenció la madre sentándose en su antiguo sillón.

Gaira alzó los hombros. Si la casa era de alguien, ya daría señales de vida. Salió al jardín y rodeó la propiedad con el corazón en un puño. Ahí seguía la tumba de su hijo, que, para su sorpresa, estaba adornada con flores frescas.

La *alewive* se arrodilló frente a la lápida y la acarició.

—Irvin, mi pequeño. ¡Mamá ha pasado tanto tiempo alejada de ti!

Las lágrimas afloraron de los ojos de Gaira, era como si el tiempo no hubiera transcurrido y su dolor la golpeara con más fuerza que nunca. Recordó la cabecita de su bebé, su pelo fino y negro. Le gustaba besarla y aspirar el olor del recién nacido.

También se hizo presente el recuerdo del fatídico día que volvió a su casa después de un largo viaje, para encontrarse solo aquella tumba y a su madre destrozada. Ayla jamás levantó cabeza desde que su nieto murió. Sí, había sido la mujer fuerte de siempre hasta que la enfermedad se cruzó en su camino, no obstante, su carácter cambió y una sombra de desdicha tiñó sus ojos de amargura.

Gaira siempre pensó que su madre se sentía mal porque Irvin murió en sus brazos, mientras estaba a su cargo. También por haberle insistido en hacer aquel viaje.

Comenzó a rezar, ni sabía el tiempo que hacía que no juntaba sus manos y pedía algo. En esta ocasión era para que Dios cuidara el alma de su pequeño, tal y como alguien se había encargado de mantener su hogar.

De pronto, escuchó un crujido tras de sí y dio un respingo.

—Hija, entra en casa, parece que va a llover —dijo su madre, que, apoyada en su bastón, la observaba con el rostro embargado por la consternación.

Gaira asintió, se levantó y fue a reunirse con ella.

Ayla notó un dolor agudo en el brazo izquierdo y se detuvo.

—¿Estás bien, madre? —inquirió Gaira con preocupación.

—Sí, hija, no me queda mucho tiempo. Necesito que me lleves a un lugar, ¿lo harás por mí? —suplicó la anciana en un tono apenas audible.

—Sí, madre, claro que lo haré, pero no digas tonterías. Todavía te queda mucho que batallar —mintió Gaira, pues sabía que el inminente final de su madre estaba cerca.

—Muy bien, eres una buena hija, siempre lo has sido. Necesito que me lleves a Eilean Donan.



Capítulo 33

John llegó al castillo entre gruñidos, halló a Murdo en el patio de armas y le preguntó por su hijo. Duncan, que había escuchado vociferar a su padre, acudió raudo a su encuentro.

—Hijo, tenemos que hablar —dijo con autoridad.

—Yo no he dejado encinta a Fiona, padre —replicó Duncan con determinación.

—Pues Ron asegura que así ha sido, por ello, y por el honor de la muchacha, te casarás con ella hoy mismo, y no voy a aceptar una negativa por tu parte. Así tenga que amenazarte con una daga mientras lo haces.

—Padre… ¡¿Por qué nadie me escucha en este lugar?!, que yo no he yacido con Fiona Makenzie, que con la única que lo he hecho es con Brooke, ¡¡¡por todos los demonios!!!

John frunció el ceño.

—Ah, ¿no? —preguntó el *laird* rascándose la cabeza.

Duncan negó.

—La misma Fiona se lo ha confesado a Brooke cuando esta pensaba de igual forma que tú. Y es que no entiendo por qué todos pensáis de mí tal cosa, en ningún momento me he acercado a la señorita Mackenzie más de lo necesario.

—Brooke. Hablando de ella. La he desterrado.

—¿Que has hecho qué? —inquirió Duncan, horrorizado por las palabras de su padre.

—Estaba furioso y pensé que la culpa de todos nuestros males la tenía ella, pues desde que llegó aquí, parecen haberse trastocado nuestras vidas.

—Pero si tú la trajiste, padre. Y fue precisamente por eso, porque la desgracia parecía haber caído sobre nosotros.

John agachó la cabeza.

—Lo sé, tienes razón. No sé qué me ha pasado. Verla con ese vestido, precisamente con ese, me han dado ganas de agarrarla del cuello allí mismo y de cometer una locura. Y para colmo de males, aparece Ronald propagando a los cuatro vientos que mi hijo ha dejado embarazada a la suya.

—Y te entiendo, padre. Mas no que la hayas echado de nuestras tierras, así que voy a ir a buscarla. Yo tampoco la he tratado demasiado bien, espero que sepa perdonar mi estupidez.

∞∞∞

Ni siquiera pensó en refugiarse en la casa de Gaira, sabía que la mujer la haría cambiar de idea. Era la madre de Duncan, aunque no hubiera tenido a bien sonsacar al que había sido su prometido para que le contara por qué esta vivía en una pequeña casita en medio del bosque y era humilde, mientras su padre era el *laird* del clan.

Quiso incluso invitarla a la boda y Duncan se negó, dijo que ella nunca lo aceptaría.

Brooke anduvo por el bosque, sin abrigo, sin comida, sin nada que la ayudase a sobrevivir en caso de encontrarse a cualquier desalmado. Sola.

Jamás le había tenido miedo al bosque, pero ese era desconocido para ella. En Beauly era capaz de caminar entre los árboles a ciegas, nunca se perdería. Siempre que no se acercara a los terrenos de los Mucan, una familia de la que corrían rumores terroríficos, no habría problema. Sin embargo, en aquel lugar, los árboles se le antojaban monstruos enormes para los que era una forastera y, en el peor de los casos, una presa con la que alimentar sus centenarias raíces.

Se había pasado horas llorando mientras caminaba, hasta que halló un pequeño claro donde el sueño la venció al raso. Era tanta su tristeza, que no fue consciente de la humedad de la tierra donde descansaba, ni de las piedras que se clavaban en sus caderas, ni de las alimañas que la acechaban en cada rincón, tampoco de aquellos árboles vigías que tanto la habían asustado unas horas antes. Ahora todo era dolor y cansancio.

Abrió los ojos y sintió su cuerpo agarrotado y dolorido. Se desperezó, tenía el pelo lleno de hojas. Se levantó y notó como le rugían las tripas. La sed también hizo acto de presencia con ganas, así que decidió buscar un lugar dónde beber.

Halló un pequeño riachuelo varias horas después, cuando estaba a punto de desfallecer, y bebió con ansia. Siguió caminando mientras rezaba para poder encontrar agua la próxima vez, ya que no llevaba nada con qué guardarse para el resto del camino.

∞∞∞

Mientras tanto, Douglas buscaba con ahínco vociferando el nombre de su amada sin cesar, no había ni rastro de Brooke. Él iba montado en su caballo, Murdo lo seguía.

El segundo al mando se enfadó muchísimo cuando Duncan le pidió que lo acompañara y le explicó los motivos. No entendía la actitud de su *laird* para con la chica.

—¿Dónde debe haber ido? —preguntó nervioso el joven.

—Quizá haya vuelto a Beauly, o, al menos, trate de hacerlo.

—Se ha ido sin nada, Murdo, ¿sabes lo que eso significa? —inquirió Duncan.

—Lo sé, muchacho, pero no entres en pánico, Brooke es una mujer fuerte, estoy seguro de que sabrá cómo llegar a su hogar sana y salva.

—Sí, puede que sea una mujer fuerte y valiente, no te lo discuto; no obstante, es casi de noche y está sola. Si algo malo le ocurriera, no podría perdonármelo jamás.



Capítulo 34

Estaba famélica, había perdido la cuenta de las horas que llevaba caminando. Se reprendió a sí misma por haber sido una inconsciente; de haber acudido a Gaira, ella le habría proporcionado un caballo y comida para el camino. Sin embargo, el dolor por las hirientes palabras de Duncan, y el posterior destierro por parte del laird, la habían hecho huir despavorida, sin mirar atrás y con la pena enorme de dejar a su hijo sin los brazos dulces donde ella lo acunaba.

Lo recordó y las lágrimas volvieron a hacer acto de presencia.

La imagen de su tía Isobel acudió a su mente. Negaba con la cabeza y la animaba a seguir su camino, a alejarse del dolor. En los últimos tiempos, Brooke había visto como sus tías la sobreprotegían, ahora sabía por qué. Todas las mujeres Gowdie le tenían miedo al amor, un miedo que habían heredado de sus ancestros, mujeres condenadas a estar solas o a perecer en el intento de ir a contracorriente, como le ocurrió a su madre.

Tan distraída iba, que no se percató del enorme abismo que se presentaba ante ella, que, prácticamente camuflado por el follaje, le pasó totalmente inadvertido. Brooke cayó al vacío,

mientras las ramas y las piedras laceraban su piel. El tiempo de la caída se le hizo eterno y recordó toda su vida, desde que solo era una pequeña pelirroja obsesionada con aprender a utilizar el arco, la daga y todo lo que pudiera representar una defensa para ella en el futuro. No obstante, sus tías no alentaron aquel instinto, incluso una vez escuchó que era igual que su progenitora y que ya sabían cómo había acabado por ser una Gowdie totalmente diferente al resto. Libre, guerrera y enamorada.

El golpe en el suelo fue aparatoso, aunque algo amortiguado por el lodo que bañaba el fondo de aquel pozo sin agua.

Brooke quiso incorporarse, pero se notaba mareada, se había golpeado la cabeza y una punzada la aturdía.

Duncan se aproximaba a ella, la tomaba de la mano y la estrechaba entre sus brazos. Eiden se acercaba caminando con sus torpes pasos. El pequeño había comenzado a caminar y eso la llenaba de dicha.

—Nuestra familia, mi amor —susurró el highlander *mientras depositaba un suave beso en sus labios.*

Brooke mantenía los ojos cerrados. Pensó que en aquel beso podía morir en paz.

—Os amo, sois toda mi vida —balbució.

De pronto, aquel vergel de felicidad que disfrutaba con sus dos amores se oscureció ante ella. Duncan se había transformado en una figura de barro, que poco a poco se deshacía hasta convertirse en un lodazal. Eiden alzaba sus bracitos y pedía ayuda. Brooke intentaba salvarlo, mas no podía evitar que sufriera el mismo destino que su padre. Se agachó y soltó un alarido animal mientras palpaba el suelo embarrado con las manos.

Abrió los ojos, su corazón palpitaba con fuerza y respiraba con agitación. Dio gracias al cielo porque aquello no hubiera sido más que una ensoñación. Evocó su caída al abismo, esa que le recordaba que, si todo va mal, aún puede ir peor, y que para salir del agujero no hay que seguir cavando. Así que reunió fuerzas, aunque pocas ya le quedaran, e intentó trepar.

Varias veces se cayó y se hizo más raspaduras en rodillas y codos de las que ya tenía, mas no decayó su determinación.

—Saldré de aquí, lo haré —masculló antes de resbalar de nuevo y dañarse un pie.

Soltó un grito, probablemente se había torcido el tobillo.

—¡¡¡Maldita sea!!!

Se dejó caer en el suelo y se tumbó bocarriba, su cabello rojo estaba completamente manchado de barro, así que ya no le importaba, aunque fuera del todo desagradable la sensación.

De pronto, el pozo se iluminó con una luz azulada que llamó la atención de la muchacha de inmediato. Brooke se incorporó y dirigió la vista al lugar de origen de dicha luz. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio ante sí un fuego fatuo en tonos verde y azul.

El espectáculo era cuando menos impresionante. Su tía Lottie siempre le contó que ese tipo de fuegos eran almas errantes que te conducían a destinos poco claros y que había que temerles, porque no siempre eran buenos, pues podían llevarte a la perdición e incluso a la muerte.

Si bien, ¿qué tenía ella que perder?, si aquel fuego estaba allí, ante ella, por algo era.

—Pequeña, mi pequeña —se escuchó una voz suave que provenía de la llama.

Brooke sintió un escalofrío que recorrió su cuerpo y se perdió en la nuca. Era ella, jamás se le había presentado, pero estaba segura de lo que intuía, que aquel fuego ondulante era el alma de su madre muerta.

—Madre…

—Tienes que salir de aquí, has de cumplir con tu dulce destino y te aseguro que no es morir

de inanición en un pozo. No, tú, mi pequeña Brooke, viniste al mundo para llenarlo de luz y tener una vida muy larga, hasta que esa hermosa cabellera que heredaste de tu padre se torne blanca y tu carita de ángel se cubra de arrugas.

—Lo siento mucho, madre. Siento haber sido la causante de tu muerte —gimoteó Brooke.

—No, mi niña. Tú no tuviste culpa de nada. En ocasiones, el destino es así, el mío era enamorarme y formar una familia, aunque la dicha se truncara demasiado pronto. Jamás me arrepentiré de haber seguido a mi corazón, así que, te invito a que hagas lo mismo, que las consecuencias no se conviertan en cadenas y mucho menos una vieja leyenda familiar que no tiene pies ni cabeza.

El fuego fatuo se convirtió en la imagen de una hermosa mujer de cabello rizado y de rostro joven y risueño. Brooke no pudo menos que emocionarse, jamás había visto a su madre, ni siquiera en un retrato, no sabía qué rostro tenía y se había mirado en infinidad de ocasiones al espejo, fantaseando con la idea de que podría ser muy parecido al de ella, no se equivocaba.

El alma de su madre se aproximó hasta quedar frente a la muchacha y la estrechó entre sus brazos. Brooke sintió el amor más grande y puro que jamás había acariciado su piel y la imagen de Eiden volvió a su mente. Cerró los ojos con fuerza y, cuando los abrió, ya su madre no estaba.

—Madre… No te vayas, quédate conmigo.

—No, hija. Sígueme y afronta tu destino…

El fuego se aproximó a un punto en el pozo, un punto que Brooke no había visto antes por la oscuridad del lugar. Aquel rincón tenía raíces enredadas de algún árbol, eran tan enormes que las podía utilizar prácticamente como peldaños.

Brooke rompió su falda y vendó rodillas, codos y comprimió su pie lesionado. Tal parecía que podía tener también alguna costilla rota, no obstante, a aquello no podía darle ningún tipo de solución en aquel momento.

Se armó de valor y comenzó a trepar con decisión. Cuando consiguió coronar su hazaña, el fuego desapareció ante ella.

—Adiós, madre… —susurró.

El viento se arremolinó a su alrededor y varias hojas la acariciaron, como si se tratara de la mano fina de una mujer. Brooke sonrió, ahora tenía las fuerzas suficientes como para seguir su camino.



Capítulo 35

Tor arribó a Eilean Donan, lo habían mandado llamar por petición de Fiona, que, tras dar a luz a su hijo prematuro y cadáver, se debatía entre la vida y la muerte. En un principio, el muchacho se mostró reacio; sin embargo, cuando el emisario le dejó claro que no tenía elección, que había sido una orden de su laird, no le quedó otro remedio que acudir a su llamada.

Estaba asustado, si la inconsciente de Fiona había sido capaz de confesarle a Ronald Mackenzie quién era el padre de su hijo, podía irle muy mal, así que pensó muy seriamente en huir, si bien, ¿a dónde iría? Leod era el único hogar que conocía, había nacido entre aquellos muros y era un miembro más del clan, aunque no quien él querría ser, pues era humilde.

Sería muy fácil casarse con Fiona y cobrar mayor importancia en el clan; no obstante, la muchacha tenía hermanos, él no sería *laird* jamás, a menos que ellos murieran y él no era un asesino; ambicioso sí, pero de ahí a matar a alguien…

Cuando vio que los hijos del *laird* lo rodeaban, cruzándose de brazos, en actitud desafiante,

supo que no le quedaba otro remedio que acudir a Eilean Donan con celeridad. Cail, el hijo mediano de Ronald Mackenzie, se ofreció a escoltarlo; a su lado era una mole pelirroja y bastante temible.

Los dos hombres hicieron el trayecto hacia Eilean Donan en silencio, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Al llegar a su destino, John MacRae en persona los recibió. Tras los saludos de rigor, el *laird* los condujo a las habitaciones. Cuando arribó a la que ocupaba Fiona dio unos toques en el portón.

Sophie abrió y los hombres entraron. El olor a sangre y a desolación inundó las fosas nasales de Tor.

Ronald se levantó de su asiento, no se había movido del lado de su hija en días e instó a los demás a que salieran de la estancia por expresa petición de la moribunda.

Cuando el *laird* Mackenzie pasó por el lado del muchacho, lo obsequió con una mirada que no dejaba lugar a dudas, la furia, acompañada de los demonios, lo seguían de cerca.

Al quedarse solos, Tor no supo cómo actuar. El mundo se le vino abajo cuando el rostro demacrado de su amante clavó sus ojos en él.

—Ven aquí, acércate.

Tor hizo lo propio con una mezcla de vergüenza y remordimiento.

—Fiona, ¿qué te ha ocurrido? —inquirió el joven tomando su mano.

—Yo solo quería ser amada y no por cualquiera, sino por ti.

—Por favor, no hables, estás muy débil —dijo el muchacho ya sin su habitual tono condescendiente/cínico.

—Quería ser tu esposa, formar una familia contigo, sentirme plena. Elegí mal, muy mal.

—Lo siento, lo siento, Fiona. Pero todo saldrá bien, me casaré contigo y enmendaré mi error. Criaremos juntos a nuestro hijo —intervino tomándola de la mano.

La muchacha la retiró como si le quemara.

—Tu error… Ese es el problema, que piensas que el fruto de nuestro amor fue un error. Yo no quiero eso, no quiero que nadie se quede a mi lado por cumplir con nada que no sea su propia voluntad.

—Para mí no eres un error. Fui un malnacido al tratarte como lo hice. Todo fue por mi inseguridad. Tú estabas tan arriba para mí, eras la hija del *laird* de los Mackenzie, mientras yo solo era un criado. Al saberte enamorada de mí, me sentí grande y quise imponerte mi superioridad, pero no era real, me sentía como un gusano.

—Ahora ya es tarde. Nadie debería sentirse humillado por la persona que ama, así que te he hecho llamar para decirte que pase lo que pase, viva o muera, jamás volveré a tu lado.

—Fiona, no digas eso, ¿y nuestro hijo?

—Mi hijo ya no será un problema para ti, nació muerto, Tor. Así que ya no tienes por qué casarte conmigo.

—Yo quiero hacerlo, Fiona, te amo. Me costó muchísimo admitirlo, pero te amé desde la primera vez que nuestras miradas se cruzaron, cuando solo éramos unos críos y no me permitían acercarme a ti.

Fiona soltó una risita.

—Tus palabras llegan tarde, Tor, demasiado tarde. Me estoy muriendo.

—No, Fiona, no digas eso. Eres una mujer fuerte, vivirás, vivirás y seré el padre de tus hijos, tu esposo, me enfrentaré a tu padre si es necesario. Así que, por favor, quédate conmigo, no me dejes, mi amor.

Las lágrimas afloraron de los ojos de Fiona, que, con su mano gélida y débil, acarició el

rostro de su amante.

—Bésame, por favor, róbame mi último aliento.

Tor, invadido por el dolor más fuerte que había experimentado en su vida, posó sus labios sobre los de la moribunda y le dio un dulce beso, el más tierno que jamás le había dado.

La recordó llena de vida entre sus brazos. Con su porte regio abandonado en un rincón, libre y desinhibida a su lado.

Fiona cerró los ojos y cuando Tor extinguió el beso, ella sonreía, había muerto en paz.

El muchacho dejó ir su llanto, abrazándola y llamándola por su nombre, si bien era inútil, Fiona había abandonado su cuerpo, y ahora su alma acompañaba a la de su bebé.

Ronald y Cail entraron en la estancia y el *laird* Mackenzie no pudo menos que arrodillarse ante la escena y gritar, gritar muy fuerte, porque no hay dolor más vil que el de sobrevivir a un hijo, no lo hay.



Capítulo 36

Duncan y Murdo llegaron a Dounie, Angus Fraser los recibió y acompañó a casa de las dos hermanas Gowdie y sus sobrinas. Isobel y Lottie montaron en cólera cuando el muchacho que tenían ante sí les explicó lo ocurrido.

—¿En qué vida piensas que voy a creer tan disparatada historia?, ¿mi sobrina?, ¿casarse?, ¿amamantar un bebé?, ¿desterrada por tu padre? —inquirió Isobel, brazos en jarras, lanzándole dos dagas ardientes con la mirada de idéntico color que su amada Brooke.

—Sé que puede sonar disparatado, como usted dice, pero es la verdad, señora Gowdie —admitió Duncan, con un aire de consternación que no dejaba lugar a dudas de que lo que contaba era cierto.

—En cualquier caso, su padre se ha portado de modo muy mezquino al dejar a una joven indefensa a su suerte. Porque sí, mi sobrina es fuerte y valiente, pero hay que ser realistas, es una mujer y ya sabemos cuántos maleantes hay por esos caminos…

—Lo sé, señora, y le pido disculpas en nombre de mi padre —dijo Duncan henchido de vergüenza por el reprobable acto de su progenitor.

—John es un buen hombre, Isobel, algo grave debió ocurrir para que actuara de tal modo. ¿Cierto, muchacho? —preguntó Angus mientras se atusaba la barba.

—Brooke se puso el vestido de novia equivocado —intervino Duncan ante la mirada estupefacta de las dos mujeres—, quiero decir que se puso un vestido que había pertenecido a mi tía, con el que también se había casado ella.

—¿Y eso que tiene de malo?

—Mi padre solo era un muchacho cuando halló a su hermana muerta con ese mismo vestido, se había quitado la vida tras casarse con un hombre al que no amaba. Él nunca superó aquel momento amargo de su vida, y hace un tiempo, cuando una de las sirvientas encontró el vestido en la habitación de la antigua ama de llaves, oculto en un arcón, lo mandó quemar. Al parecer la sirvienta desoyó sus órdenes y lo conservó.

—Arya no se quitó la vida —anunció Murdo con las manos en puños—, tengo mucho que contarte, Duncan; no obstante, ahora lo importante es encontrar a Brooke sana y salva.

Duncan, sorprendido, asintió con la cabeza.

—Hemos venido a Beauly porque pensábamos que ella regresaría a su hogar, pero no está aquí y salió antes que nosotros —apuntó Duncan.

—¿Olvidas que partió sin nada?, puede que la hayamos adelantado, muchacho, pues ella se fue caminando —espetó Murdo, que continuaba muy enfadado con padre e hijo por su mal hacer.

—¿Es que ni siquiera un caballo se merecía nuestra niña? —inquirió Lottie señalando a Duncan con un dedo inquisidor.

—Lo siento, lo siento mucho. Les repito que no era mi intención. Yo amo a su sobrina.

—Muy bien, sir MacRae, me parece maravilloso que la ame, pero hágalo de modo que no salga dañada por su supuesto amor. Ahora váyase de mi casa y no pare hasta encontrarla, y más le vale que lo haga —refunfuñó Lottie.

—Hermana, cálmate —la reprendió Isobel.

—No pienso calmarme. Este malnacido ha puesto a Brooke en peligro y ahora ha de enmendar su proeza. —A Lottie se la llevaban los demonios.

—A ver, puedo parecer menos enfadada que mi hermana, aunque solo me contengo por, digamos, cortesía. Le digo lo mismo que Lottie, encuentre a mi sobrina y luego tráigala aquí, no es digno de tenerla a su lado. No pienso dar mi bendición a esa unión.

—¡Isobel! —exclamó Angus, extrañado por el comportamiento radical de su compañera.

—Ni Isobel ni nada, no pienso permitir que mi sobrina sea la vaca lechera del hijo de este… De este… No lo pienso permitir y punto.

Duncan resopló, si aquella mujer quería parecer menos enfadada que su hermana, no le había salido bien, pues tal parecía un vendaval a punto de arrastrarlo al abismo.

Cuando los hombres se marcharon de la casa, las dos hermanas se miraron y negaron con la cabeza.

—¿Por qué engañarle? —inquirió Harlow, que acababa de entrar en la estancia y había escuchado toda la conversación desde la habitación donde cuidaba a Brooke.

Las dos mujeres alzaron el mentón y dijeron a la vez:

—Es lo único que se merecía por malnacido.

Ambas se sorprendieron por su idéntico modo de responder. Harlow negó con la cabeza.

—No es buena idea, nada de esto es buena idea, y no sé si mi hermana lo aprobaría —dijo

la muchacha con aplomo.

—Ahora duerme, ya hablaremos con ella al despertar, en cualquier caso, yo no le diría nada de esta visita, niña. Después de lo que han hecho esos MacRae con ella, no quiero ver a uno cerca de tu hermana. —Cuando Isobel sentenciaba, poco se podía hacer más que callar, y fue lo que hizo Harlow, aunque seguía pensando que no le parecía bien ocultarle a Brooke la visita del hombre que amaba.

Durante la madrugada anterior, alguien había aporreado la puerta con fuerza. Llovía a mares y, en un principio, Harlow, que fue quien abrió, no conoció a su hermana, que, empapada y sucia, se echó a sus brazos.

—Hermana, hermana, la maldición de las Gowdie ha caído sobre mí por haberla desafiado —balbució Brooke, temblorosa y herida.

Morgana se unió al abrazo unos segundos después.

—Hermanita, pero ¿qué te han hecho? —inquirió entre sollozos.

—Un monstruo, Morgana, un monstruo muy grande llamado amor trató de engullirme y me salvé de milagro —gimoteó Brooke, haciendo alusión a los cuentos que les contaba Lottie cuando eran pequeñas, cuentos que las hacían luego tener pesadillas.

Las tres hermanas entraron en la casa y ayudaron a Brooke a asearse, curaron sus heridas y le dieron un bebedizo para que pudiera descansar. Desde entonces dormía plácidamente.

∞∞∞

Angus no las tenía todas consigo, así que, tras despedir a Duncan y a Murdo, que volvieron atrás para buscar a Brooke, aprovechó y entró en la casa de las Gowdie un rato después.

No había nadie en el saloncito, pero escuchó voces en una de las habitaciones y se aproximó con lentitud.

—Os advertimos a las dos de que no le digáis nada a Brooke, ni se os ocurra alentarla con vuestras tonterías románticas. Que ese hombre haya venido hasta aquí no implica que la ame —dijo Isobel con decisión.

—Eso mismo —sentenció Lottie—, yo no lo podría haber dicho mejor.

—Gracias, hermana. Ambas sabemos qué es lo mejor para Brooke.

—¿Quedarse solterona, como vosotras? —inquirió Morgana.

—¡Niña!, te prohíbo que uses esa maldita palabra en esta casa. Nosotras no somos solteronas, somos mujeres que han decidido vivir su vida sin el yugo de un hombre. No los necesitamos, y creo que hasta ahora nos ha ido bien así —argumentó Isobel.

—¿No me necesitas, Isobel? —preguntó de pronto una voz masculina, todas se giraron con el corazón en un puño por el susto.

Angus las observaba desde el umbral de la puerta, de brazos cruzados y expresión cuando menos no amigable.

—No es eso, querido. Ya sabes que yo te amo y siempre lo hice. Claro que te necesito en mi vida —respondió Isobel entre titubeos, mientras Harlow y Morgana ahogaban una risita cómplice.

—¿Pues entonces por qué les dices a tus sobrinas esa sarta de bobadas? Déjalas que vivan su vida, que conozcan el amor, el desamor y lo que tengan que hallar en su camino. Pegándolas a tu ala durante toda su vida solo conseguirás que se rebelen, como está claro que ha hecho Brooke, que incluso iba a casarse sin avisaros, por miedo a que impidierais su boda.

—¡¡¿Nosotras?!! Brooke jamás pensaría eso de sus tías queridas, estoy segura de ello,

Angus —gruñó Lottie.

—Me lo dijo el muchacho, que fue voluntad de ella no avisar a su familia.

—¡¡Será posible!!, ya verá esa desvergonzada cuando despierte…

Isobel se llevó la mano a la boca después de decir aquello.

—No te aflijas, querida, he sabido desde que puse un pie en esta casa, hace un rato con los MacRae, que estabas mintiendo descaradamente, te conozco demasiado bien, aunque no me necesites como yo a ti —soltó burlón.

—Lo siento, Angus, pero todo este tema me ha hecho hervir en rabia. Brooke es una mujer muy valiosa, valiente, intrépida y leal. No entiendo cómo esos malnacidos del clan MacRae no han sabido verlo. A ese amigo tuyo ya le he hecho la cruz de por vida, ya se lo puedes decir. Nadie trata mal a una de mis niñas sin consecuencias.

—Mujer, quizá haya sido uno de sus arrebatos, puede que se arrepintiera cuando ya era demasiado tarde. Ya conoces a Brooke, es impulsiva cual toro. Debió marcharse con lo puesto sin mirar atrás, sin decírselo siquiera a su prometido —alegó Angus, alzándose de hombros.

—En cualquier caso, será mejor que ese hombre no se cruce en nuestro camino, ¿verdad, hermana? —intervino Lottie, desafiante.

Las dos Gowdie clavaron sus miradas una en la otra. Nadie ofendía o dañaba a sus niñas, se lo prometieron a su hermana pequeña muchos años atrás, mientras la ayudaban a dar a luz a su última hija, esa que descansaba presa del desamor muy cerca de ellas.

Angus no consiguió convencer a las Gowdie para decirles la verdad a los MacRae, que Brooke estaba a salvo, bajo su ala desde hacía unas horas. Por mucho que les dijo que lo iban a hacer sufrir en vano, no dieron su brazo a torcer. Para ellas se merecía el tormento, por haber sido un desalmado con su sobrina.

Brooke les había relatado todo lo acaecido y pensaban de él que no era más que un muchacho al que le faltaba la madurez suficiente para hacer frente a los azotes de la vida.

—No es eso, tía. Es un buen hombre que perdió a su esposa al dar a luz, como yo perdí a mi madre. Por ello me enterneció tanto aquel niño, y puede que fuera la razón por la que de mi pecho brotara el alimento que él necesitaba.

»Los cuidé a los dos, padre e hijo. Pero no solo ocurrió aquella desgracia en la vida de Duncan, hubo algo más. Algo que no sé a ciencia cierta y que, con todo lo ocurrido, no he podido averiguar.

Angus, que permanecía en una silla, observando a las Gowdie, que escuchaban a Brooke con atención, alzó la voz para decir:

—Puede que no me corresponda a mí ser el que arroje luz a las tinieblas de ese muchacho, mas creo que mereces escuchar su verdadera historia.



Capítulo 37

Dornie, invierno de 1542

Habían pasado diez años. Diez. Largos. Años…

Su vida con Eleanor no había sido un camino de rosas, esta se había transformado en una fría mujer que siempre le negó el cariño a Duncan, solo porque sabía que era hijo de otra mujer, otra mujer que había yacido antes que ella con su esposo.

No soportó el hecho de que le pusieran el mismo nombre que a su malogrado hijo.

El pequeño buscaba cariño sin hallarlo. Aunque él intentaba llenar aquel hueco de frialdad que dejaba su esposa con todo el amor que podía brindarle a su hijo, que ya se estaba convirtiendo en todo un hombrecito.

Era tan parecido a Gaira, no era su físico, pues tenía prácticamente el mismo rostro que él, sino su determinación, sus gestos, aquella sonrisa adornada de un hoyuelo en una de sus mejillas.

Y era pasional como ella.

Intentó desterrar aquellos pensamientos amorosos. Gaira solo había sido una mujer con intenciones ocultas, que en cuanto vio que no podía convertirse en esposa de un *laird*, abandonó a su hijo. No se lo perdonaba, a decir verdad, no se lo perdonaría en la vida.

Aquel día paseaba con su caballo por el bosque. Un extraño pálpito lo hizo adentrarse en él, hasta arribar a una casita desvencijada, las ruinas que un día habían sido el hogar de las *alewives*, Gaira y su madre.

Desmontó del caballo y caminó alrededor de la casa. Su mente le devolvió su antigua imagen y a Gaira colgando la escoba en la puerta, señal inequívoca de que tenían cerveza lista para quien quisiera adquirirla.

Se llevó las manos al rostro. En sus recuerdos, Gaira era una joven llena de vida que se aproximaba a él y lo besaba con pasión.

—Gaira —susurró y cerró las manos en puños con fuerza.

Comenzó a caminar, algunos copos de nieve furtivos cayeron sobre sus hombros y su cabeza, deshaciéndose de inmediato al llegar a su destino.

Detrás de la casa, tropezó con algo duro semienterrado en la nieve. Se agachó ante aquella especie de roca y apartó la nieve de esta. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que era una lápida, que tenía la fecha en que Ayla les entregó a Duncan, y que en ella figuraba un nombre: Irvin.

John se llevó las manos a la cabeza. No podía ser, aquello no podía ser. Recordó a su padre, quitándole importancia al hecho de que Gaira hubiera entregado a su bebé. Sabía que él se llamaba Irvin, se lo había dicho su progenitor un día, en medio de una borrachera imponente.

Ató cabos y no le gustó cómo quedaba el hilo… Gaira había sido engañada, al igual que él también lo había sido.

Se maldijo a sí mismo por haber pensado así de la mujer que amaba, ella jamás habría abandonado a un hijo, ¿cuántas veces hablaron al respecto durante los años que fueron inseparables?

—¡¡¡Dios mío!!! —gritó John mientras caía de rodillas frente aquella lápida abandonada y gritaba como un animal salvaje, el grito de los que se han roto por dentro.

Desde entonces, John MacRae decidió encargarse de aquella casa, por si ella volvía, por si podía así reparar todo el daño que le había hecho al amor de su vida. Pensó que quizá, reparando aquella casita humilde, dejándola habitable, demostraría su arrepentimiento y restauraría su mal proceder. Era su penitencia.

Llevaba cerca de dos décadas cuidando de aquella casa y poniéndole flores frescas a su otro hijo, porque algo le decía que el cuerpo del verdadero Duncan descansaba en una lápida humilde, en medio del bosque. Él también era su hijo y como tal, se merecía que alguien lo recordara, aunque fuera un padre arrepentido por haberse dejado llevar por su inseguridad.



Capítulo 38

La noche se les echó encima a Duncan y Murdo, se habían alejado bastante de Beauly y Brooke no aparecía. La tristeza reinaba en el corazón de Duncan, al que solo le faltaba llorar y perder la vergüenza delante del segundo al mando de su padre.

—Tenemos que descansar, chico. Es difícil que la encontremos por la noche. Esperaremos al amanecer y retomaremos la búsqueda. ¿Te parece bien? —preguntó Murdo sobre su caballo, que ya acusaba también el cansancio.

—Es extraño que no la hayamos encontrado, Murdo. ¿Y si le ha ocurrido algo malo?, jamás podría perdonármelo.

Murdo desmontó e instó a Duncan a que hiciera lo mismo.

—Podemos descansar aquí, es un buen sitio —apuntó—. No pienses lo peor, muchacho. Brooke sabe cuidarse.

—Pero está sola, ni siquiera lleva un cuchillo con que defenderse de cualquier maleante que pueda cruzarse en su camino.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque se marchó con el vestido con el que iba a casarse, además, no le gustaba llevar armas por seguridad, por mi pequeño Eiden —aclaró Duncan.

—En fin, descansemos. Mañana será otro día y ten fe en que la encontraremos, te doy mi palabra —sentenció Murdo.

Duncan asintió, aunque no las tenía todas consigo.

Los dos hombres se acomodaron en el suelo y se cubrieron con sendas mantas.

—Buenas noches, Murdo.

—Buenas noches, chico.

Pasaron unos segundos.

—Murdo, ¿y qué fue eso que me dijiste que me contarías acerca de mi tía?, eso de que no se quitó la vida.

—La verdad, muchacho. Pero ahora necesito descansar, otro día te contaré la historia de mi amor con Arya.

—¿Tú enamorado, Murdo?

—Sí, Duncan. Enamorado eternamente.

Murdo se tumbó bocarriba y comenzó a hablar. La sola mención de Arya le había hecho perder el sueño.

Cuando terminó su historia, Duncan sentía todo tipo de emociones en su ser.

—Brooke la escuchaba, ella misma me lo dijo. Quizá, que desempolvara aquel vestido fue lo que hizo que Arya se mostrara ante ella. Yo no la vi, muchacho, mas sentí que me acariciaba.

—¿Qué quieres decir con que la escuchaba? —inquirió Duncan con los ojos entreabiertos.

—Dijo que Arya le hablaba, que era como una voz en su mente que la aconsejaba.

Duncan se incorporó de golpe.

—La voz… ¡La maldita voz! —exclamó.

—¿No me digas que…? —preguntó Murdo, incorporándose también.

—Brooke me lo intentó decir, pero no quise escucharla, estaba cegado por… Déjalo, ya no importa… Esa voz me atormentó durante meses, me regañaba y me hacía reaccionar igual que mi padre… Mi padre. Ahora lo entiendo, no sé cómo no me di cuenta antes. Esa habitación, la parte que ocupaba Brooke, pertenecía a Arya, y la mía, a mi padre cuando ambos eran niños. Al parecer eran inseparables, aunque no fueran de la misma edad.

—Sí, muchacho. Arya y John eran muy parecidos, y no solo físicamente, tenían un carácter muy similar.

Duncan sonrió.

—Entonces, ¿harás caso a lo que te pidió ella?, ¿buscarás el amor? —preguntó Duncan.

—¿A mi edad? Muy loco tendría que estar para andar enamorando féminas a mis años, muchacho.

—Nunca es tarde, amigo. Además, todavía puedes resultarle apuesto a una mujer, pareces más joven, Murdo, no así mi padre —Duncan rio.

—No le digas eso a John MacRae, o estoy seguro de que me desterrará —dijo Murdo entre risas.

Duncan no se reía, en otro momento sí lo habría hecho, pero a su mente regresó Brooke y la forma en que su padre la había echado de sus tierras.

—Lo siento, muchacho —se disculpó el segundo al mando.

—No te preocupes, Murdo. Es solo que…

—Lo sé, Duncan. Ella…

∞∞∞

Brooke salió al jardín, el amanecer la había sorprendido antes que a ninguna de las suyas. Había pasado parte de la noche en vela, un desasosiego enorme la acompañaba y desconocía el motivo.

Estaba triste, muy triste por su boda frustrada y por la forma en que la había tratado el *laird*, también porque Duncan estuviera furioso con ella. En su mente imaginó como él entraba en la propiedad de las Gowdie montado en su caballo, luego recordó que sus tías preferían que los equinos se quedaran paciendo antes de adentrarse en el sendero que conducía al pequeño paraíso que era el jardín de las cinco mujeres.

Se sentó en el banco de piedra que había fuera de la casa.

Minutos después, Morgana se unió a ella.

—¿No puedes dormir, hermanita? —inquirió esta.

—No… Tengo un mal presentimiento, es como si algo estuviera ocurriendo y yo no lo supiera —alegó Brooke, subiendo los pies al asiento del banco y abrazándose las rodillas.

Morgana agachó la cabeza, bien sabía ella qué presentía su hermana, sin embargo, decirle la verdad a Brooke implicaría desobedecer a sus tías.

—Quizá sea el cambio. De vivir en un castillo con todas las comodidades a volver a una humilde casa hay un buen trecho —dijo Morgana para salir del atolladero.

—El castillo es lo de menos, y no porque no sea hermoso. Es una maravilla, el puente, la fortaleza, el lago… Caminar por esas tierras es como hacerlo por un cuento de hadas. Pero no es eso, es algo más fuerte, un sentimiento imposible de obviar.

—El niño…

—Mi hijo, Morgana…

—¿Tan fuerte es el vínculo que os une? —preguntó la rubia con una ceja enarcada.

—Más que eso. No te imaginas cómo lo echo de menos, y no solo a él, sino también a su padre, a Duncan.

—¿Lo amas de corazón?

—Lo amo, además de con mi corazón, con todo mi ser, con mi alma, hasta con los dedos de mis pies amo a ese hombre, hermana —sentenció Brooke con los ojos llorosos y una pasión en sus palabras que sorprendieron sobremanera a Morgana.

Esta se sintió culpable, ¿cómo seguir callando?, ¿y si hacerlo cambiaba el destino de Brooke?, no, no quería hacerle eso a su hermana pequeña. Claro que le encantaba tenerla de regreso, que la había echado muchísimo de menos y que, sin ella, la casa de las Gowdie había perdido parte importante de su luz, si bien, esa Brooke que tenía a su lado era una sombra de la dicharachera muchacha de pelo de fuego que fue antaño.

—Brooke, tengo que decirte algo…



Capítulo 39

Brooke, con un hatillo con comida y ropa preparada para emprender un viaje, salió de casa de las Gowdie acompañada por varios demonios que la seguían de cerca, uno se llamaba furia, el otro enfado y el tercero indignación. Isobel corrió tras ella, que se dirigía a paso vivo hacia las cuadras donde tenían al viejo caballo de sus tías.

—Brooke, espera, no te vayas así, solo quería protegerte —se excusó.

—Me parece muy bien, tía Isobel, lo que no entiendo es cómo engañaste a Duncan, diciéndole que yo no estaba aquí. ¿Eres consciente de cómo ha de encontrarse ahora mismo?, me cree perdida y no es verdad.

—Lottie y yo solo queríamos darle una lección, había dejado que su padre te desterrara sin hacer nada para impedirlo —replicó Isobel.

—Él no lo sabía, tía. Duncan no hubiera dejado que me marchara, estoy segura de ello.

—¿Y cómo lo sabes?, dijiste que se enfadó contigo por la ridiculez del vestido.

—¡¡Yo lo acusé de haber yacido con otra mujer sin ser cierto!! No soy una santa, tía,

tampoco una víctima. Podría haber hablado con él en cuanto su padre me echó de sus tierras, sin embargo, mi orgullo, mi dignidad y mi impulsividad me hicieron dejar atrás Eliean Donan y todo lo ocurrido en los últimos meses…

—¿Y te arrepientes de lo ocurrido, hija? —inquirió Isobel acercándose a ella y tomándola por las manos.

—Nunca —Brooke negó con la cabeza—. No me arrepiento de nada, y si volviera a nacer, le ofrecería de nuevo mi pecho a ese niño, y amaría con todo mi ser a su padre, porque en sus brazos me siento en mi verdadero hogar.

Isobel agachó la cabeza.

—Así que te irás, te he perdido… —intervino Isobel a punto de la lágrima.

—Nunca me perderás, tía. Has sido como una madre para mí, la mejor que podía desear junto a Lottie, pero las madres no siempre están en lo cierto con respecto a sus hijos, aunque sus intenciones sean buenas.

Isobel abrazó a Brooke con fuerza.

—Mi niña, mi Brooke. Eras tan pequeñita cuando tu madre dejó este mundo, que pensé que te irías con ella, y, por el contrario, aquí estás, hecha toda una mujer llena de determinación y valor. Ve en paz, hija mía.

Brooke se dejó acunar en los brazos de su tía mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin tregua.

—Madre… Te quiero muchísimo —balbució Brooke entre gimoteos.

Isobel se puso rígida de pronto.

—Mucha madre, mucho te quiero. Aunque te aviso, ¡como no invites a tu familia a la boda, te las verás con todas nosotras!

Brooke rio con ganas, había pasado de las lágrimas a romper en carcajadas en un solo segundo.

—Lo siento, pensé que no comprenderíais mi proceder —se disculpó.

—Y no lo comprendemos, niña, pero si es lo que te hace feliz, ¿por qué íbamos nosotras a negarte dicha felicidad?

En la cuadra entraron Harlow, Morgana y Lottie para abrazar a Brooke, conscientes de que ya no serían nunca más las cinco mujeres Gowdie.

∞∞∞

Duncan y Murdo despertaron con las primeras luces del alba, hacía un poco de frío y tenían el cuerpo entumecido por haber pasado la noche al raso. Estaban acostumbrados a ello, si bien, también lo estaban a levantarse como si les hubiera pasado una piara de cerdos por encima.

Tras desayunar un poco de pan y beber agua, decidieron continuar con su marcha. Ya apenas les quedaba comida y tendrían que volver a Beauly si querían llenar el buche, de lo contrario, a pan y agua, muy lejos no llegarían.

Tras avanzar un buen trecho, arribaron a un claro en el que tuvieron que detenerse en seco, pues un enorme boquete lleno de vegetación presidía el lugar.

A Duncan hubo algo que le llamó la atención y desmontó del caballo.

—¿A dónde vas, muchacho? Ten cuidado, es peligroso, el terreno puede ceder y no sé yo si sobrevivirías tras una caída a un abismo de tal envergadura.

Duncan se agachó frente a un matorral que estaba al borde del gran agujero y halló un trozo de tela conocido: bordado en oro, con espigas… La tela del vestido de la discordia.

Se volteó para mostrárselo a Murdo, había palidecido de modo que parecía hallarse muy cerca del más allá.

—Dios mío, Brooke… —Duncan se levantó y se llevó ambas manos a las sienes.

Murdo se aproximó al abismo y comenzó a vociferar el nombre de la muchacha sin recibir respuesta.

—Tranquilízate, quizá solo pasara de refilón y se enganchara con la maleza, no pienses lo peor.

—No, tengo que bajar ahí, tengo que asegurarme de que Brooke no ha caído y de que, si lo ha hecho, esté sana y salva.

Murdo se tragó sus pensamientos, esos que le susurraban que, de haber caído Brooke en el agujero, difícilmente habría podido sobrevivir.

Entre los dos ataron una cuerda a un árbol cercano y Duncan comenzó a descender por esta.

Cuando puso un pie en el suelo, resbaló y cayó. Se rasgó su camisa y los codos no salieron muy bien parados.

—¡¡Maldición!! —bramó.

Muy cerca, localizó otro trozo más grande de tejido.

—Murdo, sí ha caído aquí, hay más tela. Dios mío, Brooke.

Duncan comenzó a palpar el suelo sin hallar nada, recorrió todo el perímetro del pozo, pero no había ni rastro de Brooke.

—¡No lo entiendo, aquí no está, aunque tuvo que caer, estoy seguro de ello! —exclamó.

—Mira bien, puede que haya otro agujero, así que ten cuidado —apuntó Murdo, preocupado por la situación.

—Espera, aquí hay algo —el corazón de Duncan comenzó a palpitar con fuerza.

«Por Dios, que no sea ella, que no sea ella», pensó mientras notaba entre sus dedos una mata de pelo.

Cuando consiguió sacar a flote su hallazgo, lo soltó de golpe al comprobar que era la cabeza de un cadáver de la que emergían lombrices por cada uno de sus orificios.

Respiró agitadamente y cerró los ojos, apoyado contra el muro vegetal. No era ella.



Capítulo 40

Duncan y Murdo continuaron con la búsqueda por los alrededores del abismo. Si Brooke cayó en él y consiguió salir, lo tuvo que hacer herida, posiblemente necesitara ayuda y el joven se estaba volviendo loco.

De pronto, escucharon cascos de caballo y se pusieron en guardia. Dos hombres en sendos equinos se aproximaban con celeridad y detuvieron su marcha cuando arribaron al lugar donde se hallaban nuestros amigos.

—¿Qué buscan en nuestras tierras? —preguntó uno de ellos de muy malos modos.

—¡Oh!, disculpen. No pretendíamos incomodarles, buscamos a una persona —dijo Duncan con determinación.

Murdo entrecerró los ojos y pensó que el muchacho estaba tan cegado por encontrar a Brooke que no se había percatado de que esos dos llevaban cada uno un tartán diferente y que ninguno pertenecía a los Fraser, dueños de todo aquel territorio si no estaba equivocado.

—Quizá podamos ayudarlos, ¿cierto, Eilig? —le preguntó el individuo más alto al más bajo

y rechoncho.

—Sí, Ellar —respondió su amigo riéndose de modo extraño, como si fuera un niño pequeño que ha hecho una travesura en lugar de un hombre hecho y derecho.

El segundo al mando de los MacRae los escrutó con la mirada. Eran parecidos, posiblemente hermanos, y sus *plaids* estaban ajados y sucios.

—¿De qué clan sois? —preguntó de pronto Murdo.

Los dos hombres se miraron y Ellar, que parecía más espabilado, habló:

—De todos los clanes y de ninguno, estas son nuestras tierras.

A Murdo no le convenció la respuesta de Ellar y decidió guardarse para sí sus impresiones.

—¿Por casualidad habéis visto a una mujer pelirroja y herida en vuestro territorio? —inquirió Duncan, alzándose de hombros.

Eilig y Ellar se miraron con complicidad.

—¡Oh, sí!, la hemos visto. Está a salvo con mi madre, ella la cuida bien —apuntó Ellar ante la mirada estupefacta de Eilig.

—¿Está con nuestra madre en casa?, ¿una mujer?, ¿por qué nunca me dices nada, malnacido? —inquirió Eilig con verdadero enfado.

Ellar lo fulminó con la mirada y este se llevó las manos a la cabeza, como si de un momento a otro fuera a recibir un buen manotazo.

—¿Puede guiarnos hasta dónde se encuentra?, es mi esposa —mintió—, y estará muy asustada.

—Claro, venid con nosotros, madre estará encantada de tener invitados para comer —dijo Ellar con un deje de satisfacción.

—De acuerdo, os seguimos —anunció Duncan con aplomo.

Murdo observó al joven y negó con la cabeza.

—No me parece buena idea, estos individuos me dan mala espina —musitó el segundo al mando.

—A mí también, Murdo, pero dicen que Brooke está con su madre, quizá los estemos juzgando injustamente —respondió Duncan del mismo modo.

—En cualquier caso, tenemos que ir con cuidado, podría ser una emboscada.

Duncan asintió con la cabeza.

∞∞∞

Brooke llevaba horas cabalgando sin encontrar a Duncan. Maldecía por lo bajo a su tía por el lío que había formado al mentir al *highlander*. Era muy difícil que se encontraran en medio de aquel espeso bosque y optó por vociferar. Sabía lo que implicaba alzar la voz, y más si era la de una mujer en medio de la nada.

Podía haber maleantes agazapados que esperaban a su presa para abalanzarse sobre ella. Se había llevado un cuchillo que llevaba escondido en una de sus botas y el arco que hacía ya mucho tiempo que no utilizaba. Ya no era la mujer indefensa que caminaba por el bosque con un pesado vestido y sin comida.

También había tenido a bien recoger su melena y cubrir su cabeza con un manto de tartán de los Fraser, todo para que nadie descubriera que era una mujer y viera en ella un objetivo débil.

Si eso pasaba, ya sabría ella cómo defenderse para que no la dañaran, no obstante, tomar aquellas precauciones no le parecía una mala idea.

En uno de sus gritos propagadores del nombre de su amado, recibió respuesta. Una voz potente que conocía muy bien bramaba el suyo

—¡¡¡Angus, estoy aquí!!! —chilló como respuesta.

Los dos se fueron acercando, guiándose por sus respectivas voces, hasta que se encontraron de frente.

—¿Te ha enviado mi tía? —preguntó Brooke con desdén.

—No, mujer. Estoy aquí por propia voluntad, para ayudarte a encontrar a los MacRae. En realidad, mi intención era buscar a Duncan y decirle la verdad, que estás sana y salva y las Gowdie hicieron una de sus travesuras, pero ya que te he hallado a ti, lo buscaremos juntos y tú misma podrás decírselo.

Brooke, lejos de tirar de orgullo, agradeció la ayuda del segundo al mando de los Fraser. Ambos conocían bien el terreno, pero cuatro ojos ven más que dos y dos mentes ayudan a solucionar más problemas que una sola, por muy aventajada que esta sea.

Los dos jinetes se pusieron en marcha y siguieron llamando a voces a Duncan sin recibir respuesta.

A Angus le parecía muy extraño no haber encontrado todavía a los MacRae, llevaba horas cabalgando en círculos sin resultados.

Pensó que quizá los dos hombres se habían alejado de las tierras de los Fraser y un mal pálpito se apoderó de él.

Adyacentes a las tierras del clan había unos terrenos dominados por una familia que tenía por afición cazar a los incautos que caían en un agujero que utilizaban como trampa mortal. Era una familia con varios hijos, ninguno muy centrado intelectualmente hablando, salvo uno o dos que eran los más avispados.

Dicha familia tenía fama de comer carne humana, en cambio, no atacaban a ningún miembro del clan Fraser, y ponían especial cuidado en no dejar ninguna huella de sus hazañas.

Si Isobel no hubiera cometido la estupidez de enviar a esos hombres a buscar a Brooke, podría haberlos avisado de que estuvieran alerta ante posibles trampas y rechazaran cualquier proposición de extraños en el terreno.

Pensó en acercarse a los dominios de aquellos indeseables, temían sobremanera a los Fraser y podría irrumpir en su casa como ya había tenido que hacer en alguna que otra ocasión, cuando se producía una desaparición sin explicación. Además, ¿qué era aquel agujero en territorio de los Fraser?, debía poner al corriente a su hermano de que esos malnacidos estaban haciendo de las suyas en sus tierras. Lo había hallado mientras buscaba a los MacRae, y era de lo más similar al que tenían los Mucan en sus tierras.

Le preocupaba que Brooke fuera con él por razones obvias. Aquellos desgraciados no habían visto a una mujer que no fuera su madre en mucho tiempo.

Por suerte, la muchacha lucía un manto de tartán del clan de los Fraser con el que se cubría lo suficiente como para que no se percataran de su sexo.

—Brooke, iremos a ver a los Mucan, puede que los MacRae hayan acabado en sus tierras por error —dijo Angus con decisión.

—¡Los Mucan! —exclamó la muchacha—, si Duncan ha acabado en sus tierras, puede estar en peligro.

—No llamemos al mal tiempo. Duncan no está solo, Murdo lo acompaña y ambos son fuertes y valerosos; de todos modos, hablaré con Ellar, si sabe algo de los MacRae, lo confesará.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque no hay nada que tema más un Mucan que un Fraser de Lovat.



Capítulo 41

Duncan entreabrió los ojos, y se llevó la mano a la cabeza. Sentía enormes punzadas en esta e intentó recordar lo ocurrido:

Él y Murdo habían seguido a los dos individuos y arribaron a una casa de piedra grande, pero descuidada y decadente. Los gruñidos de cerdo y el hedor que desprendían sus excrementos le daban al lugar un toque inquietante.

Dejaron a los caballos junto a una cerca de madera, fue el lugar más limpio que hallaron.

—¡Vengan con nosotros!, madre estará encantada de recibirles en nuestra humilde morada —dijo Ellar con decisión, Eilig soltó una risita traviesa que no pasó inadvertida para sus invitados.

—Esto no me gusta nada, muchacho, y si mantuvieras la mente fría, a ti tampoco te agradaría —masculló Murdo.

Entraron en la casa y la oscuridad se encargó de engullirlos a los dos.

No recordaba más que un fuerte golpe en la cabeza y luego la nada.

Miró en derredor y se percató de que estaba en un agujero enorme, igual al que habían hallado él y Murdo en medio del bosque. Si bien, este estaba plagado de huesos, además de barro y desechos.

Cuando localizó varios cráneos humanos temió lo peor.

Murdo, ¿dónde demonios estaba él?, se llevó las manos a las sienes, el dolor no lo dejaba pensar con claridad.

Escuchó un alarido masculino y su corazón comenzó a palpitar con fuerza.

—Dios mío, Murdo —balbució.

Tenía que pensar con rapidez, y aunque por su mente pasó vociferar el nombre de su amigo, se mantuvo callado. Por su mal proceder, ahora Murdo estaba en las manos de aquellas bestias.

Giro sobre sí mismo con el fin de buscar un lugar por donde salir del abismo. Había varios sitios por los que trepar, mas no creía que las raíces que se retorcían alrededor del perímetro del agujero aguantaran su peso, no obstante, lo intentó en el lugar que le pareció más preparado para soportarlo.

Con cuidado ascendió entre rezos, el agujero no era tan profundo como el que hallaron en medio del bosque, aun así, a él le pareció que no tenía fin.

Cuando consiguió salir del boquete no podía creerlo. Respiró con agitación y caminó renqueante hacia la casa.

Se llevó la mano hacia su espada, pero solo halló la vaina vacía, aquellos desalmados le habían quitado las armas, sin embargo, no repararon en que no llevaba uno, sino dos cuchillos escondidos, uno en cada bota. Siempre que salía de viaje lo hacía bien preparado.

Con el único puñal que le habían dejado aferrado a su mano, avanzó con cautela. Otro grito de Murdo lo sobresaltó. Miró por una de las ventanas y lo que vio hizo que el terror se apoderara de él.

Murdo estaba atado a una mesa y un hombre muy grande, de larga cabellera y rasgos deformes extraía, con unas tenazas al rojo vivo, las uñas de los pies del *highlander*.

—¡¡¡Malnacido!!! —bramó Murdo—, cuando salga de aquí vas a lamentar haberme puesto una mano encima.

El individuo no dijo nada, se limitó a dejar las tenazas de nuevo en el fuego y se quedó mirando la llama, embobado.

Duncan se armó de valor, esperó pacientemente a que el hombre quitara otra de las uñas de Murdo y aprovechó cuando este se agachaba delante del fuego para atacarlo por sorpresa.

Con decisión, clavó el puñal en su cuello, y él hombre se revolvió débil, hasta caer de bruces sobre el fuego que tanto parecía admirar.

—¡Oh, muchacho!, desátame, por favor, quiero darles su merecido a esos desgraciados —dijo Murdo henchido de furia.

Cuando puso los pies desnudos en el suelo, fue presa de un dolor lacerante. Y al introducirlos en las botas, sintió como si volvieran a arrancarle las uñas de cuajo, pero todas a la vez.

—Sé que quieres vengarte, aunque no estás en condiciones de hacerlo, Murdo. Lo mejor que puedes hacer es coger tu caballo y buscar ayuda. Yo tengo que ver si tienen a Brooke.

—No, Duncan, no la tienen, te lo aseguro. Los escuché hablar cuando pensaban que estaba inconsciente.

—Me gustaría comprobarlo…

—Muchacho, céntrate. Si pierdes el rumbo de ese modo, no llegarás muy lejos, y lo peor de todo, acabarás devorado por estas bestias, ¿es eso lo que quieres?, tienen por costumbre comer

carne humana, a mí me estaban preparando para ello, al parecer no les gustan las uñas.

Duncan negó con la cabeza.

—Lo que yo quiero es encontrar a mi mujer.

El joven intentó buscar las armas requisadas y las halló sobre un desvencijado sillón.

Ayudó a Murdo a caminar y salieron de la casa, fuera los esperaban siete individuos y una anciana.

Duncan respiró profundamente, los superaban en número y en falta de escrúpulos.

Los dos hombres se miraron.

—En peores nos hemos visto, ¿cierto, muchacho? —dijo Murdo con una sonrisa maliciosa, la sonrisa que precedía a la batalla. Si Duncan pensaba que lo iba a dejar solo con esos salvajes, no tenía idea de quién era él.

El joven guerrero asintió.

—¡¡¡Vamos!!!

∞∞∞

Brooke y Angus llegaron a la propiedad de los Mucan y vieron dos caballos demasiado limpios para ser de la desastrosa familia. A la muchacha se le disparó el corazón cuando comprobó que eran los de Duncan y Murdo.

—Como los Mucan les hayan hecho algo, mataré a mi tía, te lo juro —gruñó Brooke.

Se aproximaron a la casa, escucharon gritos y el inconfundible sonido de las espadas al entrechocar.

Angus le hizo un gesto para que aguardara en el lugar. Brooke negó con la cabeza y le mostró su puñal.

—Con eso, poco podrás hacer ante esas bestias humanas. Déjamelos a mí, en cuanto ven los colores de los Fraser se les quitan las ganas de hacer de las suyas.

—Yo también llevo un manto con los colores del clan.

—Eres una mujer, y estos individuos se vuelven locos ante una fémina. Siempre que hemos tenido que intervenir, era porque habían secuestrado a una muchacha fuera de su territorio —alegó Angus alzándose de hombros.

—Correré el riesgo, necesitaréis ayuda.

—No… Isobel cortaría cierta parte de mi cuerpo si se enterara de que te he dejado meterte en una reyerta. Así que, ocúltate, y hazlo con el caballo para que no se percaten de que hay alguien más en su propiedad.

Brooke asintió con resignación y Angus se dirigió hacia donde la lucha siseaba, desenvainó su espada y bramó con autoridad:

—¡¡¡Estos hombres están bajo la protección de lord Lovat!!!

Ellar dirigió la mirada hacia Angus y le dedicó una sonrisa ladina.

—Eres un Fraser y has entrado en nuestras tierras, al igual que han hecho estos individuos antes —mintió con su última afirmación, sin dejar de luchar.

Duncan aprovechó para herirle en un brazo con su espada.

—Tú nos invitaste a tu casa, haciéndonos creer que teníais a mi mujer —intervino Duncan, sus palabras denotaban un odio profundo.

—Me divertí bastante con ella, ahora descansa en el lecho —se burló Ellar sin inmutarse al ver su brazo sangrar. Los hermanos que alcanzaron a escucharlo lo corearon.

—La señora Mucan observaba la pelea con la mirada perdida.

A Angus le sorprendió sobremanera que no dejaran de luchar de inmediato, eran siete hombres, al menos dos de ellos se lamentaban en el suelo, otros miraban sin intervenir, y con Duncan y Angus luchaban dos, Ellar y uno al que la gente llamaba por su apellido: Mucan. Era muy parecido a su hermano, y quizá, el menos afectado después de este por el mal que atenazaba a aquella familia, ese que los hacía nacer deformes y con instintos que ponían el vello de punta.

—¡¡Señora Mucan!!, ¡¡dígales a sus hijos que dejen de luchar de inmediato!! —ordenó Angus con firmeza.

—Han matado a mi pequeño —gimoteó la mujer mientras negaba con la cabeza.

—Si matan a uno de los nuestros, recibirán como respuesta la ira más feroz, mi padre siempre lo dijo y así será, a partir de ahora no hay trato con los Fraser, si entráis en nuestras tierras, nosotros lo haremos en las vuestras.

Los cuatro habían dejado de luchar, y Ellar se aproximaba a Angus, desafiante.

—Sin haber matado a ningún Mucan ya habíais roto el trato. Hay un agujero que sin duda habéis hecho vosotros en las tierras de mi clan, así que no me quedará más remedio que informar a mi hermano del hecho, a menos que dejéis marchar a estos hombres y tapéis el enorme boquete de los dominios de los Fraser de Lovat.

—Y si no lo hacemos, ¿qué, viejo? —inquirió Ellar alzando el mentón.

—Sufriréis las consecuencias, todo el clan caerá sobre vosotros y os quedaréis sin tierras, ¿es eso lo que queréis?

Ellar rio con aires de suficiencia.

—Dile a tu hermano que no le tengo miedo. Que ya basta de someternos a los caprichos de los Fraser, que no somos menos que ellos y que lucharemos por lo nuestro hasta el final —dijo con la voz áspera y los ojos muy abiertos.

Desde un árbol cercano, Brooke observaba la escena. Había cargado su viejo arco con una flecha y no estaba segura de que pudiera ser certera en su tiro llegado el caso. Hacía mucho tiempo que no lo utilizaba.

Veía a los hombres luchar, discutir, darse una tregua, y a ese desgraciado de Ellar Mucan aproximarse a Angus sin un ápice de miedo en su modo de caminar.

Los dos hombres discutieron y Ellar empujó a Angus con ambas manos en el pecho. Angus se puso en guardia y la reyerta se activó de nuevo, de forma que hasta los hombres que yacían en el suelo heridos consiguieron recuperarse. Eran tres contra seis…, habría jurado que un momento antes había siete.

No había rastro de uno de ellos, el que siempre repetía lo que decía el hermano más cuerdo de los Mucan. No recordaba su nombre, mas sabía de quién se trataba; en ocasiones, los dos hermanos se acercaban al mercado, a comprar víveres. Siempre le dieron escalofríos, ya no solo por su sucio aspecto, sino por las miradas que le lanzaban aquellos individuos a cada una de las mujeres que hallaban a su paso. No eran de admiración al ver a una mujer bella, por el contrario, se trataba de algo diferente, algo cargado de instinto, de hambre.

Miró a su alrededor y recordó que su caballo aguardaba a pie del árbol. Se sintió estúpida por haber marcado su posición tan fácilmente, de encontrar el caballo, lo primero que haría el individuo sería mirar hacia arriba. Bueno, al menos eso fue lo que pensó que haría ella en caso de hallarse en la misma situación, si bien, rezó para que la mente del Mucan, que parecía ser más infantil de lo común, no le hiciera tomar esa precaución.

Volvió a la escena de la pelea, y con horror vio como Ellar hería a Duncan en una pierna.

Se preparó para disparar, los dedos le temblaban y rezó, rezó con todas sus fuerzas para que

su puntería no fallara. Disparó.



Capítulo 42

Abrió los ojos y vio como los Mucan corrían hacia Ellar, que yacía en el suelo con una flecha clavada en el cuello. Duncan también había caído y sangraba profusamente por el muslo. Brooke se temió lo peor.

Descendió del árbol con premura y se disponía a montar en su viejo caballo, cuando notó un fuerte tirón en su melena pelirroja, que había tenido el descuido de descubrir.

—¿Qué tenemos aquí?, seguro que eres la ramera de ese malnacido. Ahora nos divertiremos tú y yo —dijo el hermano que Brooke se había percatado de que faltaba en el grupo, tan cerca de su rostro que pudo oler su fétido aliento.

Eilig la golpeó con fuerza en la mejilla y la hizo caer al suelo. Brooke caminó hacia atrás con las manos, mientras hacía deslizar sus posaderas.

—¡Lamentarás haber hecho eso, bestia! —exclamó dolorida por el golpe.

—Eres una fierecilla, a mi hermano Ellar le encantarás. Pensaba hacerle un regalo y he tenido suerte, no he necesitado salir a buscarlo a las tierras de los Fraser —habló el individuo

como si fuera un niño, pero con la maldad de un adulto.

—¡¡Ellar está muerto!!, yo misma lo maté —masculló Brooke con saña.

—Eso es imposible, mi hermano es inmortal, ni siquiera padre pudo con él. Decía que ese no era su hijo, que lo había engendrado el maligno. Por eso madre tomó cartas en el asunto y le dio su merecido. Ahora descansa muy cerca de la casa, te enseñaré su tumba. A decir verdad, Ellar querrá yacer contigo sobre ella, es lo que más le gusta hacer.

Brooke se estremeció ante las palabras del hombrecillo, que la observaba como si se tratara de un trozo de carne.

—No hay inmortal que se resista a una flecha, créeme. Está muerto.

—Eso no es cierto, ¡¡¡Ellar es inmortal, inmortal, inmortal!!! —gritó Eilig cual niño con una rabieta, momento que Brooke aprovechó para abalanzarse sobre él y clavarle el puñal en el pecho.

Eilig agonizó unos segundos y Brooke, manchada de sangre, extrajo el puñal con determinación. El hombre murió y la muchacha sintió de pronto remordimientos por haber sesgado su vida. El miedo, el miedo la había hecho defenderse de la peor forma, de lo contrario, no podría haber salido de aquella situación indemne, pues Eilig, aunque bajo de estatura, a su lado era como un enorme oso.

Montó en el caballo y se aproximó a la casa. Murdo y Angus ayudaban a Duncan a alejarse del lugar, los Mucan lloraban arrodillados alrededor de Ellar su muerte.

—¡Esto no quedará así, malditos! —exclamó la madre del caído con un odio desmedido.

Brooke se acercó a los suyos y desmontó.

—Duncan, Duncan, ¿qué te han hecho? —inquirió aproximándose a él y acariciando su mejilla—, tenemos que volver a Beauly, he de curar esa herida.

—Brooke, brujita, ya estoy curado, tu caricia ha obrado el milagro —balbució hasta perder completamente el tono de su cuerpo y dejarse caer.

Escuchó amortiguados los gritos de los suyos y las palabras de Brooke:

—No, por favor, vuelve conmigo, yo te amo, te amo…

A pie del lago, sentada en el suelo, se hallaba una mujer de espaldas, llevaba un manto en la cabeza. Duncan la reconoció de inmediato.

—Mysie… —musitó.

La mujer se volteó a mirarlo, se levantó del suelo y corrió a abrazarlo.

—¿Qué haces aquí, amor? —inquirió ella con su voz grave.

—No lo sé, ¿he muerto? —preguntó él fundiéndose en un abrazo con su difunta esposa.

—Puede que sí, eso depende de ti. Estamos juntos, así que interpreto que la parca ha venido a buscarte, si bien, todavía estás a tiempo de decidir si acompañarme o volver al mundo de los vivos —dijo Mysie con aplomo.

—¿Deseas que vaya contigo? —preguntó Duncan.

—No si tú has dejado asuntos pendientes, y parece que sí lo has hecho. —Duncan deshizo el abrazo y la observó con la cabeza gacha—. No te sientas culpable, por favor. Me llena de dicha que hayas encontrado el amor verdadero.

—También te amé a ti, Mysie, muchísimo.

—No te engañes, Duncan. Nosotros nos quisimos, pero nuestro matrimonio fue impuesto por nuestros padres, éramos amigos, siempre lo fuimos.

Una lágrima afloró de los ojos de Duncan.

—Me diste lo más grande que una mujer puede darle a un hombre. Amor, lealtad y un precioso vástago.

—Y soy feliz por haber traído al mundo a semejante pilluelo, también porque hallara en esa muchacha a una madre.

—Brooke…

—Sí, ella, tu amor.

—Mi amor…

—¡Duncan, Duncan!, vuelve a mí, por favor, no me dejes sola, no podría… ¡Duncan, mi amor! —exclamó Brooke al ver que él *highlander* abría los ojos.

—Te amo, Brooke —balbució—, llévame a casa.



Capítulo 43

Dos meses después…

Paseaban por el prado, dejaban atrás Eilean Donan, el sol languidecía con calma. Las aguas turbias habían dado paso a unas cristalinas.

—Por fin no hay brumas entre nosotros —dijo Duncan rompiendo el silencio.

—En realidad, nunca las hubo; en ocasiones, las brumas las creamos nosotros mismos, sin ser capaces de ver que los días claros están ahí delante, más cerca de lo que pensamos.

—¡Qué poética te has puesto, brujita!

—Es la verdad, Duncan. Si me paro a reflexionar sobre todo lo ocurrido en los últimos meses, no puedo dejar de pensar que soy una persona distinta a esa que puso un pie en Eilean Donan hace ya un año al menos.

—Espera un momento.

—¿Necesitas descansar?, ¿te sigue doliendo la pierna? —inquirió Brooke.

—No, mujer, ven aquí —dijo él divertido, tirando de su mano y atrayéndola hacia sí.

—Me estás asustando, cualquiera diría que quieres comerme… —apuntó ella coqueta—, te advierto que no me gusta que nuestro hijo vea cierto comportamiento reprobable entre sus padres…

—Me muero de ganas de hacerlo, no te voy a mentir, pero ahora lo que me apremia es otro asunto.

Brooke soltó una risita.

—Habla ya, por Dios, mira que te gusta hacerme sufrir.

Duncan tomó a la muchacha de ambas manos y las sujetó con firmeza.

—De acuerdo, impaciente, voy a ello: Brooke Gowdie, mi brujita, creo que te debo una declaración en toda regla. Nuestra boda frustrada fue un mal sueño y quiero que se convierta en el mejor de ellos. Así que estoy aquí, ante ti, ante la mujer que ha conseguido robarme hasta el fragmento más dañado de mi corazón, que le ha dado un amor incondicional a mi hijo, que ha conseguido dispersar la bruma que me rodeaba. Hoy te pido a ti, sin reservas, en el rincón más bonito de la Tierra, que seas mi esposa.

A Brooke la embriagó una sensación de emoción imposible de obviar, tan intensa era, que solo se le ocurrió una cosa, salir corriendo, con la emoción a flor de piel, a asimilar lo que acababa de escuchar.

—No tan rápido, brujita, esta vez no te escaparás, ¿por qué te piensas que te tomé de las dos manos?, no tengo intención de soltártelas en la vida, así que, si tu emoción es tan pura que necesitas correr para aplacarla, corramos juntos.

Y Duncan y Brooke comenzaron a correr. Tanto corrieron que se encontraron en medio del bosque, delante de la casa de Gaira.

—¿Estás preparado? —preguntó Brooke, que al fin conocía la triste historia del hombre que amaba.

Duncan asintió con la cabeza y Brooke besó sus labios con dulzura. Se disponía a alejarse para dejarle la intimidad que pensaba necesitaba, si bien, él agarró su mano de nuevo y tiró de ella.

—Quiero hacer esto contigo, lo necesito —dijo Duncan en un tono casi suplicante.

—De acuerdo, entremos.



Capítulo 44

Eilean Donan, verano de 1562

Ayla entró en el patio de armas con su caminar renqueante, sabía que se hallaba en los últimos estertores de la vida y tenía que arreglar aquel asunto. Pediría ver a Duncan MacRae, es así cómo habían llamado a su pequeño nieto.

En un banco de piedra halló a una mujer ojerosa que acariciaba su vientre abultado por el embarazo. Se acercó a ella.

—¿Qué se le ofrece, señora? —preguntó la mujer, extrañada.

La anciana no respondió. Se limitó a llegar a su altura, se paró delante de ella, le dedicó una enorme sonrisa de dientes faltantes y acarició su vientre con devoción.

—Mi niño… —gimoteó.

—¡¿Qué demonios hace?!, ¡aléjese ahora mismo de mí! —bramó la muchacha.

De pronto, alguien la agarró del brazo, no tuvo que elucubrar mucho quién debía ser, pues

al voltearse vio que el parecido a su hija era cuando menos evidente.

—Irvin, eres tú… —dijo llevándose una mano a la boca.

—Muy bien, no sé qué demonios hace en nuestra casa, así que explíquese o márchese de aquí de una vez.

—Soy Ayla, tu abuela…

Duncan frunció el ceño.

—Yo no conocí a mi abuela, señora, a ninguna de las dos, así que, si piensa que va a convencerme de lo contrario, es que no me conoce en absoluto.

—Sí te conozco, hijo. Yo misma te traje a Eilean Donan. Te arranqué de los brazos de mi hija, la engañé de la forma más vil.

De pronto, John apareció ante ellos.

—¡¡¿Qué demonios ocurre aquí?!! —gritó con autoridad.

—John MacRae, ¿es que acaso no te acuerdas de mí?, soy la madre de aquella niña por la que bebías los vientos y a la que abandonaste a su suerte, después de dejarla preñada, para casarte con una mujer más conveniente para ti, una que no era una simple *alewive* como mi Gaira.

Al escuchar aquel nombre, John palideció y Duncan, que no era capaz de reaccionar ante lo que estaba escuchando, dirigió una mirada cargada de preguntas a su padre.

—¿Dónde está Gaira? —inquirió John, con el corazón galopante.

—¡¡¡Estoy aquí, malnacido!!!

Minutos antes…

Gaira aguardó sin mucha paciencia junto al puente que conducía al castillo. Los recuerdos no la dejaban pensar con claridad, pues se inmiscuían en su mente por mucho que ella quisiera relegarlos al olvido.

Su madre quería ir a Eilean Donan y no sabía con qué propósito, después de lo ocurrido con Duncan, ya no aceptaron más su cerveza, ¿para qué demonios quería saludar a John MacRae?

Un mal pálpito se apoderó de su cuerpo y de su mente. Sintió como sus rodillas se aflojaban y dolían.

—¿Habrá ido a pedirle cuentas a John?, quizá no es consciente de que ha pasado el tiempo, puede que le suelte cualquier salvajada, o le diga que cumpla con su hija embarazada. Madre ya no está bien, se pierde en sus recuerdos y evoca el pasado, lo confunde con presente —masculló mientras caminaba de un lado al otro, nerviosa.

Respiró profundamente, se armó de valor y comenzó a caminar hacia aquel lugar tan bello como maldito.

Cuando estuvo en el patio de armas, escuchó algo que la dejó petrificada, además de causarle un impacto devastador.

Su madre hablaba con un muchacho apuesto, alto y fuerte, de cabello negro y mirada familiar, tan familiar como la que había observado durante sus cuarenta y muchos años de vida. La suya propia.

Cuando Ayla llamó al muchacho Irvin, no pudo menos que caer de rodillas, ya no era capaz de sostenerse por sí misma.

No podía creer que hubiera vivido engañada durante casi tres décadas, pensando todos los días en su hijo muerto, llorando su recuerdo.

Fue entonces cuando lo vio y a punto estuvo de correr para abalanzarse sobre él y darle muerte, mas no tenía fuerzas, no podía ni levantarse de la arena.

John había envejecido mal, no era aquel hombre hermoso con el que vivió el amor cuando no era más que una niña inexperta, ahora era un hombre maduro que lucía una mirada cargada de remordimiento, era como si una losa pesara sobre él y no lo dejara vivir. Gaira pensó que se lo tenía merecido por haberla engañado.

Lo peor fue escuchar su nombre de boca de aquel desgraciado. Aquello le dio fuerzas para levantarse y gritar muy fuerte, haciéndole notar su presencia.

Cuando la vio, John se llevó la mano al pecho, pues un dolor punzante se había apoderado de él.

—Gaira… —balbució.

Gaira subió a la calesa después de ayudar a su madre a hacerlo. Habían salido de modo apresurado de Eilean Donan. La hubiera llenado de dicha poder abrazar a su hijo, pero el pobre estaba tan confundido como ella misma, pues también había sido engañado.

¿Cómo podría aceptar el abrazo de una desconocida?

John había caminado hacia ella con decisión, le dijo: «te debo una explicación», pero no lo quiso escuchar. Agarró a su madre del brazo y la sacó de aquel lugar casi a rastras.

—Era lo mejor para tu hijo, mi niña —dijo Ayla de pronto.

La calesa comenzó a moverse, mientras Gaira maltrataba al caballo sin pretenderlo, tenía tanta rabia acumulada que el pobre animal la recibió de modo injusto.

—Lo mejor hubiera sido que estuviera con su madre —siseó furiosa.

—Lo hubieras condenado a una vida de miseria —dijo Ayla con un deje de cansancio en la voz.

—¿Y qué diferencia había entre mi hijo y yo, madre?, ¿que él podría ser un *laird* importante en el futuro?, ¿es que acaso mi padre fue tan miserable que no pudiste dejarme con él?

—Justo eso, Gaira. No podía dejarte con ese monstruo.

—Nunca quisiste hablarme de él, ¿por qué?

Ayla comenzó a llorar con fuerza.

—Me llevaré mi secreto a la tumba —gimoteó con la mirada perdida.

—¿Más secretos?, ¿es que no hay bastante ya con que me hayas traicionado de la manera más vil? Era mi hijo, madre, mi hijo, y tú me dijiste que había muerto para entregárselo a los MacRae por pura ambición.

—Te habían destrozado la vida, solo eras una niña, ¿por qué tenías que cargar tú sola con lo que te había hecho ese bastardo?

—Tenía derecho a decidir. Y si hablamos de destrozarme la vida… Nunca me recuperé de la pérdida de mi hijo. No fui capaz de perdonarme el haberme marchado. Sin embargo, resulta que yo estaba equivocada, hiciste que me alejara a cosa hecha, para poder hacer lo que te vino en gana. ¿Qué sacaste a cambio, madre?, ahora soy capaz de atar cabos, esos supuestos ahorros que tenías no eran más que el dinero que te dieron los MacRae por mi pequeño, vendiste a mi bebé, madre, y te odio por ello.

—No sigas, Gaira. No sigas, por favor. Me he arrepentido toda mi vida de lo que hice, pero fue por tu bien.

—No te atrevas a justificarte —masculló Gaira entre dientes.

—Hija mía, sé que hice mal, por ello intenté enmendar mi error. Te enteraste de la forma equivocada, pensaba decírtelo en cuanto llegáramos a casa.

—Pues lo has hecho de la mejor manera. Me he enterado por casualidad, de la peor forma, madre.

—Lo siento, lo siento mucho… ¿Podrás perdonarme?

—Ahora mismo no lo sé.

—No tengo mucho tiempo, hija.

Gaira se encogió de hombros.

—¿Quién era mi padre? —preguntó.

Ayla se echó a llorar con desconsuelo.

—Prefiero no decírtelo.

—Dímelo, ahora. No te permito que te lleves a la tumba algo que tendrías que haberme dicho cuando era una niña.

—No podía hacerlo, hija. Si lo hubieras sabido…

—Habla…

—Tu padre me forzó…

Tres horas después de decir aquellas palabras, Ayla exhalaba su último suspiro; a su vez, Mysie, daba a luz al pequeño Eiden, ella también moría.



Capítulo 45

Brooke dio tres toques en la puerta y el rostro cansado de Gaira los miró sorprendido tras abrirla pensando que eran clientes, a los que tendría que decirles que no tenía cerveza preparada.

Quizá el instinto hable en ocasiones y no la razón, eso es lo que les ocurrió a madre e hijo, que se fundieron en un abrazo, un abrazo que los hizo sentirse en casa a ambos.

—Madre…

—Irvin, mi Irvin —gimoteó acariciando el rostro de su hijo.

Se imaginó a aquel bebé que le devolvía sonrisas con su hoyuelo en el lado derecho del rostro. Duncan sonrió y aquel hoyito se hizo presente. El mismo que ella tenía y le daba un toque tierno a su sonrisa cuando era joven, y un aire de rebeldía a su madurez.

Se escuchó un carraspeo, y para sorpresa de Brooke y Duncan, en el umbral apareció John.

—¿Papá? —inquirió el muchacho.

John pasó un brazo por el hombro de Gaira y la atrajo hacia sí para, seguidamente, besar el cabello de la *alewive*.

—¡¡Oh, qué alegría, siempre pensé que haríais una pareja entrañable!! —exclamó Brooke, mirando a los tortolitos con emoción.

Duncan la observó contrariado.

—Padre, ¿desde cuándo…? —preguntó.

—Desde el día que eché injustamente a Brooke de estas tierras…, necesitaba redimirme, mirar el rostro del pasado, que esta mujer me golpeara si era menester por haberme portado como un desgraciado con ella.

»Pusimos nuestras historias sobre la mesa y nos dimos cuenta de que ambos habíamos sido engañados. Que la juventud y los prejuicios nos habían llevado a vivir una existencia desgraciada, más ella que yo, que al menos pude disfrutar del fruto de nuestro amor. Así que, aquí estamos, y tenemos una noticia que daros, acabamos de prometernos. Nos vamos a casar y a pasar el resto de nuestras vidas unidos, como siempre debió ser.

Gaira observó a John con la devoción que solo el amor y el perdón pueden brindar, ambos se fundieron en un beso.

Duncan carraspeó.

—Por favor, ¿no sois algo mayores para esto? —inquirió Duncan, que se ganó un codazo por parte de Brooke.

La muchacha le sonrió y se encogió de hombros.

—En ocasiones puede ser extraño, irreal y hasta caprichoso, pero me encanta dejarme llevar por mi dulce destino —dijo Brooke divertida.

—No, brujita, no me excluyas, lo correcto sería decir nuestro dulce destino…



Epílogo

La boda de los MacRae, padre e hijo, se celebró el mismo día. Dos novias, esta vez sin vestidos encontrados en baúles polvorientos, ambas bellísimas. Ellos apuestos, el padre parecía haber rejuvenecido diez años al menos, ahora Murdo no podía decir eso de que él llevaba los años mejor que el laird.

A la boda estaban invitadas las Gowdie al completo, eso sí, tuvieron que soportar la regañina de Duncan nada más llegar al castillo, era una espina que el *highlander* tenía clavada y no paró hasta conseguir quedarse a solas con ellas.

Lottie se ocultaba detrás de Isobel y ambas estaban temblando cuando Brooke los encontró. Un buen disgusto tuvo la pareja a dos días de la boda, nada que no pudiera arreglarse con mucho amor y pasión en el lecho.

El banquete fue de lo más divertido y ruidoso, si bien, ambas parejas estaban deseosas de retirarse cada una a sus correspondientes aposentos para dar rienda suelta a su deseo.

Abajo quedaron los invitados; y Murdo, en una mesa, degustaba el vino mientras dejaba la

mirada perdida en el pasado. Dicha mirada la ocupó de repente la cintura de una mujer a la que no se había parado a mirar antes. Alzó la vista y vio a una dama de pelo cano y ojos ambarinos, pero no falta de belleza. Ya la conocía, pues esa mujer no era otra que Lottie Gowdie.

Tras la boda, los días transcurrieron de modo tan veloz, que en cuanto fueron conscientes de su paso, ya llevaban seis meses casados. La vida en Eilean Donan había cambiado. Ahora la señora del castillo era *lady* Gaira, apreciada por el servicio y por los miembros del clan. Era una mujer fuerte, que había renacido de sus cenizas y había decidido no volver a llorar, porque sus ojos ya se secaron tiempo atrás. Ahora prefería las risas y el amor, que se hacía cada día más grande en su pecho.

Una mañana se levantó vomitando, la siguiente también. Entrecerró los ojos y pensó: «y si… No, soy demasiado mayor, es imposible».

Ya hacia un tiempo que no sangraba todos los meses y no le había llamado la atención llevar dos sin hacerlo. Hasta que se dio cuenta de que sus pechos dolían de modo extraño y su vientre comenzaba a hincharse.

Cuando le contó sus inquietudes a John, este tampoco podía creerlo, pero se sintió el hombre más dichoso de la faz de la tierra.

Eiden iba a tener un tío más pequeño que él…

Eso fue lo que comentaron Brooke y Duncan entre risas.

Habían decidido no tener otro hijo hasta más adelante, con dos diablillos en Eilean Donan habría suficiente… por el momento, claro está, todo se andaría.

Poco después de la noticia del embarazo tardío de Gaira, Charlotte, la cocinera, empeoró y murió, nadie se imaginaba que aquel mal corroería al ser humano sin cura durante siglos, hasta conseguir, en un porcentaje de los casos, revertirlo. El cáncer se había llevado la vida de aquella mujer sin que nada se pudiera hacer por impedirlo.

La hija de Gaira y John nació en una noche de luna nueva, un trueno la trajo al mundo, era un bebé hermoso que la *alewive* se llevó a su pecho con fervor. Que nadie se atreviera a quitárselo de sus brazos, o probaría el filo de su daga. Brooke, que ayudó a asistir el parto, la tuvo que convencer para que le dejara al bebé para limpiarlo.

Madre e hijo, una vez solucionado el incidente, descansaban en el lecho. Duncan y John entraron como una exhalación en cuanto Sophie les anunció que podían hacerlo.

—¿Qué ha sido?, ¿un niño? —inquirió John asomándose a mirar al bebé con detenimiento.

Gaira negó.

—No, esposo, es una pequeña *alewive*.

Si John ya estaba enamorado de su eterna Gaira, aquella niña terminó de robarle el corazón. Le pusieron de nombre Jeana, no sabían ellos el ruido que les iba a dar semejante brujilla.

Esa misma noche, Brooke y Duncan, tumbados en el lecho, abrazados, sintieron que el destino los había llevado por una senda escarpada y llena de complicaciones en un principio, pero el amor que se profesaban había podido con todo. Ahora la pequeña familia que habían formado florecía haciéndose cada día más hermosa. Se sentían plenos, y no hay nada mejor que la plenitud cuando de pasar días, meses, años se trata.

Lisbeth Cavey 26 de junio de 2024 9:19 h.

NOTA DE AUTORA

Querido lector/a:

Espero que hayas disfrutado de esta historia. Ya he perdido la cuenta de las que he escrito, pero no por ello es menos especial para mí. De nuevo es una novela romántica pura, me siento muy cómoda en el género, jamás pensé que sería así, pues siempre me resultó más fácil escribir misterio. Suelo mezclar mis novelas de romance histórico con misterio, *thriller*, ciencia ficción, incluso con algo de fantasía y mitología. Eso es algo que me encanta, sin embargo, en esta ocasión, como en la anterior, salió algo muy diferente a lo que suelo hacer y estoy muy contenta con el resultado.

Espero haber estado a la altura. En cualquier caso, agradeceré tus comentarios en Amazon, Goodreads o donde gustes, incluso, si quieres hacerme llegar tus impresiones por privado, puedes enviarme un correo electrónico a lisbethcavey@gmail.com, prometo contestar.

En esta novela me he centrado en la importancia de la maternidad y el vínculo que une a madre e hijos, aunque esta no sea de la misma sangre. Eleanor representa la mujer que no es capaz de acostumbrarse al bebé que le entregan como si se tratase de un reemplazo de su verdadero hijo, muerto al poco de nacer. Por otra parte, Brooke es todo lo contrario, Eiden la hace identificarse con ella misma, y es capaz de sentir por él un amor incondicional, aunque no estén unidos por la biología. Gaira representa el duelo eterno y la culpa por su pequeño al que cree fallecido.

Amamantar a un bebé sin ser madre es posible, siempre que se tenga un deseo intenso de hacerlo, y claro está, con una preparación previa para ello hasta conseguir el objetivo. En la novela, Brooke, milagrosamente, puede alimentar al bebé a la primera de cambio, ya sabéis

cómo me gustan esos toques de realismo mágico.

Charlotte, la cocinera, está enferma, pero no se sabe lo que le ocurre, si bien el término cáncer ya se conocía en esa época, muchas personas con la dolencia, como ahora, pasaron desapercibidas y se les detectó cuando ya no había remedio. En el caso de la empleada, lo que trataba de reflejar era que ni se había molestado en saber por qué siempre se sentía tan mal y cuando fue consciente de la gravedad del asunto, ya estaba a las puertas de la muerte. A mi abuela le ocurrió con un cáncer de mama que se la llevó cuando más o menos tenía mi edad, yo tan solo tenía dos años, pero la recuerdo con cariño. Este es mi pequeño homenaje a esas mujeres que anteponen siempre a los demás a sí mismas, y el mensaje es que nunca hay que hacerlo, que está muy bien cuidar de los que más quieres, pero también lo tienes que hacer de ti, porque si tú no te cuidas, ¿cómo lo harás con los que tanto amas?

Las *alewives* eran mujeres cerveceras, precisamente el atuendo de bruja compuesto por sombrero de ala ancha terminado en pico, ropa oscura, escoba y gato viene de ellas, de quienes su competencia masculina comenzó a extender rumores de mala praxis a la hora de fabricar su producto y brujería, cuando solo eran meras emprendedoras que elaboraban su cerveza para sobrevivir.

Brooke es una de las mujeres Gowdie de *Una luna para amarte.* Esto es una saga a parte de la novela en cuestión, que si bien ambas forman parte del mismo universo, una es romance mezclado con misterio, mitología escocesa y fantasía. Esta que tienes entre tus manos, como has podido comprobar, es 100 % romántica.

Tengo pensado escribir la historia de las dos hermanas de Brooke: Morgana y Harlow, y te aseguro que vienen guerreras estas chicas.

Y poco más que decir, espero no haberme dejado nada, te agradezco muchísimo que hayas elegido mi novela para disfrutar de un buen rato de lectura, sin ti, lector/a, este sueño no tendría sentido.

Un abrazo virtual.

Lisbeth Cavey

Escanea el siguiente código si quieres ver mis demás libros, seguirme en Amazon o en las redes sociales:



[1] Mujer que elaboraba cerveza y la vendía. De ahí viene el atuendo de las brujas, con sombrero de punta, escoba y gato. Muchas mujeres cerveceras fueron consideradas brujas.

[2] Fenómeno que se produce después de una crisis convulsiva y que se caracteriza por la parálisis de un lado del cuerpo o total. Puede durar desde unos minutos a unas horas y puede asustar mucho si no se ha visto al individuo convulsionar, pues parece una especie de coma.

[3] Raza de caballo de origen escocés.